

MICHELE CASTELLI

CUENTOS DE MI VIDA

II PARTE

(2003 - hasta donde lleguen)

PREMISA

La segunda parte de los *Cuentos de mi vida* tiene otra dimensión. Es sin duda la continuación de la historia de un recorrido de vida pero con la novedad de que no son los recuerdos del pasado, aquellos que venían a flote entre bancos de neblina y que por ende daban motivos para vuelos a veces imaginarios, como corolarios de la verdad indiscutible, con los cuales se pretendía crear alguna sensación de prosa poética. Ahora no. Ni siquiera el estilo es el mismo. Ya no se encontrará al escritor que narra en tercera persona y que a trechos se confunde con un protagonista que actúa con su nombre de pila. Ahora es el cuento tal como se vive a diario. Es la realidad que salta a la vista cruda y amarga, esa realidad injusta y traicionera que te corroe el alma, y de la que sientes, sin embargo, la impotencia de no poder derrotar. Bueno, claro, también aparecerá uno que otro resumen de vivencias alegres. Pero en general el dolor de habernos topado con los tiempos más oscuros de este país hermoso, víctima de las palabras de un triste predicador, engañosas como las medusas que te cautivan por sus colores y formas cuando las ves en procesión en las aguas cristalinas pero que te arden las manos y el cuerpo si te rozan, han despertado en la pluma del escritor más la intención del prosador que hace la crónica poniéndose como protagonista, que la del poeta que llora sobre el recuerdo de un pasado que, si bien azaroso muchas veces, fue en nuestro caso específico maravilloso, pues siempre tal es el ímpetu de la juventud cuando se vive en toda su intensidad.

La otra novedad es que en su diseño la narración empezó por el final. Sí. Empezó por el Epílogo pues no se podía escribir de último por obvias razones, a pesar de que en la cronología ocupará el puesto que le corresponda. Siempre he tenido la curiosidad de saber cómo sería mi muerte, qué se siente cuando llega, por qué se teme, cuál es el destino del alma. De manera que cerré los ojos y escribí de un solo

tirón lo que está escrito. Así me lo imaginé. Lo vi como en una película que te cautiva pero que al mismo tiempo te entristece cuando termina y lees en la pantalla la palabra FIN. Porque por la belleza de los fotogramas quisieras que continuara hasta que el éxtasis se apodere de tu ser hasta dejarte exhausto de placer. Tendré que volver a menudo sobre ese capítulo. No para modificar el contenido porque no fui yo el autor sino una mente ajena a la mía que lo dictaba palabra por palabra. Y lo que no es tuyo no se toca, ni siquiera si pudiera afectar algunas sensibilidades, familiares o extrañas. Volveré solo para actualizar cada día, cada momento, la fecha aproximada del desenlace que pondría también punto final a estos cuentos. En el sueño me imaginé que podría ser “una mañana de cielo azul soleado de un día cualquiera de este nuevo siglo, cercano a la tercera década”. Pero, ¿quién sabe? Puede ser antes. O puede ser después...

Finalmente, estoy convencido de que esta segunda parte de los *Cuentos de mi vida* no verá la luz durante el resto de mi vida. A ningún editor pueden interesarle las crónicas de un desconocido en las que, aunque abunde el factor histórico y social, él pretenda colocarse como protagonista narrando sus propias vivencias. Por eso, para que no desaparezcan como las hojas secas en el otoño cuando el viento las barre sin que de ellas nunca se sepa el paradero, se guardarán en el archivo universal de la web – el gran invento de la humanidad – para que de repente puedan correr con buena suerte si alguien hace el involuntario hallazgo algún día, y considere que vale la pena conservarlas como un testimonio más de la historia minuta. Si luego el hallazgo lo hiciera un descendiente, mejor todavía: entendería no solo con lujos de detalles de dónde viene el apellido, sino incluso descubriría entre líneas que haber vivido el protagonista con dignidad y honestidad es un aval magnífico para que las futuras generaciones nunca tengan que avergonzarse del origen, por más modesto que haya sido. Y un estímulo, tal vez, a seguir por los mismos senderos del bien.

I

DE VUELTA

Hoy, primero de julio de 2016, a distancia de algunos años del último capítulo de la primera parte de estos cuentos, vuelvo a escribir lo que el alma me dicta para que quede testimonio del transitar de mi vida el cual, tal vez, a nadie le interese sino a la descendencia si movida por la curiosidad a alguien se le ocurra hurgar en sus páginas para entender de dónde viene el apellido, cómo se asentó el gentilicio en esta patria y qué hizo para honrar a la estirpe que brotó de la raíz originaria.

Había intuido bien aquel veintiuno de enero del 2003 que por el aire se expandía “una tensa expectativa, y un olor a pólvora que [era] presagio de muerte¹”. El caudillo, en efecto, el malévolo que con su verbo encendido hechizaba al pobre y al humilde, regresó más agresivo que nunca luego que fuera desalojado de la presidencia cuando una multitud de millón o más de almas ruidosas que gritaban con fuerza consignas libertarias, decidieron marchar hacia el Palacio de Miraflores para poner fin a la tiranía.

Hubo muertos en aquella circunstancia por la vil emboscada de francotiradores, pero a pesar de ello triunfa la voluntad de un pueblo que no se quería calar más los caprichos del dictador quien jugaba con la patria como el niño que estrena un juguete. Fue apresado pero tratado con respeto. Mientras tanto, sus cómplices ladrones y sinvergüenzas, como las ratas que abandonan el barco cuando comienza a hundirse, huyen a la desbandada escondiéndose cobardemente en todas partes pero sin soltar el botín mal habido fuertemente apretado entre los brazos.

¹ Palabras finales del Capítulo XLII (*Cúpula del campanario*) con el cual concluye la Primera Parte de los *Cuentos de mi vida* (Edit. Once, Caracas 2003).

El gobierno provisional presidido por un tal Pedro Carmona Estanga, empresario cuya torpeza nadie se imaginaba pues comedido parecía en sus intervenciones públicas, disolvió de un plumazo la Asamblea Parlamentaria y decretó la suspensión de todas las funciones del Estado.

Hubo, aquella tarde, algarabía en la calle y más aún en las casas de la clase media. También en la mía se levantaron copas de champagne para brindar por la libertad recuperada. Yo participé sin mucho entusiasmo de aquel júbilo porque me parecía que el país ganaba muy poco sustituyendo a un dictador por otro. Otra gente sensata tuvo que pensar lo mismo. Tal vez por eso los pocos generales que acompañaron la aventura de Estanga, para salvarse de la ira del pueblo pensante que se esperaba otro desenlace, y seguramente también de la rabia de los seguidores aún hechizados por el tirano que a pesar de todo continuaban siendo numerosos, restituyen a Chávez en el poder alargando así la agonía del país hasta que la muerte lo entregara al diablo para purgar en el infierno las culpas de la ruina.

Un cáncer incurable trunca su existencia.

Un misterio la fecha de su muerte, como también si en el mausoleo que crearon en el llamado “Cuartel de la Montaña”, reposen de verdad sus restos o colocaron allí un muñeco de cera, como muchos creen. Yo digo, ahora, que haya lo que haya, sería insensato profanar mañana esa tumba verdadera o falsa. Hay que dejarla así. El mito está creado y cuando el tiempo calme los odios de parte y parte ese monumento podría significar una atracción para los turistas del mundo, y con ello resarcir un poco, el muerto, los tesoros que desfalcó del erario para su provecho, o permitiendo que otros lo hicieran como contrapartida a la exigida fidelidad ciega. Porque sí, civiles, militares, amigotes de otros países, todos chuparon de la teta de la vaca gorda hasta reducirla a una carcasa de pellejo arrugado. ¡Pobre país! ¡Pobre segunda patria mía a la que tanto he amado, y a la que seguiré amando hasta que la muerte me llame a su reino!

Tan cínico, además, el tirano, que antes de partir a Cuba en donde prefirió tratar su mal por fobia a los galenos de acá – mejores que muchos otros en el mundo – dejó un mensaje para que sus adeptos lo cumplieran a la letra: elegir presidente a un chofer de autobuses, de ignorancia supina, cuestionado inclusive por su dudosa nacionalidad que nunca ni él ni sus partidarios pudieron, o quisieron aclarar. Mala suerte le toca, sin embargo, a éste: se derrumban los precios del petróleo y una carestía de alimentos y otros bienes que antes se importaban a manos llenas, crean una crisis de grandes proporciones que contribuye a golpear aún más al pobre, y acabar con una clase media que había sido el motor del desarrollo del país durante largos años del siglo pasado.

Yo creo – y que la historia me juzgue si en mi alma prevalece ahora la pasión – que también esa maquiavélica jugada fue fríamente calculada por el difunto: escoger como heredero político al peor de sus ya pésimos colaboradores para que a la luz de los hechos hasta el opositor más inflexible tuviese que admitir que “con Chávez se vivía mejor”. Se vivía mejor, ciertamente. Pero no por sus políticas acertadas sino por el río de dinero que corría caudaloso a causa del precio favorable del petróleo. También es verdad que todos, quienes de una manera y quienes de otra, participamos del festín momentáneo por las migajas que caían de las mochilas desbordadas enviadas como en un desfile de bachacos para destinos oscuros. Hubo misiones sociales que ayudaban a pobres y desamparados. Una verdad inocultable. Sin embargo, ¿de qué servían si en el entretiem po jamás se proveyó a crear para ellos trabajos dignos y estables que les permitieran avanzar y prosperar por sus cuentas sin depender de las limosnas del estado? Se entendía, en efecto, que la idea nefasta del régimen era la de tener agarrado del pescuezo al pobre “cliente político” con el chantaje de quitarle la ayuda si no retribuía “la generosidad del gobierno” con el voto. De hecho, para Chávez era fundamental mostrarse ante los ojos del mundo como un gobernante legitimado por libres elecciones en los tiempos y en los términos previstos en la constitución. Que fueran

fraudulentas o ventajistas o *non sanctas*, eso era otro cantar, eso le resbalaba en su piel morena ya curtida por el cinismo. Lo importante era que su “vocación democrática” se la creyeran los organismos internacionales generalmente ciegos, sordos y mudos.

Sin embargo, el seis de diciembre del 2015 una terrible sorpresa agarra desprevenidos a los incrédulos chavistas, acostumbrados a las farsas electorales. Quién sabe por cuál descuido del ente electoral, constituido mayoritariamente por militantes oficialistas, en las contiendas parlamentarias de ese año la oposición unida obtiene una votación histórica. Inobjetable, además, porque por primera vez la presencia en todas las mesas de los testigos de la Unidad Democrática pudo no solo evitar el fraude otrora consuetudinario, sino recoger y exhibir las copias de las actas de votación. De esta manera se desalojaba de la Asamblea Nacional a las focas inmundas que permitían legislar por decretos al dictador difunto, como también, en buena medida, al esbirro que lo sucedió.

Por siete meses continuos se debaten nuevas leyes para desmontar el plan opresor, para liberar a los presos políticos de sus injustos encierres, para reactivar el aparato productivo, para combatir la corrupción. Nada se concreta, sin embargo, porque jueces de parte que constituyen el Tribunal Supremo de Justicia nombrados a la carrera antes de que los nuevos parlamentarios ocupasen sus curules, todo lo declaran inconstitucional, vetan cualquier cosa que allí se aprueba, llegando incluso al atrevimiento de considerar ilegítima a la Asamblea por motivos peregrinos que seguramente tendré la oportunidad de comentar en algún capítulo siguiente. Todo esto con las consecuencias, hasta el momento, de que la gente sigue pagando penurias en las colas infinitas para conseguir alimentos y medicinas, al tiempo que la situación general precipita hacia báratros profundos difícil de remontar. Yo presagio, una vez más, momentos delicados para el destino de la Nación pero a ellos me referiré, si la suerte me acompaña, cuando se produzcan.

Entretanto, a pesar de las turbulencias, mi vida transcurre sin muchos sobresaltos: la escritura que siempre me acompaña; la pasantía de largos años, a partir de 1998, al frente del Instituto Universitario Américo Vespucio; la familia que crece por los nietos que vienen a alegrarme los momentos de ocio; los viajes de placer o por motivos de estudio; la diaria rutina cada vez más alejada del bullicio y de los compromisos sociales; el disfrute del espíritu en mi casita de playa frente al mar.

En fin, el peso de los años comienzan a frenar el ímpetu del caballo que a veces también se dejaba ir sin bridas, y un sentido de plácido sosiego se apodera del alma que solo busca inspiración para atrapar las palabras más hermosas con el fin de encerrarlas en el cofre de los recuerdos. O la investigación serena, sin prisa, para ensalzar a poetas, escritores y músicos, o para seguir recogiendo el alma del pasado a través de la lengua de mis ancestros la cual, de la misma manera que otras de la antigüedad se va extinguiendo como un cubo de hielo en un vaso de agua tibia.

II

EL AMÉRICO VESPUCCIO

Había terminado mi segundo período de dirección al frente de la Escuela de Idiomas Modernos en la Universidad Central de Venezuela y, como generalmente se acostumbra con las autoridades salientes, solicito por segunda vez mi año sabático para un merecido descanso y para aprovechar, ajeno a las responsabilidades académicas, la concreción de algunos proyectos de investigación fuera del país. Así, con ese propósito, en un recordado verano de 1997, me marché a Italia igual que en el sabático anterior.

Nuestra Escuela, creada en 1973, se había convertido en una tacita de plata reconocida a nivel internacional y entre las más cotizadas de América. Lejos del bullicio del campus, estudiantes y profesores convivían casi el día entero pues allí nada faltaba para que todo funcionara sin contratiempos: una rica biblioteca, actividades culturales extra cátedras de grandes trascendencias, concursos para estimular las venas creativas de profesores y estudiantes, laboratorios de última generación, y un sin fin de etcéteras. Todo ello sin costos para la Universidad pues habíamos sido capaces de involucrar a embajadas extranjeras en el país y a las empresas privadas para proveerlos de materiales académicos, y del mantenimiento de la infraestructura.

Eran, sin embargo, años turbulentos aquéllos y varios colegas, los más radicales, claramente identificados con grupúsculos de la extrema izquierda violenta, lamentaban la escasa o ninguna participación de nuestros estudiantes en las revueltas que casi a diario tenían lugar en las cuatro entradas de la universidad, durante las cuales se repetían las acostumbradas trifulcas de piedras y quemas de cauchos, contra perdigones y gases lacrimógenos – cuando no de plomo verdadero – de los cuerpos represivos del Estado. “Estar lejos de los

acontecimientos – decían calentándole los oídos a los muchachos – no les permite manifestar el desagrado político contra este gobierno burgués y corrupto como en cambio lo están haciendo sus compañeros del campus. Es menester que le pidamos a las autoridades el traslado de nuestra Escuela, tenemos que marchar todos juntos para lograrlo y este es el momento propicio: por una parte porque en unos días habrá las elecciones para renovar las autoridades decanales y podemos negociar nuestros votos, y por la otra debemos aprovechar la ausencia del ex Director quien nunca ha compartido la posibilidad de la mudanza”.

Cierto. Varias veces estos profesores y el grupito de alumnos que los acompañaban habían insinuado la decisión de abandonar el edificio en el extramuros, encontrando en mí una barrera inquebrantable. Yo les hacía ver que nuestro aporte al cambio político y social del país, que por lo demás todos deseábamos, se podía dar sin renunciar a una de las sedes más hermosas y mejor dotadas de la universidad. Yo estaba convencido de que la construcción de una Escuela para nosotros en el campus era solo una quimera, una utopía, a pesar de las repetidas promesas de algunos candidatos a decanos o a rectores. Desde hacía tiempo había otras instancias en la lista de espera sin que nunca se pudo concretar ni siquiera la asignación del terreno para colocar el primer ladrillo. A esta fecha la realidad demuestra que yo tenía razón. Después de casi veinte años de aquella huida intempestiva y masiva, que dejaba en el abandono la sede de San Bernardino, los alumnos siguen recibiendo clases en aulas prestadas y la Escuela, otrora espléndida y próspera, acomodó sus oficinas administrativas en unos viejos galpones convirtiéndose, ella toda, en un escombros físico y académico.

La decepción fue tan grande que al regreso de mi año sabático solicito de inmediato el disfrute de la jubilación y, a pesar de las invitaciones repetidas a lo largo de los años para reconocimientos varios por mis aportes académicos y administrativos a la Escuela, nunca

más quise pisar una piedra de tamaña ruina. Que no de la Universidad. Ella sigue en mi corazón y en mi mente, y nada ni nadie logrará cancelarla de mis querencias.

A pocos meses de mi nueva vida, lo inesperado. Mi teléfono registra una llamada desconocida y al contestar, del otro lado de la bocina trueno una voz afectuosa, cuyo acento yo recordaba vagamente. Era Francesco, el hijo de la “generala” María Cerolini, ya fallecida, la misma que muchos años atrás me había acogido en su Escuela Américo Vespucio cuando recién graduado llego a Venezuela y la Universidad, en la que iba a presentar el concurso para la cátedra de italiano, se mantenía cerrada por problemas políticos. En pocas palabras, como era su costumbre, me pone al tanto del Colegio. Me dice que habían cerrado la sección italiana por falta de alumnos; que ya tenían bachillerato completo y numeroso en español; que en 1984 habían obtenido la autorización del Ministerio de Educación – y esta era la novedad – para abrir en la misma sede ampliada un tecnológico universitario, de tres años de duración, cuyos cursos habían superado la fase de experimentación en algunas carreras como administración, contabilidad, publicidad e informática. “Ven a visitarnos – me dijo – para que veas cómo ha crecido nuestro proyecto y si te animas te ofrezco la dirección del Instituto”.

En mi mente un remolino de ideas comienzan a dar vueltas como cuando se levanta una tromba de aire en el desierto y la arena se mantiene suspendida en el vacío por la fuerza vertiginosa que la mantiene unida. Siempre había soñado en mi universidad una carrera corta para los miles de muchachos que iniciaban sus estudios en la Escuela y que por múltiples razones no lograban terminar. Daba lástima que tuviesen que retirarse ya con una buena formación, sin poderles extender un certificado que los acreditase para algunos menesteres en los cuales podía ser suficiente el uso incipiente de uno o dos idiomas extranjeros. Por más justificaciones que se me ocurrieran, mis propuestas siempre chocaban contra paredes infrangibles dentro

y fuera de la Facultad. Todos, colegas profesores y autoridades centrales, repetían convencidos de que la universidad bajaría su prestigio académico si lanzaba al mercado un producto de media cocción... ¡Ay de ellos! Años más tarde, aunque no para idiomas, varias casas de estudio del país, a raíz inclusive de la experiencia de carreras cortas que venían experimentándose con éxito en muchos ateneos europeos, repensaron aquella estrategia y hoy es común que las universidades nacionales autónomas gradúen técnicos superiores en un lapso de tres años con posibilidad para los interesados de continuar sus estudios hasta la licenciatura.

Acepto, pues, el reto para dirigir el Instituto Universitario Tecnológico Américo Vespucio y al pisar su sede miles de recuerdos me regresan a la mente: mis años verdes de recién graduado; las primeras experiencias en un salón de clases; mis viejos alumnos, pillos irremediables como todos los muchachos, pero amables conmigo y comprensivos a pesar de ser casi coetáneos; la Carmen de la primera fila que sin pudor se pasaba la hora entera con sus piernotas abiertas de chica regordeta sin que se le inmutara el rostro cuando sus ojos se cruzaban con los del profesor después que éste, a veces, por instantes, bajaba los suyos hasta donde el instinto los llevaban; el paisaje cada día cambiante del Ávila que desde los ventanales de los salones a veces nos alegraba el día con su sol radiante, o en otros momentos nos estremecía con rayos y truenos estruendosos cuando las nubes grises se juntaban para dar inicio a la tormenta la cual, sin embargo, nunca duraba más de los veinte minutos perfectamente cronometrados.

Ya en ese primer encuentro, después de los saludos de rigor, le planteo a Francesco mi plan de proponer en su Instituto la formación de un técnico superior universitario en idiomas modernos, experiencia única en América Latina.

Mientras yo explicaba el proyecto, su mente se ausentaba e iba al lado opuesto de mi intención romántica. Yo soñaba con dar a la juventud estudiosa del país una nueva oportunidad para realizar su

vida con una carrera que no admitía, en el mundo globalizado, ninguna duda acerca de su éxito. Él, en cambio, comerciante al fin, veía clarita la otra cara de la moneda – y aquí vale completa la metáfora – por lo cual, acostumbrado a decir pocas palabras y a escuchar lo esencial para la rápida evaluación mental, se levanta de golpe y solo alcanza decir, con una sonrisita en los labios, que me daba carta blanca para lo que yo quisiera. La sonrisa, tal vez, quería insinuar que el Ministerio, en línea con el “plan de la patria” del actual gobierno, nunca aprobaría propuesta alguna proveniente de una institución educativa privada, por más vanguardista que fuese para el desarrollo del país. Era razonable la duda. Sin embargo, yo tengo por costumbre no rendirme hasta que la última puerta que vaya a tocar no se me cierre con violencia en la cara y me machuque irremediablemente la nariz.

Manos a la obra, pues. Primero con la ayuda de una especialista en currículo que me plasma en el papel la idea de cómo justificar una carrera de idiomas modernos de tres años y luego el recorrido, mucho más complicado, por las oficinas del Ministerio en busca de un alma capaz de entender que aquel proyecto podía ser un aporte importante para el desarrollo profesional de nuestra juventud. Aquí, allá, acullá. Solo promesas, por meses, e insinuaciones malsanas de comisiones para intentar abrir algunas puertas en los pisos de arriba, donde están los mandos que deciden.

El pragmático de Francesco, experto en lidiar con la fauna corrupta me insinúa una y otra vez que acepte ofrecer la “ayudadita generosa”. Yo soy terco, en cambio. O mejor, me digo, no puedo caer en el juego que mi conciencia siempre ha rechazado: el de ser cómplice de esbirros y truhanes que venden sus almas por un puñado de monedas. De manera que me voy solo a los pisos superiores, superando los cien mil obstáculos de guardianes y secretarias que parecían más bien cuidar preciosas espaldas encerradas en sus jaulas inexpugnables en vez de tener claro lo contrario: que sus jefes eran simples servidores públicos puestos allí también para escuchar opiniones y propuestas de la gente.

Me asiste la fortuna. Leo en unos de los carteles de varios directorios un nombre conocido, de una ex colega de la universidad que ocupaba allí un cargo importante. Me hago anunciar y ella misma me recibe a las puertas del despacho con un abrazo, haciendo retroceder con cara de asombro a un guardia de seguridad que minutos antes había intentado bloquear mi avanzada hacia la oficina de la secretaria. Le explico con lujos de detalles el propósito de la visita y cuando nota que la propuesta del plan de estudios llevaba también la firma de Marina Polo, querida amiga suya y compañera apreciada de muchos años en la misma cátedra, no tiene más dudas. Me promete su apoyo y así, en un par de meses, nos llega la comunicación que autorizaba la apertura de la nueva carrera, de manera exclusiva y experimental.

Celebramos mucho aquel triunfo fruto de la perseverancia. Y pusimos de inmediato manos a la obra. Insonorizamos algunas aulas, instalamos un discreto laboratorio, buscamos buenos docentes y sobre todo instruimos al personal para que entendiera a fondo el espíritu del plan de estudios enfocado hacia objetivos propios de un técnico superior universitario.

En la primera cohorte, a pesar de la publicidad en varios periódicos, hubo la irrisoria inscripción de apenas quince bachilleres. Nos reímos con Francesco, pero los resultados encajaban en nuestros cálculos. Había que dar tiempo para que se digiriera una novedad de esa magnitud.

Un par de años más tarde, sin embargo, la hierba comienza a crecer con tanta velocidad que se convierte en un matorral, pero no de maleza ni mucho menos de zarzales de ásperas estacas. Sino de setos lindamente florecidos donde alternan rosas, lirios, claveles y orquídeas de múltiples colores. Tanto que, en unos diez añitos, o algo más, cuando dejo la dirección y me retiro por fin en la quietud de mi casa para dar rienda suelta a la vena creativa a tiempo completo con la voraz intención de plasmarla en la escritura, los participantes alcanzaban tres mil unidades o algo más.

El tiempo, muchas veces, yo lo sé, muestra la obra próspera si los herederos bellacos no la destruyen, por descuido o por incompetencia. Pero nunca, o pocas veces, se recuerda al que echó la semilla que dio lugar al árbol frondoso con la abundancia de sus frutos. Pero para mí eso nunca ha sido un problema. Siempre he creído que lo que importa es “hacer”, y si se hace en el anonimato mejor todavía.

III CORRADO GALZIO

Yo había oído hablar del personaje. Muchas veces. Aparecía a menudo en las reseñas de *La Voce d'Italia* y en otros periódicos de circulación nacional. Sabía de su virtuosismo cuando posaba las manos pequeñas, proporcionadas a su estatura, en el teclado del piano que era su compañero de viaje inseparable. Sin embargo, a pesar de tener en común amigos entrañables, nunca habíamos coincidido para poderle manifestar mi admiración no solo por su talento sino también para expresarle el orgullo por el honor que él le deparaba a nuestro gentilicio en Venezuela.

Un día inolvidable del principio de este siglo su voz de alegría permanente incluso hacia interlocutores desconocidos – como era el caso mío – me invita a un encuentro en el Centro Cultural Monte Sacro, una criatura suya de largo prestigio.

Me emociona verme en su presencia y casi me tiemblan las rodillas cuando me anuncia que me había escogido para integrar la nueva directiva del Centro Cultural. Así no más. Porque con el tiempo iré aprendiendo que las decisiones suyas se consultaban solo con su cerebro permanentemente en ebullición y quien mostraba dudas salía del proyecto, aunque no de su amistad sincera si había convenido que tenías números para estar sentado en el círculo distinguido de sus afectos.

No era hombre de mucho discurrir. Más bien, había que hacer ejercicio de comprensión semiótica para entender, a través de gestos nunca aparatosos y palabras entrecortadas sin el hilo de la sintaxis, el concepto que cuando lo desarrollabas te dabas cuenta de lo profundo que era. Porque así son los artistas verdaderos. Solo hablan claro y corrido con sus almas y luego que han conseguido la idea que los atormenta expresan en la escritura, o en la música, o en la escultura, o en la pintura, la alegría o el dolor según el caso. A veces, yo entraba

de puntillas en el amplio salón de Monte Sacro y sin que me viera, escondido entre las sillas amontonadas aquí y allá, me quedaba horas enteras escuchando aquellas notas que salían divinas del piano, su exclusivo piano que nadie podía tocar sino sus dedos virtuosos. Y por las melodías que se expandían, o como pajarillos en las mañanas de dulce primavera, o como el graznar de cuervos y guacharacas en las peleas de machos por el amor, me daba cuenta del humor del ángel y de qué manera interactuar con él cuando volvía a su condición de hombre. Sobre todo después de aceptar, luego de tanta insistencia mía, que me contara su historia de vida y arte para plasmarla en una obra que al final, yo solo, por primera vez sin que él opinara, quise titular *La vida fantástica de Corrado Galzio*. Por un año entero o más, al menos dos veces a la semana, al finalizar sus ejercicios en el instrumento que eran como las oraciones para un creyente antes de comenzar el día, yo lograba sentarlo frente a mí y estimulaba en él los recuerdos de la infancia, su juventud en Italia y los avatares de la guerra, la llegada involuntaria a este país que luego lo embrujó, los viajes por el mundo, el encuentro con los grandes de la música. No era tanto resaltar su arte, que por más que hubiese querido no era pericia mía poderlo hacer, sino desnudar al hombre tan enigmático y leer en su alma, pocas veces dispuesta a las confidencias.

Nace en Sicilia, en Noto exactamente, la ciudad barroca tan linda y metafórica como un poema de Luis de Góngora. Allí un viejo Maestro, un tal Giuseppe Scopa, autodidacta, lo inicia en el arte de la música, y del piano en particular, que desde la adolescencia perfeccionará en Roma, en la reconocida Academia de Santa Cecilia. La ciudad eterna lo cautiva no solo por su proverbial belleza sino porque le permite ver de cerca, y casi tocar sus hombros de luchador, al hombre más temido del momento, al *duce* Mussolini, quien con su verbo encendido crea en aquellos años la falsa ilusión entre los jóvenes, y también entre muchos ancianos, de que Italia al igual que Francia, e Inglaterra, y otros países en guerra, podía conquistarse su “puesto al

sol”. Se alista pues, el Nuestro, en una brigada voluntaria juramentada para el combate pero el navío, sin que ellos supieran, en vez de dirigir su popa hacia el África salvaje donde supuestamente estaba destinada para la conquista, se desvía por aguas del mar Egeo, otra meta para la hazaña fascista, hasta atracar en alguna costa de la culta y hermosa Grecia. Tremenda decepción. Ni un solo cartucho se dispara allí. Aun así, de regreso, repuesto del asalto de pulgas y piojos coleccionados en una montaña solitaria que le chupaban la sangre como los bebés la leche de las madres, se anota para combatir ahora sí de verdad, piensa él, en Rusia, en donde un hermano suyo igual de soñador ya se había marchado con la misma ilusión de ser otro albañil en la construcción de la “grandeza de la patria”. Por suerte, a Corrado le impiden la salida. No daban las medidas corporales, ni el físico minado por las penurias en Grecia, para afrontar las nieves y el frío amenazante y los acechos de la estepa, que vencen sin armas a quienes tratan de violar su paisaje desértico e infecundo poblado solo de fantasmas.

Cuando termina la guerra e Italia comienza a recoser las heridas que el odio entre hermanos había abierto en cuerpos y almas, junto con un amigo músico de nombre Alberto Flamini, futuro integrante de su primer *Cuarteto* y luego primer violín de la Orquesta Sinfónica Venezuela, se embarca en Nápoles para buscar aventuras en la fantástica tierra de Brasil. Quiere el destino – por suerte nuestra – que a causa de una avería, al comenzar el Caribe el barco se desvíe hasta La Guaira y que acá se quede, para siempre, fascinado por este trópico templado en el que también, ya en aquel entonces, se producían alegres melodías, tan obras de arte como las ejecuciones más universales que salían del piano de sus amores.

Abre academias para formar a los músicos del futuro; crea un *Cuarteto* e introduce la música de cámara; produce un programa radial donde convergen los artistas más cotizados del país y también otros que llegan numerosos de varias latitudes; comienza giras por el

mundo y hace dúo con los grandes nombres grabados ya, y para siempre, en el albo de oro del arte musical universal como Ricardo Odnoposoff, Uto Ughi, Salvatore Accardo, Gaspar Cassadó... y me paro para no aburrir con la larga lista al paciente lector. Organiza luego en su ciudad natal, en la Noto de sus recuerdos que jamás se apagarán en su corazón siciliano, un Festival Internacional anual cuya característica era, y sigue siendo, que en el programa siempre estuviera presente una orquesta, o un solista, o un conjunto criollo con el propósito de difundir su virtuosismo por el mundo.

Con todo esto, le alcanza el tiempo a Corrado para amenizar con sus amistades, las pocas que hace propias cuando se convence de que son sinceras, como siempre lo es la suya si se tiene la suerte de entrar en el círculo. Yo debo sentirme un privilegiado porque, desde nuestro primer encuentro, además de haber estado invariablemente presente en las tertulias semanales en Monte Sacro – y uso el pasado porque el tiempo que avanza, y los achaques, obligaron al Maestro a un retorno intempestivo a su hogar de origen bajo el cuidado de los hijos que allí viven – también me permitió visitas a solas para poder hurgar entre sus papeles íntimos en busca de fotos, o de cartas, o de folletos con programas de conciertos, que corroboraran la narración sobre su vida que finalmente me autorizó a hacer pública.

Un episodio, que tal vez merezca el recuerdo de la historia, del que fui testigo excepcional junto con otro amigo suyo por la vida, el doctor Salvatore Pluchino, tiene relación con una iniciativa que quedó inconclusa por la majadería de algunos protagonistas. Había donado el Maestro Galzio, a principio de los '90, siete pianos al Centro Italiano Venezolano de Caracas con la intención de que en esos espacios continuara la formación de músicos que se había interrumpido tiempos atrás en Monte Sacro. A pesar de los esfuerzos por contar con profesores de mucho renombre, la iniciativa no se concreta y los pianos, sin ninguna precaución, terminan amontonados en un depósito junto con otra mercancía desechada. Pasan los años, hasta que el Rector de una reconocida universidad del país, asiduo asistente a

los Conciertos de los jueves en el Centro Cultural, nos plantea su interés de abrir una Cátedra de música y nos solicita, a mí y a Pluchino, interceder ante el Maestro para obtener su asesoría. En verdad, bastaron dos palabras para que en su cabeza, siempre lista, siempre en continua efervescencia, comenzara a deshilarse la madeja para ir tejiendo otro proyecto. “Donaremos los pianos custodiados en el Ítalo – nos dice – y reviviremos en esa universidad la idea que no pudimos realizar. Ustedes tienen influencia allí², así que dejo en sus manos el rescate de los instrumentos”.

¡Ay de nosotros dos! Cuando vimos el amasijo de cachivaches, o mejor, el montón de chatarra en que se habían reducido los pianos en el depósito húmedo y descuidado, nuestros rostros se volvieron tan blancos por el asombro y la rabia, que casi podían sustituir una bombilla de aquella oscura covacha. ¿Cómo decirle al Maestro que los pianos ya estaban inservibles? ¿Quién hubiese podido calmar su ira, que era incontenible cuando se trataba de un maltrato a la cultura? Por suerte no fue así.

Aceptó aquello con una tal estoica resignación que nos hizo exclamar, al otro querido amigo y a mí, que a Corrado le comenzaban a pesar los noventa y pico de años a cuesta, y que el león que no dejaba escapar presa, por más veloz que fuera, iba dejando espacio al caballo sí, aún sin bridas, pero que ya no mostraba los crines al aire y la espuma en la boca para seguirle el paso a la yegua juguetona.

No nos equivocamos. El viaje a Italia para la cita anual en Noto se está alargando. Allí sigue todavía.

El día en que por la ley de la vida habrá que escribir el epílogo de este hombre insigne, si la mente sigue lúcida y la pluma no me temblará en la mano, lo haré para dejar constancia hasta el final de una amistad que ha llenado de regocijo mi alma como ninguna otra.

² El dr. Salvatore Pluchino fue presidente del Centro Italiano Venezolano de Caracas en varios períodos, realizando obras fundamentales para la consolidación de ese club recreativo-cultural, considerado la casa madre de los ítalo-venezolanos. Yo, en cambio, asumí el cargo de segundo vicepresidente en una Junta Directiva posterior.

IV ¿UN MILAGRO?

Estaba disfrutando un fin de semana playero como a menudo sigo haciendo³ y de repente un dolor de vientre comienza a estremecerme el cuerpo hasta el punto de no poderlo esconder más, como lo había hecho por un buen rato, para no turbar a mi esposa que en el área de la piscina platicaba con los vecinos disfrutando el sol delicioso de la hora próxima al ocaso.

Bajo pálido y encorvado las escaleras del apartamento, con la mano derecha apoyada en la boca del estómago. No son necesarias las palabras para que ella, y el resto de los vecinos, comprendieran la gravedad de la situación. Por supuesto, para darme ánimo, cada quien se inventa una explicación sencilla al mal repentino: “tal vez una indigestión”, o “el exceso de bebidas gaseosas a las que no estás acostumbrado”, y así seguido. Elba, con menos asentimiento, remata de esta manera: “claro, ¿qué otra cosa te podías esperar? Vacíaste una bolsita entera de pistachos y ahora pagas las consecuencias. ¡No aprendes! Tómate un sobre de Alka Seltzer o una cucharada de Maaolox y se te calma”.

No se me calma, en cambio. Más bien se agudiza y así decido regresarme a Caracas simulando un aparente alivio para que ella no me impida conducir el automóvil hasta la casa por un recorrido de un poco más de cien kilómetros.

Apenas llegamos me tiendo en la cama. Ya era imposible esconder el dolor agobiante, no solo por el sudor que comienza a fluir del cuerpo como cuando el agua en la ducha te cae en la cabeza, sino por los quejidos que me salen del alma no dispuesta a encubrir más las simulaciones para no preocupar a Elba durante el camino quien, sin embargo, desde el primer momento había mostrado una extraña

³ De los goces en mi casa de veraneo me prometo narrar en un capítulo aparte para dejar constancia en mis memorias de cuán saludables los consideraba para mi bienestar físico y mental

agitación. No le faltaban motivos. Meses antes me habían internado de emergencia a causa de una hernia hiatal en estado complicado por lo cual, pensaría, no era descartable que algo relacionado me pudiese estar pasando factura ahora por mi terquedad de ignorar los controles de rigor con el médico tratante.

El resto de la familia, vale decir mi hermana y mis hijos, se enteran de inmediato, y el yerno médico sin perder tiempo hace las gestiones para la consulta imprescindible con el gastroenterólogo, el mismo que meses atrás me había descubierto la imperfección de la hernia que en colisión con el estómago comenzaba a presionar la aorta pudiendo de tal manera causar secuelas inimaginables si no se intervenía a tiempo.

Pero, ¡ay de mí, y de la angustia de todos! Era el mes de agosto, días de vacaciones. En aquellos tiempos disfrutábamos todavía del petróleo que brotaba fácil de la tierra como el chorro de agua de una tubería dañada en plena calle, y el doctor iba de viaje como lo hacía cualquier mortal pues a las mayorías nos caían aún las migajas de dólares que los corruptos cargaban en sus mochilas rebosantes destinadas a los paraísos fiscales. Sin embargo, esas migajas eran suficientes para compartir en el festín del derroche aunque fuera acomodados en las esquinas más apartadas del banquete.

Por suerte, en la grabadora del teléfono deja un mensaje según el cual para las emergencias se podía contactar a un médico de su confianza disponible las veinticuatro horas. Así, en apenas unos minutos acudimos a la cita en una reconocida Clínica situada en la zona de San Bernardino y, finalizados los exámenes, el responso llega tajante y definitivo: “el paciente presenta una lamentable neumonía”.

Aquel año de 2010 este mal estaba causando estragos en la población. Parecía una epidemia que no distinguía edades o clases sociales o méritos profesionales. De hecho, tan solo para dejar un ejemplo significativo, un par de meses antes se había llevado al cielo a Manuel Jesús Graterol Santander, popularmente conocido como

Graterolacho, el humorista de Venezuela recordado, entre otros muchos méritos, por la creación de *El Camaleón*, una revista de sutil ironía en la cual no se perdonaban los deslindes de nadie que ocupara alguna función de relieve en la administración pública o en la vida política. Su eslogan lo recuerdo todavía: “*un rato con el gobierno y otro con la oposición*” ...

En mi caso, no era que me asustara un eventual desenlace porque soy fatalista y no le temo a la muerte. Sino que sentía dentro de mi cuerpo que no había llegado la hora, que me faltaba concluir algunas cosas para dejar completo el legado que pudiese orgullecer a la descendencia la cual, como ya lo preveo, en pocos años deberá estar esparcida por el mundo si no se vence a la tiranía que ahora sigue campeando en mi linda Venezuela. Decido pues hacer el paciente modelo y cumplir a la letra las instrucciones de la médica neumóloga que me asignan.

Pasan los días. Dos, tres, cuatro... El tratamiento no produce los efectos deseados y el dolor abdominal no cesa. En la noche, una joven enfermera pulcramente vestida de un blanco inmaculado se presenta con una jeringa y sin mediar palabras me inyecta algo en la vena que me adormece como a un bebé después del bañito restaurador. De allí a unos minutos es imposible distinguir si los fantasmas que me rondan alrededor, cada uno con una vela encendida en la mano, son visiones del sueño o si se mueven de verdad entonando una cantaleta que más que tal parecía un estribillo repetitivo acompañado de un monótono eco de arpa proveniente de lejos. La camilla comienza a oscilar y cuando parecía que quería estrellarse contra la pared lateral, hete que se frena de repente y en un movimiento vertical se va levantando poco a poco como cuando el mago ilusiona a su público en un acto de levitación. Justo en el momento en que está por traspasar el techo del cuarto para volar quién sabe hasta cuáles dimensiones me despierto con un grito de desesperación, enchumbado de sudor, al tiempo que con ambas palmas de la mano me cacheteo repetidamente gritando perturbado: “¡No, no. No es la hora todavía!”

Los familiares que asisten a la escena no muestran mayor asombro pues tal como lo había escuchado nítido y fuerte de sus comentarios durante el sopor, la convicción entre ellos era que dicho comportamiento se justificaba por el efecto de la morfina.

En la hora del recorrido de los médicos por las habitaciones de los pacientes, también llega puntual mi neumóloga con malas noticias. “No mejora y no podemos seguir con este tratamiento sedativo” – dice –. “Queda un último recurso, el lavado de bronquios en el quirófano y hay que proceder ya”.

Balucea estas palabras justo en el momento en que mi yerno, pediatra de profesión pero médico genérico por vocación, venía de sus ocupaciones para reunirse con los familiares. Al escuchar a su colega e intuyendo que el “sedativo” en cuestión era la morfina inyectada, saltó como un resorte sin poder aguantar una rabia repentina. “¡Qué morfina del carrizo – increpó – y cuál lavado de bronquios! Además, ¡cómo diablo cree usted que un enfermo de esa magnitud, con una respiración tan limitada, podría soportar una anestesia total!”.

Entre ellos sigue por algunos minutos una disputa poco amigable la cual termina con unas palabras definitivas de José Manuel dirigidas más a la familia que a la médica ofendida: “Propongo que nos lo llevemos a nuestra Clínica Amay, allí estaremos más tranquilos y tomaremos con nuestros colegas las decisiones que consideremos convenientes”.

Por supuesto, me toca a mí autorizar la salida declarando que eximo de cualquier responsabilidad a la Clínica y a la médica tratante. Lo hago con tanta alegría que me infunde una insólita energía en todo el cuerpo. Me visto de prisa y delante de los ojos desaparecen las imágenes nubladas, como también las miles de hormigas que por el efecto de la alucinación veía treparse incansablemente por el cable de un televisor colocado frente a la cama...

No logro abotonar completo el pantalón por la hinchazón del vientre y me toca aguantarlo con la mano izquierda, pues la derecha

había quedado inmóvil por el yelco que no era conveniente retirar ya que la “tortura” hubiese sido mayúscula para reponerlo. Mis venas son difíciles de tomar y las malucas, además de esconderse hábilmente como las chiripas en una gaveta de cocina, cuando a ratos se asoman no difieren mucho de los capilares de un niño.

Mientras Elba y Marilú van arreglando la maleta con las cosas personales, Mikaela me acompaña tomado del brazo por el largo pasillo que conduce al ascensor. Habíamos recorrido pocos metros cuando debajo de mi pantufla siento algo duro como cuando se pisa una piedrita. La hija se agacha y recoge del suelo una medallita – una miniatura apenas – con la imagen de una Virgen que acá se conoce con el nombre de La Milagrosa. Sabiendo de mi agnosticismo – que no de ateísmo porque a lo largo de mi existencia siempre he creído en un hacedor superior propiciador de la Vida – ella se atreve a decirme: “Papi, te la pongo en el bolsillo, llévatela”.

Una vez en Amay, que es como decir en mi casa, un aire nuevo me penetra hasta los pulmones enfermos y me da un renovado aliento parecido al de quien sale de una profunda depresión por un cambio repentino del motivo que la había producido. Todo estaba dispuesto allí para una atención de primera y sentía que pronto saldría del percalce. Sin embargo, nadie me engaña con falsas palabras de consuelo. El doctor René Rivera, mi nuevo médico tratante, más bien debuta de esta manera cruda: “Señor Castelli, usted está muy grave. Yo quiero ayudarlo pero necesito su colaboración. No acepto caprichos, ni que cuestione ninguna de mis decisiones. La primera exigencia es que voy a poner un cartel en la puerta para prohibirle las visitas; la segunda, si quiere ver televisión, hágalo poniendo solo canales de comiquitas para estar relajado; la tercera es que no exija ninguna comida que no esté prevista en el menú del dietólogo; y la cuarta que nos encomendemos ambos a Dios porque además de la ayuda de la ciencia necesitamos su protección...”.

Pasan las horas, los días, las semanas. No se escatiman esfuerzos de parte de nadie: del médico, del personal de la Clínica con mi

yerno a la cabeza, del terapeuta, de la familia. En fin, un juego de equipo que poco a poco va dando los resultados esperados hasta que el enfermo, como el ave fénix, resurge de sus cenizas y vuelve a la vida.

El día del alta es fiesta. Todos presentes. Empezando por algunos amigos y conocidos que tenían vedado verme durante la convalecencia. Me baño, me perfumo como nunca antes lo había hecho, me visto con el traje preferido y me apresto a instalarme en el vehículo que me lleve a la casa después de casi un mes sin sentir el calor de sus paredes y el olor de los libros de mi biblioteca.

Mikaela se sienta a mi lado y casi susurrándome al oído me dice: “Papi, ¿recuerdas la medallita que nos encontramos en el pasillo de la Clínica? Para que no se extraviara la saqué de tu pantalón y la guardé para entregártela ahora. Póntela en la cartera y llévala siempre contigo porque estoy convencida de que esa Virgen recogió nuestras imploraciones y se cumplió el milagro”.

Le tomo la mano, le estampo un beso en la mejilla caliente como cuando el sol se la acaricia en la playa, y de inmediato conservo aquella reliquia en la ventanilla de mi monedero para que siga allí hasta el final de mis días.

V

COMPLETA LA COSECHA

Dicen que siete es el número de la suerte. Un número mágico, además, que siempre recurre en las cosas importantes de la historia, del arte y de la vida. De hecho, siete son los colores del arco iris que surja los cielos cuando los rayos del sol filtran las pequeñas gotas de agua que flotan en la atmósfera. También siete son las maravillas del mundo, las antiguas y las modernas, que asombran por su belleza. O porque siete son los enanos que protegen a la linda Blancanieves cuando la bruja la persigue celosa de su pureza y de su lozana piel que el tiempo arruga. Y así varios ejemplos más que les dan razón a quienes esto dicen y creen. Pues entonces, en mi casa también ha llegado la buena suerte, o por lo menos algo importante habrá que esperarse en los acontecimientos del futuro porque siete son mis nietos del alma y, al parecer, según dicen hijas e hijo, protagonistas de esta cosecha maravillosa, la misma ya está completa.

De los primeros cinco ya se ha hablado en la primera parte de estos *Cuentos*. Allí anunciamos también a Víctor José que finalmente al nacer cambió de nombre. Por decisión repensada del padre, tal vez, quien había asumido *in pectore* la responsabilidad de que a través de él continuaran los nombres de la estirpe, y el apellido que ni tan nuevo era en Venezuela. No solo ni tan nuevo, sino glorioso. Un tal Carlos Luis Castelli, soldado aventurero, había llegado de Italia en 1815 con el ánimo de ayudar a Bolívar en su lucha libertadora y aquí plantó raíces para su grandeza: lugarteniente, primero, del hombre más querido que liberó del yugo a varios pueblos americanos, político luego y finalmente declarado prócer por cuyo motivo sus restos se veneran ahora en el Panteón Nacional de la República.

Era un dos de marzo de 2010, día lluvioso si no recuerdo mal. La sorpresa del sexo se había disipado ya tiempo atrás, pues ahora se

conoce casi de inmediato por esos útiles aparaticos que ayudan a los médicos a minimizar los errores en sus diagnósticos. Un varón era. Justo lo que esperábamos. Un Castelli de esta serie que comenzó con Giuseppe, acá, y que siguió con Michele, que por la buena suerte de querer continuar él también con el apellido había generado a José Miguel, el padre de la criatura que ahora vendría al mundo. Y miren qué bien hilvanó las cosas, éste, para decidir el nombre del niño, aún en el vientre de la madre criolla: “lo llamaremos como yo que es la costumbre en esta tierra amada, y al mismo tiempo renovamos en la memoria al bisabuelo de cuyas faenas un día se enterará, y al abuelo, que por sus veleidades de escritor ya va tejiendo la trama de la familia desde el principio hasta dónde le llegue el tiempo”.

Bien, allí está. Pestañea con sus ojitos pícaros, molesto por la luz a la que tiene que acostumbrarse después de mucho tiempo en las tinieblas. No parecen interesarle los susurros que llegan de aquí y de allá. No sé si es porque no logra oírlos todavía o por querer descansar en paz después de los chillidos causados por el frío estetoscopio y otros instrumentales con los cuales el tío pediatra lo había auscultado y jurungado para garantizar a padre y madre, y a toda la familia, que todo estaba en orden en su cuerpito lindo.

Pasan los años. Uno, dos, tres. Crece espléndido el niño y muestra además tanta capacidad motora que a mí me sorprende de manera extraña. Se monta en una bicicleta de dos ruedas, que no es cosa común en esa edad, y corre por el parque sin ninguna muestra de susto o de pérdida de equilibrio. Con el carrito eléctrico, luego, maneja su volante como un experto piloto de carreras: esquiva obstáculos, se mueve por la pista con pericia, nunca se cansa y aunque sea un juego, de su rostro emanan sí la felicidad del niño que se divierte pero también señales de seriedad como si quisiera expresar con ello que no le es ajeno el peligro de poder lastimar a un compañerito que junto a él comparte el área de esparcimiento.

En la casa, un día, conversando con los padres, expresa por fin lo que adentro le roe y que por timidez no había habido forma de que

le saliera a flote: “mamá, papá, yo quiero un hermanito”. Así de escueto. Y muy claro en el deseo. Un varoncito con quien compartir sus juegos, enseñarle a armar las decenas de rompecabezas que colecciona en su cuarto pero sobre todo para consentirlo, como hace un hermano mayor con el menor, tal como lo ha visto tantas veces en los cartones animados de la televisión.

Pues, miren, el deseo se cumple. Antes de llegar al mundo, éste también tenía asignado un nombre: Víctor Miguel. A través de él revivirían en el recuerdo por muchos años todavía los dos padres del padre, el putativo y el biológico: Víctor Urbina por una parte, el Maestro de Judo, forjador del espíritu y cuerpo de su pupilo atleta, y una vez más quien esto escribe, que no se esperaba tanto amor de parte de este hijo. No porque no supiese darlo, que para eso fue educado: sin moralejas asfixiantes, sin tormentos innecesarios. Sino con el ejemplo. Me lo llevaba conmigo todas las veces que iba a visitar a mi madre en su lecho de enferma cuando, después de la partida de mi padre, ella también quiso comenzar la cola para reunirse con él, pagando con relativa corta postración el sacrificio por los pecadillos, como nos toca a todos, después de la confesión con la conciencia. Para que viera, sin necesidad de las palabras, cómo se respeta y cómo se ama a un padre – o a una madre – que nos han dado la vida. Por eso. No porque no supiese darlo. Sino que ya había cumplido con la responsabilidad jurada de seguir con los nombres y los apellidos de aquella estirpe cuya semilla había llegado de más allá del mar.

Siete nietos, al fin, con temperamentos propios que van anunciando personajes distintos, intereses propios difíciles de cambiar con el pasar del tiempo. Yo que soy un soñador, un visionario, puedo permitirme el atrevimiento de pronosticar el destino de cada uno de ellos como si estuviera frente a una bola de cristal. Y así como lo veo lo voy a contar acá para que en el futuro se compare si es verdad, como se dice, que los poetas tienen la intuición de prever los acontecimientos.

José Manuel, primero, el mayor de los morochos. Un juego de palabras, por supuesto. Mayor porque por un minuto se anticipa al hermanito vencíéndolo en la instintiva competencia de quién sale primero al mundo, ese mismo que todos imprecán por el doloroso camino que se debe sortear durante el tiempo, pero que nadie quiere abandonar ni siquiera cuando nos acercamos al término del ciclo de la vida. José Manuel. Fáciles las previsiones. Un profesional cabal, un médico exitoso. Lo veo envuelto en su larga bata blanca experimentando con probetas y plantas, y órganos de animales, para buscar remedios a las enfermedades terribles de este siglo. Un estudioso, pues. Brillante como el sol cuando, después de ir perdiendo en el horizonte los colores rojizos y anaranjados con los que se despierta en las mañanas, se viste de un amarillo claro, acá en el trópico, y comienza su paseo alegre hasta el ocaso en el extremo opuesto.

Manuel Andrés, el otro. El que el día de su nacimiento me parecía el pensador de Rodín por el índice en las sienas, resultó más bien un práctico, un muchachón de alma incomparable, solidario y bueno. Amante de la naturaleza vivirá su vida vagando entre mar y selva, pero sin extraviarse ni en él ni en ella, a pesar del goce, pues seguirá presente para cumplir el rol del patriarca, del protector de toda la familia para que ninguna oveja se escape del redil hasta que el paso de los tiempos haga marchitar el roble sembrado en el pasado con la semilla de los pioneros venidos de Italia y de Canarias. Él también, pues, será brillante. Como el diamante que refulge en medio de las piedras crudas esparcidas en las montañas y su centelleo ciega los ojos del pasante solitario que lo recoge, pero no para su único provecho. Para compartirlo con sus seres queridos y también con los pobres que no lo sean de espíritu.

Valentina Antonella, la tercera. Valentina no sé por qué. Antonella, seguramente, por la devoción de los padres al taumaturgo, el San Antonio de Padua al que siempre se encomiendan y que al parecer nunca se ha negado cuando se le han pedido cosas razonables. Ella es la hembra que tanto se deseaba después del parto de los dos

hermanos gemelos. Ya en la edad de saber lo que se quiere, parece irreversible su vocación por la odontología. No hay vuelta atrás, parece. Por eso, no veo escollos en su camino, será sin duda triunfadora acá o donde la lleve el hado por el mundo. Su futuro resplandecerá porque lleva en su ser dos cosillas juntas que aseguran el éxito: la belleza afuera y el tino potencial adentro. Brillará, pues. Será como el fuego en las noches del invierno de mis recuerdos, cuando las llamas elevaban sus largas lenguas que se recorrían para fundirse luego en un abrazo, y la carrera loca ponía a chispear los troncos encendidos en la boca de la chimenea para dar calor al hogar y a las personas.

Stephanie sigue. Tan linda como la prima. Con menos pretensiones tal vez porque consciente de que en su caso fluye menos el oro el cual, en ambas circunstancias, sin embargo, se amasa por igual con el sudor que cuele de la frente. ¡Cómo ha cambiado de niña a señorita! Temblorosa, la recuerdo, en sus añitos mozos, cuando la timidez no la dejaba en paz. Luego con el tiempo se abre a la belleza de la vida como la flor cuando de su capullo comienza a romper la membranita verde y los pétalos se expanden para sonreírles al sol. Ahora, mientras esto escribo, ya piensa en su futuro con la claridad del cielo en un verano sin indicios de nubes ni cerca ni lejos del horizonte. Y si ella lo tiene claro, yo no hago esfuerzos en mi rol de agorero para presagiar que también será brillante en su futuro rol de experta telemática. Lo será como la aurora de múltiples colores, o de los rayos que en el cielo oscuro del Catatumbo danzan por millones durante el año rasgando las nubes cargadas de tempestades, o de los amaneceres de Haleakala en donde el astro se asoma bien temprano para asombrar, allá en el parque, a los extasiados visitantes que solo por eso van.

Y luego, Romina la bailarina, la princesita de la casa quien se esperaba que no le quitaran la corona los dos que faltaban para el número de la suerte. ¡Miren, que lo logró! Quería primitos varones porque sabía que todos ansiábamos lo mismo, pero en el fondo era

otro su deseo: seguir siendo la niña consentida, la última de las hembras. Menos que adolescente aún, serán cambiantes sus deseos y por lo tanto las perspectivas que anhele para su futuro. Sin embargo, yo que puedo verlo no por la magia sino, como ya lo dije, por poeta, la esfera imaginaria también me muestra para ella una luz incandescente que se proyecta brillante. Brillante como el faro que guía a los navegantes en las noches oscuras de cielo encapotado y que los lleva a destino seguro ya cerca de las costas.

De los últimos dos ya dije. Vale el ejemplo de los padres, determinante a la hora de buscar caminos. Y puesto que de eso no se discute porque el modelo es claro y límpido como el agua del manantial que baja de la montaña más alta hasta el laguito incontaminado entre las cimas, la luz del horizonte que separa el cielo de la tierra presagia, pues, años refulgentes para la gloria de la estirpe toda.

Con esta cosecha completa y el número de la suerte que la avala, podré cerrar los ojos feliz cuando el destino lo establezca, porque en fin de cuentas, ahora que ya me es dado tirar las sumas de mi vida, suficientemente vivida y disfrutada, yo también, sin necesidad de esferas de cristal ni de sueños de poeta, tengo los argumentos que me permiten decir que fue brillante. Brillante no por soles o por diamantes o por fuegos o por auroras o por faros – puesto que no me toca a mí atribuirme méritos – sino por haber sembrado en esta patria nueva, que pronto resurgirá de las cenizas para grandes glorias, una semilla que ya brotó en cosecha. ¡Y vaya si les parece poca cosa!

VI

MIS VIAJES

Viajar es un deseo, creo, que todos los hombres tienen por igual. Porque es sentirse ligeros en otras dimensiones; porque es volar por el aire como un pájaro que junto a otros migra; porque es deslizarse por el mar en un barco gigantesco como un delfín que salta en juguetona carrera con sus hermanos y primos; porque es visitar otros pueblos y aprender de sus costumbres; porque es deleitarse en las obras de arte de grandes creadores; porque es gustar manjares y vinos que son las delicias de la gula. Porque, en fin, es dar riendas sueltas a las pasiones y olvidarse de las angustias diarias que nunca faltan hasta que la vida dure.

Yo fui una persona que emprendió desde muy temprano viajes de placer, de estudio, de necesidades. Pero esos no cuentan – a excepción de algunos muy puntuales – porque niño aún no pude disfrutarlos con la alegría de otros efectuados durante la juventud o en la edad madura, los cuales significaron el regalo más bello deparado por la vida.

Voy a referir algunos, porque decirlos todos me obligaría a un libro entero y la memoria, además, tampoco ayudaría a describirlos con algún detalle. Hubiese tenido que hacer, quizás, un diario, para dejar fijados esos mágicos momentos. Pero en la vida no hay marcha atrás y, por eso, los recuerdos se van perdiendo como las migajas de pan que se siembran por un sendero desconocido para reencontrar el camino, porque los pájaros se los van comiendo. El orden cronológico tampoco importa. Iré contando cómo lleguen a la mente a medida que los traiga a flote de los recuerdos.

Egipto primero. Qué emoción tocar con estas manos las piedras milenarias ordenadas de manera tan perfecta que si no fuera por el tiempo – y por los cañonazos de ingleses y otros imbéciles convencidos de que allí se custodiaban tesoros sorprendentes – ni una

hoja de papel entraría entre las fisuras de una y otra. Por más que la ciencia trate de descifrar el misterio de esas construcciones, incluso con demostraciones que parecen lógicas, a pesar de ello – digo – en mi mente solo revuelan como un remolino de arena en el desierto las interpretaciones de los escritores exóticos que creían, por algunas pruebas irrefutables, que allí tuvo que ver la mano poderosa de los extraterrestres. ¿Cómo justificar de otra manera – se preguntaban – que también las pirámides de los aztecas y de otras civilizaciones primitivas, estuvieran todas por igual orientadas hacia los cuatro puntos cardinales? ¿Cómo explicar que todas ellas tuvieran la misma, idéntica razón de ser? Bueno, una manera de fantasear, tal vez, de esos fabuladores que dejaban volar su ingenio hasta donde el mortal común no se imagina...

También es majestuoso el Nilo, único elemento, casi, de sustento de aquella población antigua salpicada de historia milenaria. Lástima que sea tan descuidado por quienes habitan a lo largo de sus costas sinuosas y fértiles, o por quienes viven de él por el turismo que a pesar de todo no cesa durante el año. Millones de desechos son tirados al río por los barcos que surjan el país de norte a sur y viceversa. Suciedad por todos lados. En fin, no deja de asombrar la civilización antigua que se palpa en cada piedra que se pisa, pero si en mi rol de profesor debería evaluar el comportamiento de los pobladores hacia el visitante y la indolencia hacia el río “sagrado” no dudaría en ponerles un cero en la boleta. Así, pues, hay que ir alguna vez a ver y a pisar esas maravillas. Pero solo una vez. No más. A menos que uno sea guerrero y el estómago le permita adaptarse a aquella situación de falta completa de elemental higiene.

Brasil luego. Tierra radiante que llena los ojos de estupor. Río de Janeiro. El panorama que desde el Cristo Redentor del Corcovado abarca en un radio inmenso de mar y tierra la ciudad entera, lo deja a uno sin aliento, sin palabras que agregar para describir la belleza que casi alcanza lo divino. No solo el monumento en sí que desde allá

arriba vigila el bien y el mal. Sino lo que la vista abarca: los montículos que emergen del agua como lomos de hipopótamos empeñados en no querer mostrar el rostro; la playa de Ipanema siempre caliente por el sol que abraza la arena muy dorada y por las mulatas que al son de samba despiertan las fantasías en el viajero joven, y en el menos joven también; el majestuoso Maracanã que lo hace fantasear a uno con los goles del inmortal Pelé, o de Garrincha, o de Ronaldo, o Zico, o tal vez Romario. Pero, ¡ay de mí!, también las favelas, casitas destartadas refugios de los pobres, a quienes se les mantiene anestesiados esperando solo en el milagro que un día, los más jóvenes, puedan cambiar su vida corriendo detrás de un balón liberador.

Portugal en Europa. Coimbra de mis recuerdos: la Universidad, el Monasterio de Santa Cruz, la Catedral románica que ha desafiado el tiempo y que ha llegado intacta hasta nuestros días. Y Oporto, donde desemboca el Duero, tierra de vinos dulces de múltiples sabores. Y Lisboa, con sus *fados*, la tierra de Fátima la cantora – bella como Baixa Pombalina – la que conocí cuando fui la primera vez a firmar un Convenio para oficializar el estudio de la lengua portuguesa en mi Escuela de Idiomas de la Universidad Central de Venezuela.

Pero también en Madrid, España, donde disfruté El Prado. O en Barcelona en los largos paseos por la Rambla. O Málaga la linda donde saboreé el inolvidable brandy que quise bautizar como el mejor del mundo.

O Alemania, en Berlín, tocando con estas manos el “muro de la vergüenza”.

O Rusia, en San Petersburgo, con su Museo del Hermitage y el Palacio de Invierno.

Canadá. ¡Oh maravilla aquel salto de agua que se lanza a un hondo precipicio y allí la espuma, como una nube gris que anuncia la tormenta, contrasta con el cielo sereno e intensamente azul del caluroso verano! Bella es la cascada también en el invierno pues en mi mente se grabaron para siempre los macizos pedazos de hielo que el

río trae de lejos y allí, en el mismo hoyo, caen con estruendosa fuerza para seguir su viaje hacia el lago. No solo Niagara, sin embargo. Canadá es tierra de tonalidades distintas donde convive la naturaleza más primitiva con un modernismo que se armoniza con ella. Impresionante, así, la Torre Nacional en Toronto. Cuando estás en la cima o, mejor, casi en la cima, a cerca de cuatrocientos cincuenta metros de altura, en el Observatorio – que es hasta donde se le permite llegar al visitante – la ciudad entera puede abarcarse en una sola mirada y si el cielo sereno permite ver el horizonte, se logra inclusive distinguir la cascada ya descrita.

Argentina, al extremo opuesto. Ushuaia del fin del mundo donde el día se empata con horas de la noche sin que el sol decline y nunca, entonces, te dan ganas de dormir. Qué belleza los lagos recorridos en bote. Qué maravilla navegar por el Beagle y admirar a lo largo de las costas las colonias interminables de pingüinos magallánicos que no se inmutan ante la presencia del hombre quien, sin embargo, en silencio por recomendación de los tripulantes, les respetan su paz turbada apenas por los chillidos insistentes cuando un macho irrespeto a una hembra comprometida. Luego El Calafate, y el mirador, desde donde a pocos pasos casi tocas con las manos el espectacular glaciar Perito Moreno que aflora sobre el lago, y allí mismo escuchas el murmullo del agua que lo filtra para crear las cuevas gigantes que finalmente se derrumban a cada rato con estruendosos ruidos. Se deleita el turista por el espectáculo mágico que se forma ante sus ojos, pero también hay que lamentar aquella dolorosa prueba de que el mundo cada vez está más herido por la torpeza del hombre que todo lo destruye.

Y qué decir de Buenos Aires. Salas de tango en cada esquina; el Obelisco, símbolo de la ciudad; Calle La Florida con sus comercios en fila india; Plaza de Mayo y dejemos de contar pues largo sería el cuento. Oh, permítanme solo recordar que yo que no como carne, allá

me deleité con un perfumado asado rociado de abundante vino Malbec. Carne y vino, paisajes y gentileza, tango y alegría. Es así Argentina.

México de mis ensueños. Un rápido vistazo a la ciudad más poblada del mundo, Ciudad de México de mil sorpresas. Comenzando por el aeropuerto donde pernoctamos. Una cama que no sé qué contenía el colchón, si agua o algún material especial. Lo cierto es que por primera vez en mi vida dormí tan sabroso como para recordar este detalle que también debe contarse, porque de los detalles acumulados se van llenando las grandes experiencias. Luego el recorrido por las calles que más que tales parecen hormigueros: personas que van y vienen, autos por millones que avanzan a pasitos como en aquel juego de niños en mi pueblo cuando se saltaba sobre el adversario colocado en cuclillas y éste se alejaba cada vez un poquito más midiendo la distancia con el tamaño de su pie. Pero bien bueno que así fuere en Ciudad de México. Porque nos permitía ver sin apuros las cosas hermosas que aparecían ante los ojos: el Ángel dorado del Paseo de la Reforma, el Palacio Nacional, el Castillo de Chapultepec, el Zócalo, la Ciudad Universitaria, la Basílica de la Virgen de Guadalupe. Ah, la Basílica. Una ola gigantesca de gente que nunca amaina. Unos lloran. Otros rezan. Otros van desde la entrada hasta el altar en rodillas para pagar alguna gracia concedida. Y la Virgen, pintada en aquel humilde tejido de fibra de maguey, con su rostro de joven mestiza observa desde lo alto dando la sensación a todos de dialogar con la conciencia individual de tantos visitantes. Imposible detenerse frente a aquel cuadro que debe medir poco más de metro y medio de altura. La gente que viene atrás, ansiosa de llegar luego de larga cola, no da tiempo para tratar de ver, del vivo, ni siquiera un detalle que según los expertos representan significativos mensajes teológicos. Yo solo puedo decir que por todo el tiempo que pasé en aquel lugar, sentí una paz interior difícil de describir.

De Ciudad de México a Veracruz. Un viaje fugaz. Casi el tiempo de recibir un trofeo de excelencia académica para el Instituto Universitario Tecnológico Américo Vesputio al que en ese momento yo representaba.

Luego Cancún y la Riviera Maya. Diversión total en sus hoteles de encanto y en las playas de arena blanca en donde en las noches, bajo una palmera, se cena a la luz de la luna que parece un faro gigante suspendido en el cielo.

Pero no es solo eso. De allí cualquier excursión se hace en pocas horas por todos los parajes de la península hermosa del Yucatán. Una cita en la que no quería faltar era Chichén Itzá, la zona arqueológica donde predomina, imponente, el templo de Kukultán, una de las siete nuevas maravillas del mundo, cuyas gradas empinadas no pude escalar porque para ello se necesita un cuerpo entrenado y no era el caso mío. Disfruté, sin embargo, el Templo de los guerreros, el campo del juego de la pelota, y el Tzompantil o muro de los cráneos, macabro, pero en fin un documento viviente frente al cual cualquier moraleja no vendría al caso.

Grecia, luego. Un par de veces, visitando siempre lo mismo. Son espectáculos aquellos que no te cansan, a diferencia de Egipto donde es difícil que uno vuelva. La razón, en el caso mío, tal vez, es que acá además de disfrutar de las maravillas que el paso del tiempo no ha podido borrar, se come bien y no falta el buen vino que te alegra las noches cuando el cansancio te pide al final del día una buena mesa y una cama limpia donde reposar los huesos.

Qué alegría, qué gozo moverse entre las ruinas del Partenón pisando aquellas piedras levigadas por manos expertas bajo la vigilancia atenta de Fidias, y encima de las cuales Pericles se movía para orar a sus dioses. Hermoso todavía, a pesar de que un bárbaro, un tal Morosini – ¡ay de mí, de ascendencia itálica! – lo cañoneara casi al final del siglo XVII destruyendo gran parte de la edificación. Por no decir de otro cabrón, en época más reciente, inglés para más señas, quien

mandó a desprender gran parte de la decoración escultórica para vendérsela impunemente al Museo Británico donde todavía se exhibe. Y qué decir, además, de sus islas mágicas. Santorini, Miconos, Milo, Roda, con sus casitas blancas y sus playas donde el agua parece espejo de color azul, pero que también son traumáticas para viajeros como uno que cargan en sus cerebros – lo reconozco – las taras de muchos siglos de prejuicios: nunca había visto, como allá, tantas maricas juntas en permanentes caricias entre ellas, sin cuidado de nada ni de nadie.

Cuba. Tres veces. La primera en un rol académico. Enviado allá por mi Escuela para ayudar a crear una cátedra de italiano en la Universidad de la Habana después que la derrotada Unión Soviética terminara de ser la fuente primordial de turismo en la isla, y por ende menester era reciclar a tantos intérpretes y guías a quienes el ruso ya de nada les servía. Fue la ocasión para conocer desde adentro al cubano, buen hermano, disciplinado, bien formado pero con la procepción que cabalga por dentro a paso de vencedores. ¿Qué quiero decir con esto? Pues que le entendí insatisfacción por la suerte que le tocaba, por la pobreza que le perseguía pero temeroso de que nadie lo averiguara por el miedo a los esbirros invisibles que oyen conversaciones ajenas detrás de cada espalda. Recuerdo en particular un episodio que me dejó perplejo y que sin dudas – lo reconozco ahora a la distancia – minó bastante mis convicciones sobre las bondades de esa revolución en cuya propaganda muchísimos jóvenes de mi generación nos alimentamos como el modelo para la construcción de sociedades perfectas sin explotados y sin explotadores. Estaba yo con un colega en la plaza Martín de la bella capital cuando se acerca un joven ofreciéndome de contrabando una caja de habanos por diez dólares.

“Amigo – le dije – ¿estás consciente del daño que le haces a la revolución de esa manera”?

La respuesta fue inmediata, e irónica además, en los gestos y en las palabras.

“Señor, qué fácil es pontificar las utopías aprendidas en los libros de filosofía. ¿Sabe qué le propongo? Que cambiemos por un mes apenas los roles: yo me marcho a su país poniéndome una máscara con su rostro, y usted se queda acá, por igual tiempo, imaginándose que sea yo. Cuando volvamos del sueño ambos, seguiremos hablando... Adiós”.

No fueron necesarias más palabras. Lo entendí todo durante los casi tres meses que viví en esa isla bella pero llena de problemas: colas por todas partes, represión silenciosa a los disidentes, vida triste aunque sea verdad lo que dice la propaganda: “todos tienen asegurado su plato de arroz con plátano”. Pero hasta allí. ¿Acaso la vida es solo eso? ¿Es solo el plato de arroz con plátano? Dios mío. Cómo se parece aquel recuerdo al que estoy viviendo ahora en mi amada Venezuela mientras esto escribo – año 2016, último día del mes de noviembre, mientras la TV cubana transmite para el mundo el funeral de las cenizas de Fidel –. Quién lo hubiese dicho, o pensado. Acá las mismas colas, gente hurgando en los potes de la basura, caras tristes y macilentas... Yo ya te había entendido a la perfección, joven habanero. Pero ahora le grito al viento, amigo, que tú tenías razón. Toda la razón. Mil veces la razón. El equivocado era yo, obnubilado por unas creencias que aunque parezcan muy cristianas no funcionan pues se basan en la equivocada idea de que un solo partido, y más a menudo un solo caudillo, tiene que decidir sobre la vida y la muerte de la gente. No, qué va. Yo quiero pensar con mi cerebro y forjar a mi manera el destino que me corresponda. A quienes me critiquen esta manera de decir las cosas, ahora, les recuerdo la expresión que un día, le oí decir a Teodoro Petkoff en un debate con un contrincante “revolucionario” que le reclamaba lo mismo, es decir una postura diferente a los años Sesenta cuando de guerrillero pretendía tumbar al gobierno de turno: “Cuál es el miedo al cambio, estúpido, ¿no te percataste que el ‘imperio rojo’, que era nuestro modelo, se derrumbó como un castillo de naipes sin que un solo doliente impugnara arma

alguna para defenderlo? Solo un hombre descerebrado puede tropezar dos veces con una misma piedra. Despierta de tus fantasías y vuelve a la realidad”. El otro, apenado, no supo qué contestar... Muy bien, eso en lo social. En lo turístico otro gallo canta. Los hoteles vedados a los cubanos son una delicia para los viajeros. Atención a toda prueba por un personal amable y competente que habla cualquier lengua le propones. Y la ciudad que te ofrece lo que buscas: museos; locales como la famosa Bodeguita del Medio donde Hemingway se deleitaba con sus manjares y los exquisitos tragos a base de ron cubano; el largo malecón construido para proteger a la ciudad de las olas terribles de frecuentes huracanes y en el que no es difícil conseguir bellas mulatas que te dan por muy poco todo lo que quieras... Las jineteras, le dicen.

Para no hacer más largo este cuento, diré apenas todavía que he pasado en reseña, una a una, todas las islas del Caribe: Aruba, Curaçao, Santo Domingo, Puerto Rico, Santa Lucía, St. Maarten, Trinidad y Tobago, Bahamas y un sinfín de etcéteras que se me pierden en la memoria.

Y otros sitios de un lado a otro de este globo que a pesar del maltrato que le dispensamos a diario, por suerte no deja de girar: Montevideo, Bogotá, Reino Unido, Croacia, Copenhague, Amsterdam, Ciudad de Panamá, Belice, Casa Blanca en Marruecos, las Canarias, Madeira la bella, Istanbul y las ruinas de la antigua ciudad de Efeso en Turquía, y... ¡por Dios!, ya pongo punto final. Algunas imágenes de estos viajes están guardadas en el sitio web que espero no se borre, y al que se llega buscando en Google, ahora – pero que posiblemente en el futuro sea de otra manera más moderna – tecleando las tres palabras mágicas: “Michele Castelli Venezuela”.

Todo esto para referirles a los nietos, y a otros descendientes, si algún día querrán leerme, que nada se disfruta más en este mundo que un buen viaje de placer, descanso y conocimiento.

VII

EN EL MAR... LA VIDA ES MÁS SABROSA

El mar. Me quedo encantado frente a él, me siento un átomo dentro de un tornado que se ensancha a medida que avanza impulsado por el viento. Un átomo, sin embargo, que no se pierde, que no se extravía entre las infinitudes de otros que se recorren, que se persiguen, que se atropellan como en una pelea de romanos contra bárbaros en las viejas películas del imperio – delicias de la infancia – en las que en medio de tantos cuerpos ensangrentados siempre sale incólume el centurión. Un átomo, pues, en la primera fila que suspira de asombro frente a él porque su horizonte, como su color, cambia a cada rato según los caprichos del sol y de las nubes.

Desde que lo vi de cerca la primera a vez en Nápoles no he podido olvidar el sobresalto producido en mi corazón de niño. Desde entonces aprendí a admirarlo, y más aún a respetar su misteriosa inmensidad. Tal vez por esto nunca me atreví a explorar en sus entrañas, ni siquiera cerca de la costa. Nunca se me ocurrió meterme entre sus aguas ni siquiera para el baño ingenuo de las piernas. Hubiese sido, dentro de ese convencimiento, algo así como contaminar con mi cuerpo de pecador al gigante bueno propiciador de vida y que permite disfrutar de la belleza que solo aparece en toda su dimensión ante los ojos de quienes respetan la creación porque se respetan a sí mismos. Sin mar, de hecho, sería imposible admirar los vuelos de los pájaros y sus trinos; oler los perfumes de las flores y los colores cambiantes de sus pétalos; disfrutar de las sombras de árboles frondosos que albergan los nidos con sus polluelos. Sin mar no existiría la vida. Así de sencillo. Por eso la ciencia, en previsión de la insensata carrera del hombre que no para en la destrucción de la tierra, ya sea por bom-

bas asesinas o por contaminación indiscriminada, busca afanosamente un mundo en las galaxias que prometa tener agua, salada o dulce.

Por ese amor más que platónico, desde el mismo instante en que pude extasiarme por primera vez frente a su misteriosa inmensidad, se ha ido gestando en mi alma el deseo de tener mi propia casa de verano frente al mar para verlo, al despertar, y darle los buenos días como un hijo lo hace con su madre cuando ésta le acerca su mejilla perfumada para el sabroso beso matutino. Y luego contemplarlo mientras el sol se asoma poco a poco al horizonte dando la sensación de aparecer entre sus aguas como la cabeza de un nadador que después de la inmersión resurge de las olas. Un efecto indescriptible, además, el fajo de colores, tantos cuantos adornan el arco iris, que se irradian hasta donde la vista alcanza, formando un abanico que como un cono desde la punta se expande del agua hacia el cielo dibujando una imagen divina que cambia según el humor del asombrado espectador. Cuando la vista queda ya satisfecha frente al cuadro celestial que ningún pintor podría reproducir con tantas variedades de matices, entonces es el oído que se concentra en el susurro de las olas que se recorren como niños en un juego de nunca acabar, y a ese murmullo que pareciera quererte narrar historias misteriosas vividas en sus entrañas se mezclan cantos, chillidos de aves que tenues primero se hacen cada vez más estridentes a medida que avanza el día. De improviso, en efecto, de la misma manera inexplicable que para un niño una paloma sale del sombrero de un mago que presenta su espectáculo en el circo, así decenas, centenares de pájaros se aparecen en el cielo exhibiéndose como expertos bailarines. Unos se lanzan desde lo alto como torpedos entre las olas y salen invariablemente con un pez que se menea entre sus picos: el desayuno de los polluelos que con igual algarabía esperan impacientes y hambrientos en sus nidos. Otros organizan una exhibición – ¿será para mí o es costumbre que lo hagan también si nadie los observa? – parecida a una patrulla de aviones de guerra que en perfecta formación surcan los cielos cuando

se celebra, o se conmemora, un día especial de la historia patria. Las golondrinas, por su parte, que acá en el trópico son más pequeñas que las de mis recuerdos de infancia alrededor del campanario, van y vienen en un vuelo desordenado persiguiendo los insectos, de cualquier tamaño, que muy poco pueden hacer para esquivar sus picos infalibles que atrapan la presa como el imán lo hace con un trozo de metal. Y finalmente los pericos que vienen en manadas desde el oriente, volando en parejas para dirigirse, después del descanso nocturno, hacia los llanos donde abundan los maizales y allí nutrirse de sus granos tiernos, y llenarse los buches que es decir la porción para los hijitos que atienden todo el día, protegidos entre las ramas tupidas de los samanes, el regreso de madres y padres generosos.

Apenas las finanzas me lo permitieron, pues, no dudé en hacer la sorpresa a mi familia, y el regalo a mí mismo, de comprar mi apartamento frente al mar en la periferia de Higuero. Estaba en construcción todavía cuando fuimos mi esposa y yo con los hijos aún pequeños a conocer nuestro futuro refugio de fin de semana tan anhelado. Parecía un sueño. De inmediato los proyectos. Acá la cocinita. En aquellas paredes el diván cama de tres puestos. Frente a la ventana que da al mar nuestro cuarto. El baño de cerámica azul como el color que en ese momento brillaba ante nuestros ojos por el reflejo del cielo límpido que se reflejaba en el agua. Y así sucesivamente. No pasaba una semana, una vez instalados, sin que puntuales cargáramos nuestro vehículo de lo necesario para disfrutar, primero, el viaje, que se convertía en un dulce espectáculo de luz y de colores: por la tupida vegetación de las colinas entre las cuales se serpenteaba la carretera y que se mostraba en todas las tonalidades de verdes posibles; por los arcoíris que eran casi perennes, los cuales se aparecían todas las veces que cesaba el imprevisto pero breve aguacero; por el sol brillante como el oro que en un santiamén secaba el asfalto y los campos dejando un olor de tierra húmeda tan sabroso a las narices como los bocadillos de mangos y otras frutas tropicales que vendedores de las zonas ofrecían a los viajeros a precios irrisorios. Y luego a lo lejos,

al comenzar la recta que terminaba en la estatua de la Virgen, la emoción de todos: la vista del mar que se perdía a trechos entre los edificios que iban sustituyendo las casitas bajas del pueblo colonial. Ahora casi quedan solo vestigios de aquel pasado. Solo el color intensamente negro de sus habitantes cuyos ancestros siguen prosperando a pasos de vencederos en el África primigenia. Y la emoción de encontrarnos con los vecinos, buenos vecinos todos, hay que admitirlo. Paco, Reinaldo, Enrique. Oh, Enrique... Taciturno. Con la mirada permanentemente perdida hacia el cielo esperando pasar el objeto volador al que juraba haber visitado un día como el hombre electo por unos seres que no son de este mundo con la promesa de volver a aparecerse para develarle más secretos. Enrique. Otros se reían de tus cuentos. Yo te escuchaba con atención en cambio, y recuerdo que las lágrimas surcaron tus mejillas cuando una noche de luna llena en un cielo intensamente salpicado de estrellas relucientes te leí *El guardián de los extraterrestres* de mis *Cuentos de Inmigrantes* inspirado en uno de tus relatos que me jurabas eran tan verídicos como el ruido de aquellas olas que llegaban a nuestros oídos a un ritmo de música melodiosa.

Cuando estos amigos comenzaron a dispersarse y de la ventana de mi cuarto principal que daba al mar la vegetación espontánea que crecía desordenada me impedía disfrutar los ocasos a la lejanía y los amaneceres de colores que se espejaban en el agua, entonces opté por cambiar de casa para hacer más agradables mis estadias de veraneo. No muy lejos de la anterior, por cierto. Pero con la certeza de que en el futuro nada ni nadie pudiese crear alguna barrera, natural o artificial, entre mis ojos y mis narices, ávidos de escrutar la hermosura del panorama en su as giratorio de 180 grados, e inspirar hasta reventar los pulmones la brisa agradable y fresca de múltiples sensaciones.

El mar. Amigo mío de todas las intimidades. Frente a tus aguas me extravió en el soliloquio silencioso fabricando en la mente febril-

citante los esquemas de mis cuentos. Y si no logro convertir en palabras tus dulces melodías, las disfruto yo solo escondiéndolas en mi alma por instantes, el tiempo que unas huyen para dejar paso a otras.

¡Oh, mar de mis encantos! Quisiera cantarte más y mejor, pero no sé hacerlo. Te he cabalgado muchas veces en grupas de gigantes-cos barcos por diversas aguas. Me falta, sin embargo, acompañarte en una última aventura: aquella que me lleve un día desde cualquier lugar del mundo hasta las costas lejanas de Australia. Si ello ocurre, te dedicaré el cuento entero de la andanza. Si no se da, pues entonces conténtate de lo escrito porque salió del alma, como de ella salen las cosas más hermosas que difundo.

VIII

¡MALDITA “REVOLUCIÓN”!

Hubiese querido evitar un título tan vehemente y un texto, quizás, duro en los cuentos de mi vida. Pero fue imposible. Pudo más la rabia que cargo en el alma herida que la razón de obviar, por decisión estética, un tema que todavía enciende las pasiones. Que como tal – lo digo – pudiera aniquilar la imparcialidad que nunca quisiera perder de vista. Sin embargo, el escrito queda, y mañana se podrá juzgar si la verdad respalda estas palabras.

Hoy es catorce de marzo del año diecisiete. Vengo de una encomienda familiar, como a menudo lo hago en compañía de mi esposa para proveer a las necesidades del hogar.

Más allá de esto, últimamente, vivo en un toque de queda voluntario que solo se infringe los fines de semana para el viaje consuetudinario a la casa de la playa o al esparcimiento de algunas horas en el Club de los italianos donde me reúno con pocas amistades para el partido de pool, única diversión en estos tiempos de crisis. Nada de cine, de hecho, ni de teatros, ni almuerzos o cenas en restaurantes, ni paseos al aire libre en algún parque de la ciudad, ni mucho menos viajes por carreteras en algún sitio turístico de interés que por suerte abundan en esta segunda patria maltratada y que muchos han descubierto ahora cuando ya son quimeras los vuelos por el mundo. La vida solitaria en casa no tanto por el dinero que por suerte aún alcanza para una vida austera, sino por el temor de la delincuencia desbordada que sin piedad acecha y sin distinguos de clases sociales, porque hace del robo y del secuestro una profesión jugosa que no comporta riesgos. Así mismo. No comporta riesgos. Raro que los cuerpos de seguridad encarcelen a un delincuente. Se lee en las estadísticas que un 90% de crímenes quedan impunes. Quizás porque, dicen las malas lenguas, son ellos mismos, los policías, los cabecillas de la jugada...

La avenida principal por la que transito y que desde cualquier parte me reconduce a casa, tendrá una longitud de dos o tres kilómetros a lo sumo. Era en verdad hermosa en mis años mozos, cuando por primera vez llegué a esta tierra de encanto: ancha y recta bordeada de amplias aceras salpicadas aquí y allá de lindos araguaneyes que cuando florecían alegraban los corazones de los pasantes. Era también la delicia de los niños que la usábamos como pista de patinaje por la uniformidad del pavimento, y porque eran raros los vehículos que por esa vía circulaban. Ahora es un infierno. Tarantines en todas partes de cualquier forma y tamaño, esparcidos desordenadamente, que obstruyen el paso a los peatones; huecos, o mejor dicho troneras en el asfalto, de tanta magnitud que dan la sensación de rodar los vehículos en una superficie lunar; edificios de paredes desconchadas que han sustituido en el tiempo las bellas quintas y sus jardines que años atrás constituían para el visitante la atracción principal de esa Avenida Páez en El Paraíso; mugre por doquiera aumentada exponencialmente por las bolsas rotas de basura que los topos humanos junto con los perros se encargan de dejar regadas por un largo radio luego de la revisión minuciosa de sus contenidos.

Sí señores, los topos humanos junto con los perros. De esto quiero contar como un testigo de excepción porque no lo he leído. Lo he visto con estos ojos y no una sola vez, sino muchas. Sin embargo, hoy me ha parecido la gota que ha hecho rebasar el vaso, el espectáculo más indignante que deja cicatrices en el alma, motivo por el cual ya no puedo retener la rabia pues necesito aliviar el peso del rencor que me corroe el hígado, y que me estremece el cuerpo por el dolor.

Voy como siempre en el canal de la derecha para no obstruirle el tránsito a quienes van apurados, esto es, en particular, a los motorizados que no respetan nada, pero sobre todo para evitar golpes al tren delantero de mi camioneta por lo irregular de la vía. Poseer un vehículo algo decente en estos tiempos es un privilegio que como tal es menester cuidar como a una niña linda. Comprar uno nuevo es una

simple utopía: porque los pocos que se ensamblan en el país están reservados a los “camaradas” activistas del partido, y los importados son una prerrogativa de quienes manejan divisas, es decir de los corruptos y corruptores del régimen malvado, además de unos pocos – muy pocos – que siguen viviendo en el país pero que tuvieron la precaución en los tiempos de la bonanza de enviar afuera sus ahorros, fruto del trabajo tesonero y honesto. De repente dos jovencitos me cortan el camino enfrascados en una pelea justo frente al capot de mi camioneta. Uno lleva una piedra puntiaguda del tamaño de un melón en su mano ennegrecida por la mugre. El otro una botella rota en el fondo, convertida así en un arma blanca de varias puntas punzo penetrantes. Se disputan una bolsita de plástico que el primero aprieta en la otra mano como si se tratara de un tesoro precioso que es suyo, y que no está dispuesto a compartir con nadie. Mientras ambos forcejean sin que, por suerte, alcancen a golpearse los cuerpos macilentos los cuales cualquiera adivinaba que eran tales por el hambre acumulada de varios días, una muchacha menos que adolescente con un bebé en los brazos, al margen de la pelea de sus compañeros, sigue hurgando entre los saquitos de la basura que solo un rato antes el mozo del restaurante de comida rápida había depositado en el sitio acostumbrado para ser retirado en la hora establecida por el camión del aseo. Cuando de los rostros de quienes presenciábamos aquel espectáculo nauseabundo todavía no había desaparecido el estupor de tanta miseria humana, sin entender de dónde salieron, aparecen cuatro gigantones vestidos de policías quienes, sin mediar palabras, se llevan a los indigentes como también a la niña cargando a su bebé. Claro, se los llevan para soltarlos seguramente más adelante. Porque si no se retienen en las Comisarías a delincuentes confesos, homicidas y violadores, secuestradores y otras alimañas, figúrense si pueden hacerlo con simples pordioseros. No habría, además, calabozos suficientes en todo el país para albergarlos. Se los llevan para aparentar sentido de autoridad en un espacio público donde abundan los co-

mercios cuyos dueños les pagan vacunas a esos “guardianes del orden” para garantizar la incolumidad de sus locales. Lo triste de la historia es que, además de las armas blancas, al de la piedra puntiguda también le arrancan de la mano la bolsita que contenía su “tesoro”, lanzándola entre los desperdicios esparcidos alrededor de un árbol. Sale de ella un pedazo de pan mordido dejado en el plato de cartón por algún comensal del restaurante, y una lata de gaseosa con algo de líquido todavía que zambulla al rebotar sobre el cemento de la acera.

El espectáculo en cuestión me turba mucho, no por lo insólito, porque es frecuente, sino por la violencia que significaba en ese momento. Quienes vivimos en esta tierra otrora promisoras que por fortuna sigue siempre hermosa como el cielo azul y el sol radiante, sabemos que esos chicos de la calle juegan con sus vidas por menos de un pedazo de pan recogido en la basura. Pero que en ese instante lo hicieran en presencia de quienes involuntariamente asistíamos al espectáculo, hubiese sido un golpe serio y perturbador. Nos evitamos, pues, la escena de sangre y de violencia pero estoy seguro de que en todos esos testigos no pudieron faltar las reflexiones acerca de la tragedia que ahora vivimos en la tierra de gracia envidiada en el pasado por su pujante progreso. No es que antaño los políticos fuesen todos angelitos de Dios, vírgenes de alma blanca y románticos de espíritu. No. Había también ladrones pequeños y grandes, estafadores e hijos de malas madres. De hecho, por eso los combatimos. Por eso muchos auparon, al principio, el discurso incendiario del Comandante que predicaba el rescate de la moral y de la solidaridad con los pobres, quienes siempre han pagado más caro los abusos del poder. Por desgracia, ¡ay de nosotros!, aquel Mesías resultó un vendedor de esperanzas, un derrochador de ilusiones, un megalómano que en su mente enfermiza creía estar predestinado para seguir las huellas de Bolívar, y concretar el sueño de una América unida bajo su égida y su espada protectora. ¡Pueblos del mundo, escúchenme! No crean nunca en botas militares. Ellas solo sirven para la guerra, y para robar o dejar

robar a manos llenas a cambio de que acólitos y parásitos les hagan coro en el concierto de la adulancia.

Pero volvamos al cuento. Quiero enfatizar en él para dejar constancia ante la historia de que no ahorré la tinta de mi pluma para denunciar este horrible momento de la patria que retardó su progreso de al menos dos generaciones. Era, de hecho, previsible que en cualquier momento pudiésemos llegar al borde para caer en masas hasta el barranco. En los primeros años de mandato del “Comandante eterno” – como le dicen ahora los lambiscones – cuando comenzó a expropiar, o a cerrar miles de empresas productivas para experimentar en el campo la doctrina macabra inventada por Fidel según la cual es menester destruir la vieja sociedad “burguesa” para reconstruir luego “al hombre nuevo” sobre las mismas cenizas, no se notaba mucho el disparate. No se notaba porque la bonanza petrolera daba para todos: dentro y fuera del país. Una borrachera colectiva. Un festín con millones de invitados sin límites de exquisiteces alineadas en el mesón del rico banquete. La consigna era importar cualquier cosa con los dólares que caían del cielo como el maná en la arena caliente del desierto; quebrar al productor nacional – “vil exprimidor del sudor ajeno” – sustituyéndolo con el de afuera, sin que nunca nos explicaran cuál era la diferencia entre uno y otro. Quebrar y punto. Permitir al pariente, o a quienes juraban fidelidad política – que no siempre era por convicción, sino por intereses viles – el uso del dólar preferencial para traer bienes de consumo y luego revenderlos al precio exuberante del mercado negro.

Las consecuencias de este nefasto robo, por más que digan y hagan, son imposibles de ocultar. Cerrado ahora el chorro del dinero fácil, para dar la sensación al pueblo de que la fiesta sigue, recurren a la maquinita de imprimir dinero que obviamente no tiene valor alguno. Sucede, de hecho, que con la misma velocidad del rayo cuando rasga las nubes para descargarse sobre la tierra inerte, la inflación nos lo saca de las manos dejando en su lugar un puñado de moscas.

Y una miseria que cada día golpea más sin distinciones. Particularmente a los más desprotegidos, a los ancianos que solo viven de una pensión irrisoria o a los jóvenes marginales a quienes les es vedado armar una maleta y buscar mejor suerte en cualquier parte del mundo como ya lo han hecho – y lo siguen haciendo – los profesionales. Porque a esto hemos llegado: de país receptor de inmigrantes pasamos a ser protagonistas de una nueva, terrible diáspora. Ya se han marchado miles de médicos, ingenieros, biólogos, pequeños comerciantes, artesanos especializados y lo mejor de la clase media. En fin, la fuerza trabajo más pujante, los mejores gerentes, preparados con esmero en nuestras universidades. ¿Será también esto una política de estado muy bien orquestada? Probablemente. No es descabellado pensar que estén aupando la huida de las mentes más brillantes para poder perpetuarse en el poder, sin que nadie les haga sombra. ¿Lo lograrán? No creo. ¿Cuánto les queda? No lo sé. Auguraría sin embargo que fuera antes de que mi mente pierda la lucidez y de que el cuerpo aguante todavía un despropósito para hacer realidad la promesa hecha pública de embriagarme ese día por primera vez en mi vida. Y saltar de alegría por efecto del alcohol como un payaso malabarista que brinca en el colchón del circo para divertir a los espectadores.

Así estamos. Los días pasan tristes y siempre iguales. Muchos muriéndose de mengua por falta de comida y medicinas. Pocos con vendas en los ojos disfrutando encerrados en sus campanas de vidrio. Nada es eterno, sin embargo. Cuando se acabe el festín de esta oprobiosa revolución traidora se repetirá la historia: unos libres al fin del yugo de la opresión, otros a la cárcel para pagar, hasta la muerte, el dolor provocado a una sociedad entera por sus maldades. Volverá la juventud meritoria y todos juntos, venezolanos de buena voluntad, reconstruiremos la patria para que más nunca vuelva a caer en las garras de civiles aventureros. o de militares envalentonados por las armas en busca de provecho propio, o de corruptos asquerosos a quienes poco les importa que niños y ancianos desamparados sufran las

consecuencias de sus robos descarados, o de focas asalariadas que por un plato de lentejas hacen de escudo a traidores malvados.

Volveremos a ser el país de la esperanza en el cual nuestros nietos puedan continuar el recorrido triunfador desbrozado por lo mejor del gentilicio criollo acompañado por hombres y mujeres que llegaron de otras latitudes y que con su trabajo tesonero, la mayoría, plantó en la tierra generosa semillas selectas que seguirán brotando en rosas perfumadas hasta prevalecer sobre la maleza que ha infestado el país en estos últimos años de terror chavista. Así será. Palabra de adivino.

IX

PASATIEMPO PREFERIDO

Nunca he sido en mi vida un aficionado a los juegos de azar ni mucho menos víctima del vicio. He experimentado cosas variadas pero siempre en el marco de la sobriedad y la ponderación. Ni santo ni demonio. Un ser normal con sus virtudes y defectos. Me ha gustado la buena mesa, una copa de vino rebuscado, los viajes por el mundo cuando se pudo, algún gusto especial en ocasiones excepcionales. Hasta allí. El resto rutina: lecturas en abundancia, el gusto de escribir sin dejar nada inconcluso pero sin el afán febril de publicar todo para abultar el currículum, algunas amistades para compartir el ocio.

De una sola diversión nunca he podido desprenderme, desde que era un niño. La de jugar billar. Dos cosas contribuyeron, tal vez, para mi afición a ese juego. Primero, que en mi pueblito perdido entre los Apeninos donde transcurrió parte de la infancia y toda la adolescencia, en el Bar Izzo de mis recuerdos, allí donde por primera vez vi cómo se movía la gente en una caja de madera que llamaban “televisor”, había una mesa de billar ya en aquellos lejanos tiempos de los años ‘60. No estaba al alcance de todos, por supuesto. El tío Tonino había instalado un reloj que marcaba el tiempo para el uso de la mesa y una tarifa que era menester cancelar si se pretendía regresar algún día a disfrutarla. Era generoso el hombre con todo el mundo. Si alguien no tenía cómo pagar, él no reclamaba. Pero eso sí, mejor evitara presentarse de nuevo porque era suficiente la sola eterna sonrisita en los labios, sin necesidad de palabras, para hacerle entender al transgresor que faltaba el pago anterior además de la anticipación del nuevo. Por suerte, yo con mis cinco amigos íntimos: Paolo Mastangelo, Domenico Mucciaccio, Michele Zeffiro, Antonio Barberio y mi primo Michele Morgante, guapeábamos sin problemas. Unos por tener a nuestros padres en Venezuela y por lo tanto casi siempre

con la posibilidad de que tintinearán en los bolsillos los sencillitos de los dólares que les llegaban mensualmente a nuestras madres – o, como en mi caso, a mi abuela que me representaba – y otros por ser hijos de agricultores o artesanos de discreta posición. Transcurríamos fijo, en la sala de billar, dos o tres horas en las tardes de los veranos, cuando estábamos de vacaciones escolares, pues todos seguíamos estudios medios superiores afuera ya que en aquella época nuestra ciudadela natal no contaba todavía con un liceo o una escuela técnica. Jugábamos, eso sí, todos al mismo nivel. No había quien se distinguiera. No éramos tan buenos como otros que de vez en cuando esperaban su turno y que por ende a menudo nos lanzaban flechitas de burla, de indirectas, que nos ponían aún más tensos hasta el punto de apurar el juego para entregar la mesa incluso antes de que se venciera el tiempo establecido. No obstante, casi siempre, a esas horas el billar era nuestro porque, como lo dije, podíamos permitirnos, y garantizar, el pago puntual al inolvidable y querido comerciante, líder en el pueblo por su personalidad avasallante, como también por su exquisita cultura adquirida en la universidad de la vida, lo cual le permitía competir con la de cualquier intelectual que en aquellos años de la postguerra comenzaban a pulular cada vez más numerosos en las casas aristocráticas, pero también en otras más modestas de comerciantes, artesanos y agricultores de Santa Croce.

El segundo motivo por el cual mantuve la afición al juego, fue porque a los pocos años de estabilizar mi vida familiar y laboral en Venezuela, se me presenta la oportunidad de comprar, al valor de remate, una acción que aún conservo en el Centro Italiano Venezolano de Caracas, un círculo recreativo-cultural fundado en 1967 por un ilustre personaje de origen *abruzzese*, el siempre recordado doctor Lorenzo Tomassi, con quien a partir del inicio de los años '80 pude entablar una intensa amistad. A propósito de él quiero dejar escrito para el recuerdo que mi aporte, junto al de un grupo reducido de amigos, fue fundamental para que en la entrada de la majestuosa construcción fuera erigido un busto de bronce en su honor cuyas letras en

la placa me pertenecen. Bien. Casi de inmediato descubro que en el primer piso del Centro campeaba una bellísima sala de billares, muy concurrida, formada de siete mesas no completamente nuevas, pero sí en buenas condiciones para el uso.

Me di cuenta a primera vista de que no habría sido sencillo romper los esquemas de parejas que se alternaban en los horarios asignados por un excéntrico personaje de nombre Nanetto – cuya historia, entre lo real y lo fantástico, narré en algún capítulo de mi obra *Cuentos de Inmigrantes* – quien tenía a su cargo el mantenimiento de la sala y la responsabilidad de controlar a unos que otros ruidosos jugadores que a menudo producían pequeñas trifulcas a causa de apuestas, que por el estatuto no estaban permitidas, pero que se toleraban, pues no era raro que entre los transgresores figuraran también algunos miembros de la Junta Directiva, aficionados al juego. Así que, después de entablar amistad con tres o cuatro socios cuyas esposas conciliaban con el estilo sobrio y educado de la mía, y que por eso compartían sus tertulias en la plazoleta central alegrándolas con el inevitable espumoso capuchino a la “italiana”, descubro en ellos la misma pasión por el billar.

No fue difícil cautivarnos la simpatía de Nanetto. Aplicamos la infalible artimaña de una jugosa propina la primera vez que logramos obtener una mesa, lo que nos garantizó entrar de inmediato en esa inexpugnable, de otro modo, cofradía de los asiduos de la sala. Éramos justo cuatro: quien esto suscribe; David Marques el portugués, el único verdadero buen jugador pues de niño se crio entre los billares siendo su padre el titular de un local que ofrecía esta diversión; Juan José Vega, el gallego, tan buena gente como mal jugador, pero que se hacía perdonar cualquier torpeza por los chistes invariablemente listos en los labios que nos hacían orinar de la risa; y Leo Del Cero, italiano de Verona, serio, introvertido, solitario, un poco más que sesentón, con el único terrible defecto, además de ser excesivamente pegado al dinero, de enamorarse de mujeres muy jóvenes a las que atraía con su fama de ricachón. Les duraban muy poco, sin

embargo. El tiempo de darse cuenta, ellas, que al tacañón no se le lograba meter fácilmente las manos en los bolsillos, por más argucias y caricias atrevidas que inclusive las más expertas pudiesen inventarse.

El equipo se disuelve después de varios años de sano esparcimiento. Leo se va al cielo por un accidente en su misma casa, pues tardan mucho en proporcionarle los primeros auxilios que hubiesen podido salvarle la vida. Juan José, empeñado en seguirles los pasos a sus hijos decididos a marcharse del país en busca de mayor libertad – pienso yo – que acá se les limitaba por la delincuencia que ya comenzaba a desbordarse por las calles de Caracas, abandonó sus comodidades acumuladas durante muchos años de trabajo tesonero para marcharse a un destino de incógnitas en su tierra gallega.

A ambos, sin embargo, los sustituimos muy pronto. Con Luigi Iacurti, un hombre bueno y taciturno, siempre sonriente, natural de mi misma Santa Croce, quien participaba de nuestras tertulias anteriores pero en calidad de espectador y solo de vez en cuando como suplente de alguien que faltara. Sube así a la categoría de titular, sustituyendo a Juan José, y por ende pareja fija con David. A mí me toca un personaje único, peculiar, muy parecido a uno de los *tres chiflados*⁴ por su corte de pelo largo con la línea en el centro que le cubre las orejas, completamente negro, a pesar de la edad, como los crines de un caballo azabache. Pero solo por el parecido. Porque de chiflado no tiene ni un pelo. Al contrario. Un artista frente al torno del que saca piezas de la más alta precisión encargadas, a él solo, por la mayor industria de cervezas en el país. Su nombre es Fernando Di Stefano, originario de un pueblito de la Campania. El problema de este personaje, que por suerte va cambiando algo con el tiempo, es que juega siempre con la misma seriedad, con la misma mirada fija en la mesa para inventarse la mejor jugada, casi sin participar de nuestras

⁴ Famoso trío cómico de una serie americana transmitida en los años '60 y '70 cuando la televisión era todavía en blanco y negro.

burlas, las cuales soporta siempre con estoica compostura tal vez porque no las oye durante su concentración, y que solo reacciona levantando brazos y rostro al cielo en señal de alegría si el juego termina a su favor. Su objetivo, pues, es no perder nunca. Y si pierde, que también es algo bastante usual, la culpa invariablemente será del otro, es decir, más o menos mía, pues antes de decidir turnarnos, era mi pareja fija en los partidos. Ahora ni David se salva de sus reproches que duran, por supuesto, el tiempo de la diversión. Luego todo se olvida, cunde el respeto recíproco y con la despedida se fija la cita para un próximo encuentro que es generalmente un nuevo fin de semana.

Además de los mencionados, que son los verdaderos amigos, he conocido a mucha gente en esa sala. Cuando llego, soy para todos el “profesor”. Estoy seguro de que muy pocos sabrán mi nombre completo, quién soy y a qué me dedico, más allá de imaginarse que transcurro el día lidiando con unos niños díscolos en alguna aula de clases. Todos nos tuteamos y por eso me gusta el ambiente. El anonimato me hace feliz porque me despoja de aquella aureola académica que me ha perseguido por más de cuarenta años, dentro y fuera de la universidad. Allí no soy el docente, ni el investigador, ni el escritor. Allí soy única y exclusivamente el “profesor”, una persona como cualquier otra, a quien se le puede hacer una broma, se le puede reclamar la ingenuidad en una jugada, se le puede dar la palmada en la espalda en señal de confianza. Pero bueno, todo esto es parte de mi ser, de mi modo de pensar, lo acepto, me gusta y por eso siempre me presento con placer a la cita convenida. Los homenajes y los reconocimientos jamás los he buscado. Tampoco los he rechazado, por supuesto, pero sin exhibirlos como trofeos preciosos. Me gusta ser sencillo, me gusta ponerme al nivel del otro cualquiera sea su condición social o de cultura. Me gusta, cuando no agobia la responsabilidad del deber, más una sana diversión, con mis amigos, que compartir hipocresías en un cenáculo donde la forma casi siempre prevalece sobre el contenido. Y que sea así de verdad, puede demostrarse con

una anécdota. El 10 de junio de un año que no recuerdo, un sábado de lloviznas y de cielo muy oscuro, me visto de fiesta para acudir a la residencia del embajador de Portugal, invitado en mi condición de director de la Escuela de Idiomas Modernos, en ocasión de la celebración del día de esa Nación. Iba en mi vehículo, como siempre, con el radio prendido, pero sobretodo tejiendo en la cabeza tramas para el cuento, o repasando la clase del día siguiente para mis alumnos. De repente, me despierto del ensimismamiento y me encuentro frente a frente con un vigilante que en la puerta del Centro Italiano Venezolano me insiste en pedirme el carnet para poder ingresar. ¡Dios! Había sucedido que sin darme cuenta mi carrito se había desviado de la ruta llevándome hasta donde, tal vez, mi subconsciente quería ir. Y en vista de que había sucedido, pues sin pensarlo dos veces me arranco la corbata, me desabotono el cuello de la camisa, y subo a la sala de billar donde con asombro me reciben mis amigos que sabían de mi compromiso protocolar. Se alegraron. Pero más me alegré yo.

David comentó de esta manera aquel suceso: “¡Y pensar que muchos portugueses enriquecidos se venderían a sus madres para poderse sacar la foto en uno de esos saraos, en la residencia del embajador!...”.

Será. Pero la vida es así. Nunca contenta de la misma manera a todos...

X

LA HISTORIA SE REPITE

¡Quién podía imaginarse que la historia se repetiría a distancia de sesenta y siete años! Por supuesto, no en los términos de la primera vez como cuando – así me lo contó mi hermana años después porque en aquel entonces, próximo a cumplir los cuatro años, yo no tenía la capacidad de entender – los gritos de desesperación de mi abuela y la pacata resignación de mi madre eran más parecidos a la escena de un funeral que a una despedida necesaria y consciente. Tenía sentido, sin embargo, el drama auténtico protagonizado por aquellas dos mujeres cada una a su manera pues él, mi padre, partía hacia lo incógnito casi clandestino, con pocas liras prestadas en el bolsillo remendado, y una valija de cartón repleta solo de ilusiones. Ahora no. El otro José, el nieto, había planificado la huida sin descuidar ningún detalle, con la precisión de un reloj suizo. Además con suficientes recursos en la billetera de cuero artesanal recién comprada, y con la intención de la meta, cumplida, según la cual en un par de meses a más tardar se reuniría la familia completa en el nuevo hogar de Escocia.

La historia de Giuseppe cautivó en particular a sus descendientes. De hecho, niño aún, fue José el nieto – este mismo protagonista del cuento – quien me sugirió el título cuando decidí escribirla para que no se extraviaran en el laberinto del olvido las raíces de las generaciones recientes brotadas en Venezuela, y de las que vendrían. “Esto se parece a una fábula” – me dijo un día cuando por una simple casualidad cayó entre sus manos un fajo de hojas sueltas e iba leyendo aquí y allá algunos párrafos del inédito. Las fábulas – pensé yo – comienzan todas iguales, con el clásico: “Érase una vez...”. Y de esta manera se me ocurre que un título así pudiese quedar plasmado en la cubierta de aquel libro que otro Giuseppe, amigo y vicerrector de la UCV en aquellos esplendorosos años ‘90, quiso editar

porque le recordaba a él también la historia de su padre inmigrante de Sicilia.

Le puse el libro en un sobre blanco rogándole que lo abriera durante el largo vuelo hasta Madrid donde haría escala para Londres y de allí a Aberdeen, y que lo leyera completo, ahora, con los ojos y la mente de adulto. En la primera página en blanco después de la cubierta le escribí esta dedicatoria: *“La historia se repite, de nuevo la diáspora en la familia. Giuseppe reencarnado en José, el abuelo en el nieto para sembrar raíces en otras tierras. Pero esta vez sin llantos, sin golpes de pecho. No es la incógnita, ahora, el mundo nuevo desconocido. Aun así, lo que está escrito en este libro no ha perdido vigencia: la vida siempre sigue llena de tropiezos. La lección es que hay que desechar los errores del pasado, y volar seguro y más rápido hacia las realizaciones. Yo estoy seguro, hijo, que tú sabrás hacerlo. Siempre he sido un laico agnóstico poco proclive a las ocurrencias religiosas pero quizás el acercamiento a la vejez no me produce rubor para decirte que llevas mi bendición. Pronto nos volveremos a abrazar todos y comenzaremos otro ciclo de felicidad igual o superior al que hemos vivido. Te quiero mucho. Tu papi. Caracas, 25 de septiembre de 2017”.*

El problema no era la duda en el éxito, porque cuando se educa de cierta forma los resultados están garantizados. Era la rabia la que invadía todo mi ser por esa despedida absurda imposible de imaginar apenas unos años atrás. Mi padre con su espíritu de lucha había logrado consolidar una situación económica en Venezuela que hubiese podido ser mucho más consistente con otro criterio de administración de los bienes. Pero aun así creó las bases para que sus descendientes voláramos seguros hacia nuevos horizontes más allá de la subsistencia. Comenzamos conmigo – el primer profesional de la familia – a escalar también posiciones sociales, y luego mis hijos con el transcurrir del tiempo demostraron que con seriedad, preparación, trabajo tesonero y honestidad se podía vivir con todas las necesidades cubiertas.

¡Ay de mí, dónde hemos llegado ahora! El país ha caído en un abismo sin que la cuerda de ladrones criminales nada haga para corregir el desastre ocasionado: no les importan los niños desnutridos, mucho menos sienten piedad alguna por los viejitos inermes que sufren por carencia de medicamentos, y niegan con cinismo que cada día sean más las personas que comen buscando desechos en la basura. Estimulan, además, la huida de miles de profesionales porque la gente pensante, aquélla que construye futuro con el esfuerzo, estorba sus planes de adueñarse por siempre del país. El temor en lo personal es que los otros hijos míos que alimentaban la esperanza de un nuevo amanecer para borrar las huellas del vergonzoso paréntesis de esta historia contemporánea, cada vez con menos ilusiones, comienzan ellos también a hacer proyectos de dónde ir para escapar de la vorágine. Yo, con el corazón partido porque amo a esta tierra como se quiere a una mujer que te ha robado el alma, haré como el capitán del barco cuando comienza a hundirse por el daño irreparable: bajaré de último, si da chance, después de ver que cada uno esté seguro sentado en el bote salvavidas.

Mientras tanto, allá, en Escocia, sigue la vida sin sorpresas de José Miguel. No es, por ahora, el trabajo más idóneo por el cual se había preparado en muchos años y del que había dado prueba de absoluta competencia. Pero no importa. Ya vendrán tiempos mejores cuando superados los escollos del idioma y de la segura adaptación, demuestre allá todos sus valores éticos y profesionales. Contaré con el tiempo sus hazañas de progreso si la vida me regala unos años más, muy pocos, pues serán suficientes para que se cumpla mi profecía. Ya es extraordinario lo realizado. Hoy es el equinoccio de la primavera y luego de apenas cinco meses no es poca cosa tener reunida la familia, ver a los niños adaptados en una escuela pública que los ha acogido con amor, y haber superado ya el primer invierno inclemente de frío y nieve que solo se conocía por referencia. Más importante aún, no es un juego tener un contrato firmado de trabajo que garantice la estabilidad y con él la oportunidad de una vida digna para siempre.

El primer mundo es así: te miran a los ojos para entender de inmediato qué tan confiable eres para acogerte como una pieza más de ese engranaje que no puede pararse por ningún capricho, pues allá no existen caudillos bananeros. Sí señores, apenas cinco meses y ya un carrito ha comprado. Y también los boletos aéreos para viajar toda la familia a Italia, en el verano, con el único motivo de que los tíos, y los primos, conozcan a la prole nacida en Venezuela para no tronchar ni siquiera la rama más sutil de la encina que allá tiene las raíces más profundas. Sí, allá. Donde algún día serán esparcidos granitos de cenizas de quien esto escribe, porque si se ama la patria que te adopta mucho más debe quedar en el corazón la que te dio la vida.

XI

NADA MÁS Y NADA MENOS QUE... EMBAJADOR

Aquel dicho que reza “hazte la fama y échate a la cama” nunca fue más apropiado en algún momento de mi vida, por este acontecimiento que voy a relatar.

Allá en mi pueblo donde vi la luz un día soleado de un verano ardiente, tengo la suerte de que mi nombre suene incluso entre los muchachos de las nuevas generaciones, tal vez porque a nadie se le ha ocurrido mancillarlo por mi lejanía – desde donde era imposible hacerle sombra a nadie – salvándose así de las gratuitas opiniones envenenadas de los envidiosos que siempre buscan disminuir el trabajo ajeno. Conmigo la benevolencia no ha tenido límites, hasta el punto de que “ciudadano ilustre” me declararon y en un viaje de placer que cuando se podía yo repetía a menudo, fui objeto incluso de un homenaje cuyo evento – como pude constatar luego con los años – quedó para la historia grabado en un afiche enmarcado que cuelga de una pared del Liceo donde tuvo lugar. Más afortunado que Capri-gliione, pues, porque a él hubo que rescatar de las cenizas casi setenta años después de quedar sepultado en el anonimato más desconsiderado.

La historia ahora es que a unos pocos días de celebrarse la Navidad del año 2017, me estremece un mensaje que llega a mi casilla de correo electrónico en el cual, escuetamente, un tal señor Lucio dalla Torre, funcionario del Consejo Regional de Molise, me comunica en italiano lo siguiente: *Gentilissimo Prof. Michele Castelli, l'Ufficio di Presidenza del Consiglio regionale del Molise ha esaminato il suo curriculum e per tale motivo la ritiene meritevole di essere insignito dell'Onorificenza di Ambasciatore dei Molisani nel Mondo. La partecipazione diretta è indispensabile per l'assegnazione della*

*onorificenza la cui manifestazione si terrà a Campobasso il 6 dicembre p.v. alle ore 18:00, ed alla quale lei è invitato a partecipare*⁵.

Un momento de pánico me estremece. La primera idea que me salta a la mente es que a pesar de tener un boleto aéreo costado por el ente invitante, serían necesarios otros gastos imposibles de eludir, y que por la situación del país mejor hubiese sido invertir en cosas más útiles. Sin embargo, cuando se comenta el caso en familia, hijos y nietos me sorprenden con un estímulo inusual para que vaya a recibir tan importante distinción. Es más, convencen también a Elba de que me acompañe y así aprovechar para celebrar las fiestas navideñas con nuestros parientes en Italia.

Bueno – me dije. – Seguramente en ese escenario no faltará la dirigencia política de la Región, y la prensa, y entonces será propicia la ocasión para decirles qué está pasando en Venezuela, cómo vive la gente, cuántas calamidades se han abatido sobre este sufrido pueblo y las consecuencias inclusive para las descendencias de una de las inmigraciones más laboriosas como lo fue la italiana.

No me equivoco. Ese día 6 de diciembre de 2017 fui a recibir mi premio y la sala del teatro donde se realizaba el evento estaba a reventar. Fue reservada una hilera completa de sillas para mis invitados, vale decir mi familia y amigos de Santa Croce, Térmoli y Campobasso. También me honró con su presencia el Alcalde de mi pueblo Donato D’Ambrosio, vestido de gala con su faja tricolor que se utiliza en las ceremonias oficiales. Por supuesto, entre otros amigos, no podía faltar Giovanni Mascia, coautor de una obra majestuosa sobre Nicola Iacobacci, el poeta de Molise, de la cual en su momento hablaré en un capítulo aparte.

⁵ Estimado Prof. Castelli, la Oficina de la Presidencia del Consejo regional de Molise ha examinado su currículum y lo considera meritorio para ser condecorado con la Orden de Embajador de los “Molisani” en el Mundo. Su participación directa es indispensable en la ciudad de Campobasso el 6 de diciembre del c.a. a las 6 pm.

Aprovecho, antes del Acto, una entrevista a la RAI Regional para preparar las baterías porque la descarga completa estaba reservada para más adelante. No la pudo detener ni siquiera el presentador del acto – un actor cuyo nombre se me escapa – quien tal vez intuendo qué traía yo en la mochila, me insta a limitarme a un breve saludo de máximo dos o tres minutos.

Apenas saco del bolsillo el discursito preparado, advierto un silencio sepulcral y entonces mi voz temblorosa, que siempre lo es cuando estoy en presencia del público, empieza a retumbar con la cadencia pausada de quien lee un poema: *Ringrazio la Presidenza del Consiglio regionale del Molise per avermi considerato meritevole dell’Onorificenza di Ambasciatore dei Molisani nel Mondo. Opero in Venezuela, senza interruzioni, dal lontano 1970 e confesso che sin da allora, nonostante la vita accademica presso l’università statale di Caracas mi avesse obbligato a precise scelte in funzione delle mie responsabilità di docente e di ricercatore, non ho smesso un solo istante di custodire nel cuore il ricordo della mia Santa Croce nativa e del Molise in generale. Anzi, questo amore incondizionato cresce quando alla fine di quegli anni Settanta mi giungono tra le mani le prime liriche di Nicola Iacobacci nelle quali vedo concretizzate in immagini gioiosamente poetiche tutti i ricordi della mia infanzia vissuti tra la pace bucolica dei contadini del mio paese. Decido così di contribuire a preservare lo spirito della ricca civiltà dei nonni che da linguista capivo che era rinchiuso soprattutto nella colorita parlata dialettale. Bisognava accelerare i tempi, dunque, prima che l’inesorabile predominio di un nuovo uso di linguaggio, imposto dalla massificazione dei mezzi di comunicazione sociale, spazzasse via, come fa il vento con le foglie secche dell’autunno, quelle espressioni, quei modi di dire, quei proverbi, quegli indovinelli che erano l’anima di un popolo che sicuramente soffriva per la miseria inclemente ma che lottava anche, passo a passo, per un migliore avvenire. Così, ridò voce allo spirito del grande Raffaele Capriglione, raccolgo il Lessico del mio paese*

ormai in franca estinzione ma soprattutto convinco il mio buon amico e collega, il saggista e scrittore Giovanni Mascia, di accompagnarmi nella stesura della monumentale monografia sul poeta del Molise, Nicola Iacobacci, che con una preziosa premessa del caro Giambattista Faralli dovrebbe a breve vedere la luce.

Ma anche il Venezuela, la terra che ha accolto la mia famiglia in quei terribili anni Cinquanta quando i giovani del Molise e dell'Italia iniziano la fuga per i mille sentieri del mondo, è sempre presente nei miei ricordi di scrittore. Terra di un tropico magico, di una vegetazione esuberante, di un popolo generoso che ci ha teso la mano nei primi anni difficili di adattamento. Quel Venezuela amato, che ora è ferito a morte, che languisce nell'agonia, che è l'ombra del suo passato glorioso.

Si è ripetuto in quella mia seconda patria il circolo vizioso della storia. Pagano i princìpi, gli ideali, i partiti, la colpa di alcuni politici che ne dovrebbero essere i custodi e che invece tradiscono con le loro malefatte, con la loro corruzione, la fede dei popoli.

La disperazione della gente, allora, diventa preda facile degli arrivisti, di coloro che promettono vita nuova, felicità per tutti, soluzione di ogni problema, probità del governante, ma che poi in realtà nulla si realizza perché il potere acceca e l'improvvisazione conduce ai risultati disastrosi che stiamo vivendo. Il nostro "illuminato" ha sperperato ingenti ricchezze provenienti dai pozzi di petrolio per promuovere il suo ego facendo credere agli incauti che Bolívar reincarnato aveva impugnato di nuovo la spada per intraprendere la grande rivoluzione del secolo XXI. E invece è l'involuzione ciò che ora prevale nel paese, una volta, tra i più ricchi e prosperi del mondo. Fabbriche chiuse, disoccupazione, inflazione galoppante che per la fine dell'anno secondo gli esperti dovrebbe superare il 14.000%, bimbi denutriti, anziani che muoiono per le medicine che mancano, i più poveri che frugano nelle pattumiere per alleviare i morsi della fame, i giovani che fuggono in cerca di nuove

opportunità, e solo una manciata di privilegiati che continua a spolpare il poco che resta della ricchezza del paese.

Questi disagi si generalizzano sempre di più e cominciano a mettere in crisi anche le nostre famiglie che con il sudore di due o tre generazioni erano riuscite a consolidare una posizione economica, sociale e culturale di rilievo. Per questo, mi faccio almeno portavoce della comunità molisana sparsa lungo tutto il territorio venezuelano, affinché le autorità politiche attuali della Regione e quelle che verranno, ci stiano vicini insistendo per l'apertura di un canale umanitario – al quale ostinatamente il governo si oppone – che permetta il flusso di medicine e alimenti per i più bisognosi.

Siamo convinti comunque che a breve ritornerà a splendere il sole dell'allegria in Venezuela e allora torneremo anche noi, come facevamo nel passato, a visitare numerosi le bellezze di questa nostra Regione d'origine che è cambiata tanto da quando l'abbiamo lasciata, ma che continua a conservare gli stessi odori, gli stessi sapori, impossibili da cancellare. Torneremo a visitarla accompagnati dai nostri figli, dai nostri nipoti, affinché nemmeno loro dimentichino mai di annaffiare le radici per mantenerle vive per sempre⁶.

⁶ Agradezco a la Presidencia del Consejo regional de Molise por haberme considerado merecedor de la Orden *Embajador de los Molisani en el Mundo*. Resido en Venezuela, sin interrupciones, desde el lejano 1970 y confieso que desde entonces, a pesar de que la vida académica en la universidad estatal de Caracas me obliga a tomar precisas orientaciones en función de mis responsabilidades de docente y de investigador, en el corazón el recuerdo de mi Santa Croce natal y de Molise en general jamás pudo borrarse, ni siquiera por un instante. Es más, ese amor incondicionado se agiganta a finales de los años Setenta cuando me llegan las primeras líricas de Nicola Iacobacci en las cuales veo concretadas en imágenes regocijadamente poéticas todos los recuerdos de mi infancia vividos entre la paz bucólica de los campesinos de mi pueblo. Tomo así la decisión irreversible de contribuir a preservar el espíritu de la rica civilización de nuestros antepasados que en mi calidad de lingüista entendía que quedaba custodiada principalmente en el precioso cofre que contenía su dialecto. En tal sentido, había que acelerar los tiempos, antes que el inexorable predominio de la lengua nacional, impuesto por la masificación de los medios de comunicación social, dispersaran para siempre, como hace el

viento con las hojas secas del otoño, aquellas expresiones, aquellas metáforas, aquellos refranes, aquellas adivinanzas que eran el alma de un pueblo que seguramente sufría por la miseria inclemente, pero que también alimentaba la esperanza, minuto a minuto, de un futuro mejor. De esta manera, vuelvo a darle voz al espíritu del gran Raffaele Capri-gliane, recojo el léxico de mi pueblo ya en franca extinción pero sobre todo logro con- vencer a mi buen amigo y colega Giovanni Mascia, ensayista y escritor, para que me acompañara en la redacción de la monumental monografía del poeta del Molise, Nicola Iacobacci, la cual, con una preciosa premisa del querido Giambattista Faralli pronto debería salir a la luz pública. También Venezuela, la tierra que acogió a mi familia en los años terribles de la posguerra cuando los jóvenes de Molise y de toda Italia inician la huida por los infinitos senderos del mundo, queda siempre presente en mis recuerdos de escritor. Tierra de un trópico mágico, de una vegetación exuberante, de un pueblo generoso que nos tendió la mano en los difíciles primeros años de adaptación. Aquella Venezuela amada, que ahora está herida de muerte, que languidece en la agonía, que es la sombra de su pasado glorioso. Se ha repetido en mi segunda patria el círculo vicioso de la historia. Pagan los principios, los ideales, los partidos, la culpa de algunos políticos que deberían ser sus custodios y que en cambio traicionan con sus fechorías, con su corrupción, la confianza de los pueblos. La desesperación de la gente, entonces, se con- vierte en presa fácil de los arribistas, de aquellos que prometen vida nueva, felicidad para todos, solución de cada problema, honestidad del gobernante, pero que luego, en realidad, nada se concreta porque el poder obnubila y la improvisación conduce a los resultados desastrosos que estamos viviendo. Nuestro “iluminado” malgastó inmensas riquezas que provenían de los pozos petroleros para promover su ego, queriendo mos- trarse ante los incautos del mundo como el Bolívar reencarnado que impugna de nuevo la espada para emprender la gran revolución del siglo XXI. Pero en cambio, en el país, no hace mucho entre los más ricos y prósperos del mundo, es la involución la que ahora prevalece. Fábricas cerradas, desempleo, inflación galopante que para finales de año según los expertos debería superar el 14.000%, niños desnutridos, ancianos que mueren por las medicinas que faltan, los más pobres que jurungan en la basura para aliviar las mordidas del hambre, los jóvenes que huyen en busca de nuevas oportunidades, y ape- nas un puñado de privilegiados que siguen desangrando al país. Estas dificultades se van generalizando cada vez más y comienzan a hacer crisis también en nuestras familias que con el sudor de dos o tres generaciones habían logrado consolidar una posición económica, social y cultural relevante. Por eso quiero por lo menos, en este escenario, hacerme portavoz de la comunidad molisana diseminada a lo largo del territorio vene- zolano, para que se presione la apertura de un canal humanitario – al que el gobierno se opone obstinadamente – a través del cual permitir el flujo de medicinas y alimentos para los más necesitados. Estamos convencidos, sin embargo, que muy pronto volverá a resplandecer el sol de la alegría en Venezuela y de esa manera podremos nosotros también, como hacíamos en el pasado, volver a visitar las bellezas de nuestra Región de origen que ha cambiado mucho desde que partimos, pero que sigue conservando los

Mientras yo hablaba, un silencio sepulcral se expandía por el ambiente. Los rostros de todos seguían fijos en mi persona mostrando expresiones de solidaridad, como quienes en un funeral se conmueven con lágrimas de circunstancias frente al deudo que llora desconsoladamente la partida de un ser querido. Y finalmente los aplausos. Muchos. Estruendosos. Y la prensa que recoge al día siguiente parte de mi discurso sacudiendo por instantes las conciencias de la gente, en particular de quienes se recordaban de viejos parientes que en el lejano inicio de la segunda mitad del siglo pasado habían zarpado hacia ese mundo desconocido llamado Venezuela para probar la fortuna que en su patria destruida no tenían la posibilidad de hallar.

Un par de días después de la premiación me llaman a un encuentro con el Presidente del Consejo regional, un tal Cotugno, quien no solo me recibe con una gentileza insólita y sin límites de tiempo – cosa rara en un político de ese nivel – sino que me sorprende por los detalles que conoce de mi vida y de mi obra. Con la elegancia de un italiano muy rebuscado me informa sobre el significado de aquel título honorífico otorgado anualmente en ocasión del “Día de la inmigración” en Molise, instituido en el año 2015, haciendo hincapié en el aspecto simbólico del mismo pues ninguna responsabilidad política o diplomática o de otro tipo se pretende del homenajeado. En el caso mío, sin embargo, vista la dramática situación de Venezuela puesta en evidencia también en mi discurso, me invita a dedicar algunas horas robadas a mis estudios e investigaciones para llevar palabras de aliento a la comunidad *molisana* en el país haciéndome portavoz de sus necesidades para canalizar una eventual ayuda directa a los más necesitados.

mismos olores, los mismos sabores, imposible de cancelar. Volveremos a visitarla acompañados de nuestros hijos, de nuestros nietos, con la única intención de que ellos tampoco olviden jamás de regar sus raíces con el compromiso de mantenerlas vivas para la eternidad.

Palabras y promesas de políticos, obviamente. Porque a pesar de mi compromiso casi militante e insistente de participación activa en renovar contactos con Asociaciones y personas en Venezuela dedicadas al voluntariado y a la asistencia de ancianos desamparados, la única respuesta a mis solicitudes de auxilio seguían siendo de parte de ellos discursos de aliento. No así con un interlocutor ocasional – al que conocí a través de un chat del *Comitato Molise Pro Venezuela* sostenido por la Fundación Giuseppe Tedeschi – un sacerdote de nombre Alberto Conti, director de la Cáritas de la Diócesis de Triento, quien ahorrando palabras y abundando en hechos concretos, nos socorre ayudando a repatriar a personas originarias de Molise desamparadas ofreciendo además soluciones de hospedajes en casas de reposo, pero sobre todo colaborando en un programa que juntos nos inventamos: adoptar a distancia un *nonno*. De esta manera se pudo auxiliar a un número significativo de viejitos ítalo-venezolanos a quienes además de garantizar las tres comidas diarias balanceadas, se les ofrecían los medicamentos para el cuidado propio de la edad.

Una experiencia única, pues. Y un título honorífico que, al contrario de otros que guardo con indiferencia en alguna gaveta, exhibo con mucho orgullo pegado a una pared del sitio donde transcurren los momentos más felices: el estudio de mi casa.

XII

ADIÓS NICOLA, POETA Y AMIGO

No me toma por sorpresa aquel mensaje mañanero de Giovanni Mascia en el cual me anuncia la funesta noticia que en cualquier momento podía llegar, pero que el corazón se negaba de recibir. Escribe escuetamente: “esta mañana del 19 de mayo [2018], se nos fue al cielo Nicola para descansar en la paz eterna”.

Desde el año 2007 se había interrumpido nuestra correspondencia epistolar. Fue como si de improviso bajara del cielo una neblina negruzca con el propósito de ocultar en su oscuridad cuerpos y almas de dos personas que habían estado unidas en el tiempo por un ideal común: el amor incondicional hacia el terruño. Uno, grande, hijo predilecto de Toro, incomparable cantor de la belleza escondida en las cosas más pequeñas que solo los espíritus sensibles pueden ver y convertir en poesía. El otro modesto, un enano al lado del gigante, un simple recogedor de palabras antiguas de su Santa Croce natal que como las hojas secas dispersas por el viento del otoño también mueren para renovarse.

El último contacto fue, pues, un día de primavera de ese año. Como ya no recibía respuesta a las cartas que le enviaba, decidí marcar un número de teléfono que tenía anotado en una vieja agenda. Me responde Piera, su esposa amada. Me informa del triste estado del poeta, prostrado en la cama o, cuando no, en una silla de rueda frente al balcón, con la mirada fija hacia el cielo, sin poder descifrar, quienes lo asisten, si de verdad lo contempla o si los colores del azul intenso, o el amarillo tenue de los rayos del sol que van y vienen, o la grisura de las nubes tapizadas a trechos de un blanco intenso como tantas pequeñas motas de algodón, caen sin emoción en el vacío de su pensamiento. Porque esa enfermedad es así: se pierde la memoria y la confusión no varía en la mente ociosa que ya no reacciona.

Para superar la incomodidad que me producía aquella conversación en la que resultaba difícil encontrar palabras para expresar el dolor o para imprecicar contra la injusticia del destino – ya que uno piensa en esos momentos que a los hombres grandes de espíritu y buenos de corazón se les deberían ahorrar semejantes trances – voy al asunto que era el motivo real de la llamada. “Me da tristeza, Piera, escuchar tu cuento. Había intuido que algo malo podía estar en ciernes porque Nicola no dejaba pasar una semana sin responder a mis cartas. Yo llamaba, sin embargo, para darles una buena noticia. Finalmente salió al público la versión española de *Hàmichel* que él esperaba con ansia. Aquí la tengo, entre mis manos, fresquita de tinta, apenas sacada de la imprenta”. Se alegró ella y con palabras recíprocas de augurios cerramos la conversación.

Cuando el paquete con una veintena de copias de la obra llega a su destino, recibo una carta de Piera. Me describe en detalles la sensación momentánea del poeta. Me dice que acarició la portada, que se la llevó a los labios y le estampó un beso sin manifestar emoción alguna en su rostro liso como el mármol a pesar del mal y de los años que seguían galopando. Ni una sonrisa, ni una lágrima. Apenas una mueca al no ver su foto en la contraportada, como era usual que hubiese en todos sus volúmenes publicados a lo que, por cierto, remediamos de inmediato con el editor creando una banda de unos cuantos centímetros de ancho para colocarla alrededor del libro, en la que resaltaba la vieja y única foto que apareció desde su primera publicación en los años ’70 y que se repitió hasta la última de 2005. Terminó diciéndome, la esposa amada, que dejó caer sobre sus piernas adormecidas aquel regalo mío que en otro momento, seguramente, le hubiese causado una alegría inmensa, y volvió a su mundo interior donde los fantasmas se inventan miles de recursos para despertar el alma que, sin embargo, invariablemente, no reacciona. Ni para bien ni para mal.

En mis frecuentes viajes a Molise traté una y otra vez de visitar al amigo en su lecho de enfermo. Las respuestas de la familia eran

siempre las mismas, preferían que yo lo recordase cómo lo había visto la primera y única vez que nos encontramos en el lejano 1980, y al final desistí del propósito. Por suerte me quedaba en el alma la certeza de que yo ocupaba un sitio importante en sus afectos, pues me consideraba un amigo confiable a quien podían hacérselo confesiones, como en efecto lo hizo muchas veces en nuestra intensa y larga correspondencia epistolar. Sin dudas un gran privilegio. No solo por tratarse del poeta contemporáneo más importante de Molise sino, sobre todo, por lo reservado que era a la hora de seleccionar a sus amistades verdaderas.

Un día en mi casa de Caracas, me armo de valor para continuar la limpieza a fondo de la biblioteca. Ya meses atrás con Elba habíamos hecho, con dolor, una selección de nuestros libros que nos acompañaron en la larga carrera universitaria para donarlos a quienes hubiesen sabido aprovecharlos. El pragmatismo nos indicaba que tarde o temprano había que desprenderse de cosas que a otros en la familia podían, en el futuro, causarles inconvenientes. La vida, se sabe, es una ruleta y a medida que disminuyen los giros por el empuje inicial del crupier, la bolita va perdiendo fuerza para detenerse en el número del destino. Quien no está consciente de esto solo vive el día a día con los ojos vendados, sumergido en un triste egocentrismo.

Con esa misma intención, ahora, le había llegado el turno a las gavetas. ¡Oh, sorpresa! Una de ellas estaba repleta de cartas que por 30 años constituían mi correspondencia con el poeta Nicola Iacobacci. Estaban tiradas sin un orden, algunas fuera de sus sobres. De inmediato una idea me estremece. Fue como cuando gritas ¡eureka! por algo que no entiendes cómo pudo aparecerte justo en el momento en que más lo necesitabas. Había terminado de escribir un libro sobre un poeta dialectal de mi pueblo, un amigo de mis años mozos, e iba buscando inspiración para otro tema, pues no sé aguantarme el ocio ni siquiera un día. Allí estaba el argumento. Organizar aquel precioso material para dejar constancia al mundo de detalles sobre el autor que ni los críticos más agudos habrían podido imaginarse. Porque es en

el discurso íntimo, en las confidencias, en juzgarse a sí mismo, en preanunciar qué te lleva a escribir tal cosa que se comprende la verdadera esencia de la vida, de esa vida menuda que se trasvasa en la grande obra que luego el opinante avezo, experto en lanzar palabras rimbombantes para impresionar al lector desprevenido, tergiversa a su manera creando un imaginario que al poeta jamás se le hubiese ocurrido. Y en esas cartas, revivía el hombre, el poeta de carne y huesos, el que desembrollaba la metáfora explicando dónde, cómo y cuándo había llegado a su conciencia.

Se me ocurre exponer a Giovanni Mascia, mi colaborador y reconocido ensayista, la intención de escribir una obra sobre Nicola partiendo de esas cartas. Él no esconde el entusiasmo y, al tiempo que me revela la existencia de dos gruesas carpetas de gancho en las cuales el poeta conservaba en perfecto orden cronológico todos los artículos referidos a sus obras, o que él mismo publicaba en las revistas literarias, me expresa incluso la disponibilidad de colaborar conmigo para ampliar el proyecto, y escribir juntos una monografía sobre la vida y las obras del común amigo. No solo amigo, en el caso suyo. También pariente.

Una tarea ardua, sin duda, pero para nosotros era un reto y teníamos la obligación de triunfar. Fue casi una carrera con el tiempo pues nos animaba el propósito de sacar esa obra al público antes de que nuestro personaje le cerrara los ojos a la vida. Quería ser, en fin, un homenaje al escritor, al poeta, a la tierra que le dio los natales pero sobre todo al amigo que al no entender ya que lo hacíamos protagonista de un reconocimiento que en otras situaciones hubiese rehuido por su innata timidez, nos dejaba en la libertad de decir todos los éxitos que había acumulado a lo largo de 30 años de fecunda producción literaria. Claro, tampoco la idea era abundar solo en los elogios, que por supuesto no había que inventar porque los méritos para ello estaban perfectamente plasmados en sus escritos, sino también darle

espacio a aquellos críticos que veían en su producción poética, aunque en nuestro criterio equivocadamente, límites estéticos y repetición de contenidos.

Le confiamos el Prefacio a Giambattista Faralli, uno de los intelectuales contemporáneos más cotizados de Molise. Al recibir los materiales lo asalta la sospecha de que pudiese tratarse de una obra parcializada por los nexos consabidos de los autores con el poeta. Sin embargo, después de leerla, la duda se le disipa y comienza el breve ensayo con estas palabras tan lisonjeras para nosotros: *“Quando un lettore più o meno scaltrito ha tra le mani un lavoro, specie di questa natura, si arma di guanti, bisturi e microscopio, e si appropria con estrema cautela, se non diffidenza, alla verifica dei perché e dei come di quel lavoro. In questo caso il primo perché mi ha sconvolto il cervello: ho pensato al peggio del peggio; poi vengo a sapere che il mio amico Nicola sta combattendo la sua ultima battaglia per la vita. La morte, intanto, già l’ha sconfitta, perché un poeta come lui ha superato la prova del tempo, il vero signore della morte, mentre lo spazio materiale è un accessorio ingombrante, a volte, e insignificante. Nicola Iacobacci è immortale, come e “per” i suoi versi. I due biografì, Giovanni Mascia e Michele Castelli, sono suoi amici di antica data. Ed allora insorge il dubbio su un altro perché: la spiegazione sarebbe chiara (l’origine locale, l’amicizia, la condivisione sentimentale e memoriale, l’adesione a prescindere), se non fosse che, conoscendo i due autori, mi sono presto convinto che non sarebbero capaci di accoccolarsi sulle sponde del più vieto provincialismo e specchiarsi nelle onde del Tappino”*⁷.

⁷ Cuando un lector más o menos avezado tiene entre sus manos un trabajo de esta naturaleza se arma de guantes blancos, bisturí y microscopio y se acerca a él con extrema cautela, o mejor, con suspicacia, preguntándose el por qué y el cómo de aquel trabajo. En el caso específico, el primer por qué me trastornó el cerebro: pensé en lo peor posible; luego me enteré de que mi amigo Nicola está combatiendo su última batalla por la vida. Por lo pronto, ya a la muerte la derrotó porque un poeta como él superó fehacientemente la prueba del tiempo, el verdadero señor de la muerte, mientras el espacio material no es que un accesorio superfluo, a veces, e insignificante. Nicola Iacobacci es

Bien. Allí está la obra. Alrededor de 500 páginas que esperan por un editor. Es verdad, como dice Faralli, que Iacobacci ya se ha conquistado la inmortalidad por sus versos, pero ellos no pueden ni deben quedarse escondidos solo en el alma de una generación que los ha vivido y gustado. Las nuevas, también tienen el derecho de disfrutar el canto inspirado en el terruño de los padres. De allí nuestro esfuerzo.

Nosotros no tuvimos la suerte, como nos lo habíamos propuesto, de hacer el gran homenaje en vida al poeta de Molise. No pudimos. Se nos fue al cielo antes de que se cristalizara el sueño.

Se marchó en silencio, sin un lamento, cerrando los ojos e inclinando la cabeza como hacen los pájaros cuando se les entumecen las alas.

Sí, está en el cielo, ahora, esperando escondido detrás de una nube que yo lo alcance para seguir juntos contándonos las fábulas de nuestros ancestros. Y en la espera de que llegue el momento del reencuentro, me prodigaré para que el nombre de Nicola Iacobacci siga retumbando como un eco que no se apague nunca por cualquier vericuetto donde mis modestos pasos vayan dejando grabadas sus huellas de caminante.

Adiós poeta o mejor dicho, hasta siempre. Los grandes no mueren porque quedarán grabados “por siempre” en la memoria de la historia.

inmortal, como y “por” sus versos. Los dos biógrafos, Giovanni Mascia y Michele Castelli, son sus amigos de larga data. Y allí surge la duda sobre el otro por qué: la explicación resultaría lógica (el origen local, la amistad, el compartir sentimental y memorial, la adhesión por encima de todo), si no fuese que, conociendo a los dos autores, me convencí rápidamente de que no serían capaces de acuclillarse en las orillas del más nefasto provincialismo para reflejarse en las olas del Tappino (riachuelo que atraviesa varios territorios de Molise, entre ellos la periferia de la aldea de Toro, cuna de Nicola Iacobacci, y motivo de su inspiración [NdA]).

XIII

DONACIONES A LA BIBLIOTECA DE MI PUEBLO NATAL

Habrá sido porque sent  una profunda frustración cuando comencé a recoger el material inédito del poeta y escritor Raffaele Capriglione para compilar la Antología a él dedicada. Lo cierto es que a partir de esa experiencia me ha perseguido una obsesión que culmina solo ahora, con la decisión ya tomada de donar mis creaciones publicadas e inéditas – como también algunos objetos personales – a la Biblioteca de mi pueblo natal, sobre cuyos detalles quiero compartir con los lectores de estas memorias.

En el lejano 1977, ya instalado en Venezuela con un trabajo estable y la familia al completo, llega de Italia mi abuela Anna para transcurrir con nosotros algunos meses. Se queda en cambio para siempre porque el recorrido de la vida es así, se nace y se muere, y el destino quiso que poco tiempo después sus huesos se sepultaran acá para el descanso eterno. Con el privilegio para un muerto común de ostentar para la posteridad una doble l pida: una en la fosa al lado de mi padre en esta tierra de gracia, otra en la capilla que se había mandado a construir con la hermana Rosina – en el pasillo principal del cementerio de Santa Croce, a escasos metros del túmulo donde se custodian los restos del siempre recordado y amado t o Nicola Crapsi – en la cual ahora, provisionalmente o para siempre según el destino lo disponga, descansan los huesos de la bisabuela Angiolina Colonna llamada cariñosamente “*Mamma*”, y de los tíos Mimmo y Sabina.

No recuerdo por qué motivo, en una noche de luna llena – de esas en las cuales en el trópico se anulan las diferencias entre el día y la noche por la luminosidad exagerada del astro – mientras platic bamos de esto y de aquello sentados en el fresco jardín floreado de la casa, donde surge ahora la *Clinica Amay*, sale a colación el poeta

de Santa Croce y la abuela, además de contarme sus cercanías con el personaje por haber sido el médico de familia, comienza a recitar con absoluta propiedad, y completa, la larga lírica en dialecto “*L’ultimo sabato d’aprile*” la cual, aun siendo un canto de una belleza extraordinaria digno de poderse colocar en cualquiera antología poética del mundo, nadie conocía más allá de los muros del pueblo. Me entusiasmo aquel improvisado “cenáculo literario” y allí mismo juro en silencio, solo para mis adentros, que iría en algún momento a rescatar de las tinieblas a aquel poeta maravilloso, patrimonio no solo de mi pueblo natal sino de Molise y de Italia toda. Emprendo en serio la aventura pero, ¡ay de mí!, me siento como un corredor que se mide contra todos en una carrera de mil obstáculos. Nadie sabe quién conserva los manuscritos. Todos se esconden ante mis insistencias.

Finalmente, la obstinación pudo más que el silencio cómplice de muchos y el sueño se cumple a pesar de que faltaran varios puzle para la reconstrucción del rompecabezas que por suerte aparecerán con el tiempo, gracias a los mismos familiares que cuando comienzan a apreciar la seriedad de las investigaciones mías y de otros estudiosos deciden colaborar.

Ahora, después de casi cien años de anonimato, interrumpido apenas por algún homenaje en el pueblo en ocasiones de la fiesta del último sábado de abril que inspiró el poema – es decir, cuando se celebra la *Madonna dell’Incoronata* y se procede al desfile de los animales alrededor de la iglesia de *San Giacomo* para su bendición – Capriglione finalmente estará descansando en paz. Para su mayor gloria, además, un grupito de amigos logramos que en la misma Biblioteca comunal se le dedicara una Sala, tipo Museo, en donde están custodiados sus manuscritos, sus obras publicadas gracias al interés de Gaetano Di Stefano y Paolo Mastrangelo bajo el alto patrocinio de la Administración Comunal, sus dibujos únicos realizados sobre papel ocasional pero que a pesar de su deterioro pudieron rescatarse por la intervención de un ente público nacional dedicado a la preservación de bienes culturales, algunas fotos y objetos personales, y las

obras de todos los autores que se han dedicado a su estudio como Giambattista Faralli, Giovanni Mascia, Adolfo Torre, quien esto escribe y otros.

¡Es imposible imaginarse cuántos papeles sueltos repletos de poesía, cuántos dibujos se habrán extraviado de este poliédrico y gran artista!

Repensando en todas estas circunstancias, en un nuevo viaje a Italia, aprovechando de la visita imprescindible a mis familiares en *Santa Croce* se me ocurre un día durante una amena conversación con mi sobrino Pasquale Licursi – autor él también de buenos libros que ya lo van perfilando un escritor exitoso, además de ser el responsable de la Biblioteca – comentarle que con nosotros, vale decir las nuevas generaciones de creadores locales, no podía ni debía repetirse el estrago de la destrucción como se había vivido hasta ese momento no solo con Raffaele Capriglione sino con otros cantores de las tradiciones locales menos conocidos. Le propongo por tanto organizar una sección de autores contemporáneos originarios del sitio – sin juzgar por el valor literario o científico de cada uno pues de su selección natural se encargaría la posteridad – con el objeto de dejar allí reunidos esos esfuerzos como un testimonio de los hombres y mujeres del pueblo con veleidades literarias para ponerlos al alcance de futuros estudiosos como fuentes de antecedentes para eventuales investigaciones.

Me tocaba a mí, pues, dar el ejemplo. Reúno los títulos de mis obras publicadas y las entrego completas a la Biblioteca rogando al custodio de no colocarlas en el fichero para la consulta pública – que para ello con el tiempo hubiese enviado otra remesa idéntica – sino conservarlas con el fin de que en algún momento lejano pudiesen exhibirse tal cual lo habíamos hecho nosotros con el poeta médico. Claro, en mi mente rondaba sobre todo la idea de que en el futuro a los analistas de la lingüística pudiesen interesar mis recopilaciones del léxico local cuando el dialecto que hablaron muchísimas genera-

ciones de *santacrocesi* terminara de extinguirse como inexorablemente sucederá. Por eso, también le propuse a Pasquale que incluyera en la lista las fotocopias de algunos inéditos relacionados con esta temática, como el *Dizionario Essenziale Italiano Santacrocese* y los *Modi di dire del dialetto santacrocese*.

Un día, años después, levantando los ojos hacia las paredes de mi estudio, el lugar donde suelo transcurrir la mayor parte de mis días, se me ocurre que también aquellos diplomas de condecoraciones enmarcados y expuestos – además de otros escondidos quién sabe en cuáles gavetas – podían guardarse en la Biblioteca junto con los textos escritos. Pensé realistamente, como siempre lo hago, que mis hijos – por más que esos papeles expresen reconocimientos académicos y culturales – para no destruirlos por respeto al padre los relegarían en algún baúl de los recuerdos hasta que a alguien del futuro, cuando el tiempo anula los afectos y los recuerdos, no se le ocurriera mejor idea que una soberana fogata para deshacerse de tanta “basura” amarillenta. En tal sentido se decide, con la anuencia de la familia, que en un viaje sucesivo – siempre que la suerte lo permita puesto que este régimen de mandros que nos desgobierna está empeñado en empobrecernos cada día más negándonos incluso la libre circulación por la dificultad de obtener divisas de las que mantienen el monopolio – llevaría personalmente todo ese material con un registro completo de las cosas a entregar. Que son, principalmente, mi diploma de doctorado, las constancias de seminarios de actualización cursados a lo largo de mi carrera universitaria con los lingüistas contemporáneos más renombrados y los diplomas de mis condecoraciones otorgadas entre Venezuela e Italia.

Claro, no fue fácil la decisión. Para un anciano ya alejado del bullicio diario, que solo vive en función de sus recuerdos, aquellos objetos que están a la vista como trofeos de metas logradas con esfuerzo y que cuentan historias de momentos esencialmente gratos, constituyen el tesoro máspreciado de la vida. Sin embargo, cuando

es la hora, el cerebro debe saberse sobreponer al corazón y actuar en consecuencia.

Júzguenlo presumido, si quieren. Pero así como todos los hombres tienen un sueño, yo también tengo el mío: para que se realice algún día, sin fecha, cuando el último granito de ceniza que fue sembrado y atrapado en la tierra se haya consumido sin dejar huellas materiales del que fue. A partir de allí aspiraría a que más allá de las dos generaciones en la familia – hijos y nietos – el nombre pudiese seguir volando semejante a un eco indetenible entre las lenguas de montañas para retumbar hasta oídos desconocidos, sin que nunca muera como la llama eterna en el pebetero de un altar de la patria.

Las obras dejadas, al igual que los rastros que quedarán exhibidos en la modesta Biblioteca de un pueblo perdido que me dio la vida, pueden, de repente, contribuir a que este sueño se cumpla.

Capítulo XIV

GENNARINO

Hay escenas, especialmente aquellas de los años mozos, que se graban en la memoria como diapositivas en secuencia, y que nunca se remueven por más que el tiempo nos lleve a dimensiones donde los avatares de la vida harían priorizar cosas más trascendentes.

Una de esas escenas recurrentes, en mi caso, es el radio de visión desde el balcón de mi habitación en el *Corso Umberto* de Santa Croce donde viví con mis hermanos hasta que mi madre partiera rumbo a Venezuela para reencontrarse con el marido. De hecho, todos los días del año – ya sea asomado del balcón cuando la primavera de mi preferencia y el verano caliente lo mantenía invariablemente abierto para refrescar los muros centenarios, o durante los otoños y más aún los inviernos inclementes de viento frío y nieve abundante detrás de los vidrios opacos y algunos rotos que nunca pudieron reponerse por las penurias que campeaban en aquellos tiempos tremendos de la postguerra – el espectáculo era invariablemente el mismo: un hilo de sangre que fluía sin cesar de los hocicos de cabritos y ovejas recién sacrificados en la carnicería del tío Antonio Petti; el ir y venir de clientes en el negocio de sal y tabacos del *ruscitiello*; el eco de una guitarra proveniente de la barbería de Ortenzio Izzo; y más arriba el martillar repetido e incesante en el taller del Maestro Nicola Camelo, estimado y querido personaje, en el cual estaba de aprendiz su hijo mayor de nombre Gennarino.

El Maestro Nicola era un hombre sencillo y apacible, de profunda sensibilidad artística revelada no solo en el trabajo artesanal que le era propio sino también en el ejercicio musical pues de niño ayudando al padre en los menesteres de sacristán y custodio *ad honorem* de la Iglesia que le quedaba frente a la casa, aprendió a tocar

el órgano con tanta habilidad que a menudo, incluso los menos creyentes, iban a misa los domingos para escuchar sus maravillosas piezas barrocas, tocadas a oído, que acompañaban la eucaristía.

Su familia era numerosa. Una mazorca de hijos todos varones – o al menos eso me parece recordar – de dos o tres años distanciados uno de otro. Los más pequeños compartían con otros niños del vecindario, yo incluido, los juegos ingenuos de aquella época austera pero no exenta de las picardías propias de la edad. Los más grandes se reunían para otras travesuras quizás algo más atrevidas.

Gennarino era coetáneo de mi hermano, y al terminar sus respectivos turnos de trabajo – uno en el taller del padre donde se construían mayoritariamente canalones pluviales que se colocaban en los bordes de los techos para recoger el agua que servía para todo, el otro en la carpintería del tío Paolo⁸ donde a muy corta edad se iba perfilando un artesano de mucho talento – a menudo se reunían en la casa para compartir una rápida y escuálida cena a base de pan casero rociado de aceite y pulpa de tomates antes de salir para perderse en algunos recónditos rincones del pueblo que los más pequeños nunca pudimos descubrirles.

Fueron ellos quienes un día asombraron a grandes y pequeños de ambas familias, como también a muchos amigos que compartían sus juegos, haciendo una inolvidable exhibición en el patio de nuestra casa con una serie de mini objetos en estaño y cobre uno, y en madera el otro. Sus edades, en aquel momento, oscilarían entre los quince o dieciséis años. Sin embargo, era el preludio para ambos de manifestar una insólita vocación que con el tiempo irá madurando sin que, por sus malas suertes, nadie la valorara pues las personas mayores que podían hacerlo estaban ocupadas en otras necesidades mucho más importantes relacionadas con la supervivencia.

⁸ El mismo tío Paolo ya reseñado en algún capítulo de la primera parte de estos Cuentos que luego emigró él también por algunos años a Venezuela, sustituyendo el oficio de carpintero por el de relojero.

Un día, comenzando el mes de mayo de un recordado 1957, sus caminos se separarán para siempre. Giovanni cruza el océano junto con sus hermanos para que, al final, cuando aún no era la hora, sus cenizas descansaran en paz dentro de un cofre custodiado en una iglesia de Caracas; mientras que Gennarino se queda en Santa Croce, toma las riendas del taller de su padre para continuar el oficio emprendido y transmitido por varias generaciones de su familia. Con la suerte para él – no me cabe duda – de que algún día su nombre quedará grabado en el libro de honor de los hijos ilustres del pueblo.

A pesar de mis múltiples viajes a Santa Croce desde Caracas, nunca tuve la oportunidad de ver, ni siquiera de lejos, a aquel personaje reservado que al decir de algunos amigos hacía una vida casi monástica entre el taller, mudado en una zona cercana al que era el *Cine Radius* en mis años de infancia, y su casa en el piso superior. Sin embargo, suerte quiso que en diciembre del 2017, en ocasión de mi estadía en el pueblo para recibir un premio que me otorgó la Región Molise, Paolo Mastrangelo, mi amigo de infancia y colaborador en la recolección del dialecto local, me hace saber que un joven quiere conocerme. Nos encontramos y, ¡oh sorpresa!, se trataba del yerno de Gennarino. Mi alegría fue inmensa pues ensimismado por un instante volví a recordar aquel pasado que comenzó a desfilarme delante de los ojos abiertos como si en una máquina del tiempo hubiese regresado sesenta años atrás, o más. Finalmente pregunto por él, por su salud, por su todo. “Está pensionado, su taller casi desmantelado porque las nuevas tecnologías ya no lo hacen rentable, y lo ha convertido prácticamente en un museo – me contesta el joven. – “Allí conserva los objetos en pequeña escala como braceros, sartenes, cacerolas, tinas, aceiteras y otros utensilios que utilizaban en sus casas nuestros abuelos, todos artísticamente trabajados en cobre, aluminio o estaño. Pero sobre todo está dedicado a tiempo pleno en una obra de nunca acabar...”

La conversación se interrumpe por los saludos de conocidos que, inevitablemente, distraen y ponen fin a nuestro breve diálogo.

Sin embargo, me intriga aquello de que Gennarino está dedicado en “una obra de nunca acabar” y al día siguiente mi primera decisión fue la de irlo a visitar previa cita concertada con los buenos oficios del providencial pariente quien, en su afán de conocer a una “persona importante” – así me dijo produciéndome algo de rubor en el rostro –, sin quererlo me estaba dando a mí el motivo, en cambio, de reencontrar a un personaje que no solo por los recuerdos, sino por la obra monumental que me apareció ante los ojos expuesta en todo su esplendor justo frente a la puerta de entrada del taller, bien merecía un capítulo en estos cuentos de mi vida.

Fueron efusivos los saludos entre nosotros. No había cambiado mucho su rostro. Tal vez bastante el cuerpo, no solo por los kilitos de más, cosa normal para quienes vamos envejeciendo o ya lo estamos, sino por la estatura que parecía aún más baja de cómo era en los años del recuerdo. De hecho, cuando mi hermano Giovanni – un jovenzuelo bastante flaco pero alto de estatura – y Gennarino iban juntos por las calles del pueblo, los otros amigotes a manera de burla les decían *mazza e pizzillo*, forma dialectal para indicar un palo largo, sutil y redondeado (la *mazza*) y otro semejante mucho más pequeño y puntiagudo en los extremos (el *pizzillo*) utilizados en un juego muy parecido al que en italiano se llama la “*lippa*”⁹.

Mis ojos de inmediato fueron a pararse en una gran estructura en cobre apoyada en dos robustos caballetes de hierro que sin necesidad de explicaciones, para quienes conocen la topografía de Santa Croce, se entendía que representaba el centro histórico encerrado entre las cuatro torres.

Si vale la comparación, aquel paisaje lleno de poesía daba la impresión de un panorama visto desde un dron, de arriba hacia abajo, mostrando cada uno de los vericuetos que de niños recorríamos en nuestros juegos perdiéndonos a menudo como en un laberinto. Solo

⁹ Consiste en golpear ligeramente con el palo más largo sobre una extremidad del más pequeño, y cuando éste se levanta del suelo se vuelve a pegar para tratar de lanzarlo lo más lejos posible. Una especie de *baseball* de los pobres...

el alto campanario de la *Chiesa Madre*, o la construcción algo más pequeña de la *Chiesa Greca* pero que sobresalía del resto de las casas, nos permitía reorientarnos para salir de allí, descubriendo en cada incursión algún detalle que nos dejaba asombrados por su belleza a pesar de la insalubridad de muchas callejuelas, pues eran utilizadas como basureros o para las necesidades fisiológicas de sus habitantes por carecer de servicios sanitarios.

Gennarino, por supuesto, describe en su obra el centro histórico moderno, el que fue rehabilitado en el tiempo con la reconstrucción de las casas, sobre todo a raíz del terremoto de 2002, y el arreglo de las calles otrora de tierra o de piedras informes. Deja, sin embargo, algunos vestigios del pasado. De hecho todo el centro urbano lo encierra entre las cuatro torres, a pesar de que dos de ellas fueran destruidas para dejar paso a construcciones o ampliaciones de viviendas de algunos poderosos del pueblo que se creían con el derecho de sobreponerse a las leyes de conservación.

Impresionante cada uno de los detalles. Centenares de tejas soldadas una al lado de la otra; ventanas tenuemente alumbradas por luces grandes y pequeñas; los portones de las casas reproducidos algunos como son ahora, otros como él se los recordaba; el campanario con su reloj; las chimeneas de los techos – en construcción cuando yo fui a ver la obra –; etc. En fin, un espectáculo del que no te cansas de admirar extasiado por horas enteras.

No era el caso de preguntarle al autor el destino que ansiaba para esa obra. Porque mientras se viva, y lo digo por experiencia, es difícil imaginarse separado de algo que se siente parte de la propia existencia. Sin embargo, quienes crean una obra de arte deben tener la claridad de que no les pertenece a ellos solos, sino que están obligados a compartirla con la humanidad entera. Salvando las distancias, en este caso, valdría decir que esa bella escultura en cobre debería ser por lo menos patrimonio de toda Santa Croce. En tal sentido, mi auspicio es que a los administradores de la municipalidad se les ocurra organizar en algún inmueble público un museo que acoja los

trabajos de los artistas locales, que ya son muchos y que con el tiempo aumentarán, para dejar constancia ante las futuras generaciones de la prolija capacidad de ese pueblo que a partir del siglo pasado ha sido forjador de un sinnúmero de creadores en diversos campos del saber.

¿Es soñar demasiado que esto pueda hacerse realidad algún día?

Capítulo XV

EL RÉGIMEN COMIENZA A TAMBALEARSE

Todo empieza un veintitrés de enero. Día y mes mágicos en la historia de Venezuela pues en 1958, sesenta y un años atrás, otro sátrapa huía en un avión bautizado eufemísticamente con el nombre “la vaca gorda”, cargado de oro sustraído de las arcas del estado. Ahora, en cambio, es solo el inicio de la renovada rabia del pueblo para deshacerse de un personaje oscuro, tozudo, ignorante y sanguinario de nombre Nicolás Maduro conocido en el mundo entero por una hazaña que bien podría merecerse una mención en el libro de los Guinness: la de haber empobrecido hasta la médula a un pueblo entero, a pesar de la descomunal riqueza que se cobija bajo el suelo generoso de su patria.

La historia que en la soledad de mi casa vivo minuto tras minuto para contarla sí con pasión pero sin desviarme de los hechos reales, es la siguiente.

El dos de enero de cada año se renuevan los órganos directivos de la Asamblea Nacional cuya legislatura, de mayoría opositora al gobierno en esta oportunidad, fue declarada en desacato por los “jueces express¹⁰” del Tribunal Supremo de Justicia aduciendo el supuesto delito, jamás demostrado, de haber juramentado a dos diputados indígenas del Estado Amazonas incurridos en la compra de votos¹¹. La responsabilidad de presidir la nueva junta directiva, y por

¹⁰ Así llamados por haber sido seleccionados y nombrados en 2015, en pleno asueto navideño, una semana antes de asumir sus cargos los nuevos diputados de la oposición que habían obtenido la mayoría calificada en las elecciones de ese año. La anterior Asamblea estaba compuesta de solos chavistas por la no participación de los partidos democráticos en la contienda electoral.

¹¹ En virtud del “desacato” las fuerzas chavistas minoritarias abandonaron el Parlamento y varios de ellos se propusieron candidatos para una irrisoria Asamblea Nacional Constituyente, convocada por el complaciente CNE (Consejo Nacional Electoral) una vez más sin la participación

ende la Asamblea misma, recae en el joven político Juan Guaidó, perteneciente al partido Voluntad Popular cuyos dirigentes principales, encabezados por su fundador Leopoldo López, languidecen en las cárceles del país o fueron desterrados por la dictadura bajo cualquier pretexto. La jugada maestra del flamante presidente en ese acto de juramentación fue declarar a Nicolás Maduro un mandatario “usurpador” por haber adelantado unilateralmente de varios meses los comicios presidenciales, concurriendo él solo a las urnas sin la participación de las fuerzas democráticas.

Un tsunami se produce en la conciencia colectiva algo amodorrada por la desesperación de haber buscado en vano, durante veinte años, todas las maneras para deshacerse de la autocracia que inicia con Chávez y que termina en tiranía con Maduro. Como un resorte que se tensa y se suelta para ser empujado con fuerza hacia lo más lejos, así mismo empiezan a desatarse las pasiones despertando las ganas de retomar la lucha para la reconquista de la libertad y de la patria. Ciertamente, había cosas que procedían latentes en el ánimo de todos. Tal vez la esperanza de que algún efecto produciría en el tiempo el trabajo de hormiguitas de decenas de dirigentes en el exilio con la tarea de irle contando al mundo las penurias de Venezuela causadas por un grupúsculo de malhechores más pendientes de sus robos millonarios que del sufrimiento del pueblo. Ciertamente, no había que gastar mucho aliento para demostrar la triste realidad que estábamos viviendo. Elocuente era, en primer lugar, el éxodo de millones de jóvenes que huían por las fronteras de Colombia y Brasil, por las aguas del Caribe o por las más turbulentas del océano en busca de oportunidades. Y luego las escenas macabras de niños y ancianos raquíticos por desnutrición o por falta de medicamentos que engrosaban como fuego salvaje las estadísticas de fallecidos, mostrados en toda su crudeza hasta en los rincones más recónditos del planeta gra-

de los partidos democráticos, la cual pretendió sustituirse a la Asamblea legítimamente electa en el 2015 por más de 14.000 votos.

cias a los medios de comunicación alternativos como Twitter, Facebook, Instagram, Youtube y otros, que al instante vuelan por las ondas hertzianas y se postean en tiempos reales en los telefonitos digitales ya al alcance de toda la humanidad.

Gracias a esto, pues, la acostumbrada convocatoria del veintitrés de enero para celebrar la caída de Marcos Pérez Jiménez, se convierte en una apoteósica manifestación de apoyo al neo electo presidente de la Asamblea Nacional quien, aprovechando la presencia ruidosa y entusiasta de una multitud nunca antes vista en una concentración, improvisa un cabildo abierto para preguntar si, considerando el vacío de poder causado por un jefe de estado usurpador, apoyaba su investidura como presidente interino de la República, tal como lo reza el artículo 233 de la Constitución de 1999.

La respuesta unánime que tronó como una bomba de alto poder que se expande con un estruendo parecido al de un avión de combate que supera la barrera del sonido volando a baja altura fue: ¡¡SÍIIII!!

Y qué orgullo poder escribir ahora que aquel fatídico monosílabo también salió de los labios de mis hijas Marilú y Mikaela quienes estaban allí, a pocos pasos de la tarima de los oradores, ondeando el tricolor de la patria. Ellas también hicieron coro con aquel grito de pueblo enloquecido de felicidad que significaría para la historia el comienzo de un nueva era, seguramente muy promisoro para Venezuela.

Frenéticos siguen los acontecimientos en los días siguientes. Muchos países reconocen al nuevo presidente interino de Venezuela y éste, fuerte del apoyo internacional, nombra embajadores y autoridades, solicita ayuda humanitaria para atender los casos de enfermedades y desnutrición más urgentes, pero sobre todo convoca a una nueva manifestación para el Día de la Juventud que en Venezuela se celebra el doce de febrero, en homenaje a la gesta patriótica de un grupo de estudiantes dirigidos por José Félix Ribas en la llamada Batalla de La Victoria en 1814 en la cual fueron derrotadas las fuerzas realistas de España al mando del general Francisco Tomás Morales.

Si la marcha del veintitrés de enero fue apoteósica, ésta supera las expectativas más optimistas. Todo se desarrolla en santa paz no solo en Caracas sino en las principales ciudades de Venezuela. La Guardia Nacional y la policía mantienen una discreta actuación de vigilancia pero sin reprimir a los manifestantes como invariablemente había sucedido en los meses y oportunidades anteriores. Una buena señal. Los militares, cómplices de Maduro y sus únicos sostenedores, daban la impresión de querer bajar la guardia. La prueba de fuego, sin embargo, sería el veintitrés de febrero, el día pautado para la entrada de la ayuda internacional por la frontera de Colombia. Maduro y su gobierno de facto se negaban a dejar pasar el convoy colocando obstáculos y apostando a franco tiradores en sitios estratégicos de la carretera que une San Antonio del Táchira a Cúcuta, desde donde tenían que salir los camiones escoltados por miles de voluntarios que una semana antes en presencia del mismo Guaidó habían jurado cumplir con el cometido a costo de jugarse la vida.

Ese día la ciudad de Caracas parecía un desierto. Las calles estaban solas pues sus habitantes se quedaron encerrados en las casas en espera de los acontecimientos. Miles de jóvenes, en cambio, habían salido rumbo a la frontera animados también, tal vez, por el concierto de famosos artistas latinoamericanos que el día anterior se exhibirían en solidaridad con el pueblo democrático de Venezuela. Los canales de televisión, como de costumbre, callan. La censura es total. Por suerte, en estos tiempos es suficiente un telefonito inteligente para burlar las artimañas de los déspotas. Eso nos permitió, a nosotros y al mundo, asistir a las escenas más bárbaras que un ser humano puede imaginarse. Cuando los camiones repletos de alimentos y medicinas para los más necesitados – ya identificados en una lista previamente preparada por los mismos voluntarios en los centros públicos de salud o simplemente por requerimiento de los familiares en sus hogares – comienzan a moverse por el puente que une a los dos países, un piquete de guardias nacionales impide el paso. Nada que

hacer. No hay manera de avanzar. Las órdenes de un general que comanda a los guardias son perentorias y, a pesar de que a muchos de aquellos militares se les aguan los ojos sin poderlo esconder por las lágrimas que bañan sus mejillas, conscientes tal vez de que sus mismos familiares en dificultad hubiesen podido beneficiarse de esa ayuda, no les queda más remedio que lanzar algunos lacrimógenos ante la avanzada cada vez más decidida de los manifestantes.

Empieza así la batalla campal. Piedras contra gases pimientas, perdigones y balas. Con el trágico saldo, como siempre, de muertos y heridos a quienes algún día deberemos rendir homenaje levantando para ellos un monumento a los caídos por la libertad. Pero no solo eso. A uno de los esbirros se le ocurre lanzar algo inflamable contra el primer camión de la caravana y allí mismo el fuego comienza a crujir ante los ojos atónitos de aquellos muchachos encapuchados, o protegidos con paños enchumbados de vinagre y carbonato de sodio que les permitían soportar los efectos de los gases. Ellos mismos, sin embargo, en una ulterior demostración de valentía, desafiando el humo intenso y el calor ya de por sí insoportable del lugar, logran salvar varios bultos que lanzan del puente hacia el terraplén donde otros muchachos apostados los recogían para devolverlos al sitio de acopio en los galpones de Cúcuta.

La misión no tiene éxito, pues, pero el mundo entero queda estupefacto por aquella demostración de barbarie. Con el agravante de que, como se demostraría en los días siguientes, por la pasividad de los militares que comenzaban muchos de ellos a desertar, el usurpador y su ministra de prisiones, una tal Iris Varela – tan fea como la bruja de Bell y más cruel que la Ranavalona de Madagascar – abren los calabozos y lanzan al ruedo a peligrosos delincuentes prometiéndoles la libertad si en el rol de mercenarios se enfrentaran a las masas.

Mientras tanto, en una rocambolesca travesía desde Caracas, Juan Guaidó, a pesar de tener prohibición de salida del país, llega a Colombia justo pocos minutos antes de que se alistaran los preparativos para pasar la ayuda humanitaria. Es recibido por el presidente

Iván Duque con los honores de Jefe de Estado e invitado el día siguiente a participar en la reunión del Grupo de Lima¹², donde se analizaría la situación de Venezuela y las medidas a tomar para forzar la salida de la dictadura. La gota que derrama el vaso, pues. El usurpador y sus secuaces no logran disimular la rabia y dan señales, no obstante las artimañas que el G2 cubano no se cansa de inventar, de que el régimen comienza a tambalearse.

Un empujoncito más y le diremos adiós a casi veinte años de historia ignominiosa. Una historia que ha marcado mi existencia hasta el punto de trastornarme los últimos tiempos de vida. Que habían sido programados, más bien, para el sosiego y la infinita alegría de vivir frente al mar con el deseo de disfrutar sus colores, seguir el vuelo de los pelícanos imaginándome uno más de ellos en formación para aterrizar en el horizonte lejano y misterioso en el cual cielo y agua se fusionan en un armonioso abanico de luz y de colores. Lugar donde aspiro a transcurrir la eternidad porque allí, estoy seguro, Dios dispuso concentrar toda la belleza del paraíso.

¹² El Grupo de Lima, es una instancia multilateral que se estableció tras la denominada Declaración de Lima, el 8 de agosto de 2017 en la capital homónima, donde se reunieron representantes de 14 países con el objetivo de dar seguimiento y buscar una salida pacífica a la crisis en Venezuela.

Capítulo XVI

HOY FUI A LA UNIVERSIDAD

Yo sueño mucho durante la noche pero a pesar de ello es raro que logre recordar en detalles las tramas a veces absurdas que se van tejiendo en una pantalla en blanco y negro. Pero eso sí, el despertar siempre es sosegado, sin sobresaltos, sin pesadillas, señal de que vive en paz el alma y así se refleja en el espejo del subconsciente.

Hace días soñé, sin ningún indicio previo de por qué y cómo, que iba en solitario recorriendo espacios todos conocidos de mi amada universidad, mi segunda casa, la misma que según el poeta – y es verdad – “vence las sombras”. El paisaje, sin embargo, esta vez era en colores pues en el cielo azul despejado de todo indicio de nubes pasajeras brillaba el sol como la llama de una fogata inmensa alimentada de pequeñas brozas y hojas secas. El silencio total que allí campeaba, pues no se apreciaba persona alguna ni a mi diestra ni a mi siniestra ni en ninguna parte, solo era turbado por chillidos de aves de diferentes especies, cada una en su frenética faena: o volando en busca del insecto incauto para el almuerzo de los polluelos, o peleándose los machos la hembra pretenciosa ensanchando sus pechos para el mejor gorjeo, o graznando las guacharacas en una insólita carrera de un árbol a otro, o mirando como simples espectadoras desde la cima de un lindo araguaney una escuadra de taciturnas guacamayas solo pendientes del cacareo y de las acrobáticas piruetas de sus colegas.

Los prados verdes mojados de rocío por el reflejo de los rayos mañaneros de ese mismo sol radiante, daban la sensación en la lejanía de estar cubiertos por millones de pequeñas perlas todas iguales alternando con florecillas blancas, amarillas y rojas de la misma altura. A cada paso un seto, y en cada seto plantas de distintas formas que iban de gruesas hojas de un verde más que intenso a diminutos tallos

parecidos a espárragos amarillentos apenas perceptibles entre la hierba magistralmente cultivada. En fin, la belleza entera del trópico abigarrado, a cada paso, a cada mirada de cerca, o hasta donde el ojo distraído alcanzara a ver tanta lujuria.

En verdad, esas imágenes ni tan nuevas me resultaban. Así eran, tal cual, cuando aún casi jovenzuelo, en aquel lejano 1973, ingreso como docente a mi universidad querida. Y así continuaron por muchos años más, que yo recuerde. Desde el balcón del aula, donde siempre llegaba minutos antes de iniciar la clase en el tercer piso, me entretenía mirando el paisaje que desde aquella altura alcanzaba un radio suficientemente grande como para admirar no solo los jardines cuidados con esmero, sino las obras de arte que con ellos formaban un armonioso museo al aire libre. Bellas esculturas en bronce como *El pastor de las nubes*, o el *Monumento a los caídos de la generación del '28*, o *Amphion* del gran Henri Lurens, para decir solo algunas. Y luego los Murales hermosos que desde la Plaza del Rectorado se extendían por los pasillos que llevaban al Aula Magna. Oh, mi Universidad. En el sueño ni un detalle faltó de su lindura, de su precioso caudal de obras de arte, de sus magníficos espacios desde donde se esparcían perfumes de flores pero también de tinta fresca de las imprentas que premiaban siempre, sin discriminación alguna, los estudios serios de profesores y alumnos. Por todo esto, además, la UNESCO la declaró patrimonio de la humanidad en aquellos años dorados, emergidos ahora del recuerdo onírico.

Apenas abro los ojos en la mañana, muy temprano como es mi costumbre, a diferencia de otros sueños que o no se recuerdan o no me dicen nada, éste me intriga porque me aparece en la mente con una nitidez insólita y en todos sus detalles. ¿Qué querrá significar? Confieso que no he leído a Freud ni tampoco a otros psicoanalistas que han escrito sobre interpretación de sueños. No me interesa el tema. Sin embargo, ahora, algo me incita con insistente ruido en la conciencia a averiguar en el campo, a dar un paseo por la casa de estudios. Tenía tiempo sin ir, tal vez como presagio de la terrible

realidad que hoy 8 de abril de 2019 voy a contar, recorriéndola de principio a fin acompañado de mi esposa.

En la entrada principal de Plaza Venezuela la primera impresión ya es patente. Un solo vigilante somnoliento sin uniforme, de barba larga desaliñada y zapatos rotos está sentado en una silla destartada de la caseta sin cuidado de averiguar quién entra y quién sale. ¡Dios, qué terrible! ¿Qué hemos hecho de tan ruinoso para merecernos semejante calamidad? Pero ello es solo el preámbulo, apenas un puntico negro en comparación con la oscuridad total, con el drama que nos espera. Se me ocurre girar la cabeza a la derecha, hacia el Jardín Botánico, y observo con dolor que nada queda de la otrora hermosura cuando plantas y flores no solo de nuestro trópico sino de América entera solían ser objeto de admiración del hombre de la calle que iba a disfrutarlo en familia los de fines de semana, y del investigador botánico que llegaba de cualquier parte del mundo atraído por aquella inmensa variedad protegida con esmero. Ahora, en cambio, un inmenso matorral de hierba seca a manera de cerca alrededor de todo el recinto, casi oculta la visión hacia adentro. Es una suerte que así sea, pues evita un mayor desasosiego para quienes en algún momento disfrutamos aquellos jardines en medio de los cuales en otros tiempos – cuando éramos felices y no lo sabíamos – se han rodado además centenares de documentales para promocionar en el mundo la belleza natural de Venezuela.

Pocos metros más adelante ya cerca de la atractiva plaza del Rectorado – donde antaño la algarabía era continua también porque en la esquina derecha frente al reloj está ubicada la Federación de Centro de Estudiantes – el silencio reina como en una iglesia vacía de feligreses.

El silencio. La primera analogía con el sueño, pienso. Yo solo en medio de un paisaje vivido con intensidad por casi la mitad de mi existencia pero en una dimensión distinta, ahora. No es la paz que infundía la naturaleza invariablemente hermosa, sino la soledad em-

brutecida por un ambiente degradado hecho añicos por perversos hijos de putas que, con el corazón malvado y enfermo, decidieron por “principio” acabar con la única isla pensante que quedaba en el océano de cobardes resignados, o de oportunistas sin escrúpulos. Que a pesar de todo, sin embargo, a pesar de los maltratos continuados y cada vez más rudos, ha hecho lo imposible para no doblegarse del todo a la barbarie. Herida casi de muerte – y este es el dolor más penetrante – por miserables que en algún momento fueron cobijados en sus aulas sin prejuicios, con el mismo amor, como es justo que sea en la casa de la sabiduría donde todos los pensamientos, hasta los más nefastos que haya experimentado el hombre, tengan cabida.

No es distinto el paisaje avanzando algo en las cercanías del Hospital Universitario. Los estacionamientos otrora abarrotados de carros están vacíos. También están desaparecidos los vendedores ambulantes que se colocaban frente a la puerta principal para ofrecer a los familiares cualquier mercancía necesaria para sus queridos enfermos. Y lo más grave, esa edificación que fue orgullo sanitario en el país, ahora se muestra ante mis ojos como un gigante bueno derrotado, cabizbajo, lloroso por la impotencia de no poder reaccionar con la patada certera en el trasero a los directores médicos complacientes con el régimen maléfico, por ende cómplices de su destrucción.

Llegamos a la Facultad caminando por los pasillos cubiertos con techos a forma de semicírculo en donde decenas de librerías, en los tiempos de esplendor, vendían a precios accesibles cualquier novedad que llegaba del mundo entero. ¿Dónde estarán metidos? – me pregunto. Siguen allí en sus puestos unos que otros pesados estantes, probablemente vacíos de materiales, que en las mañanas temprano se abrían al público exhibiendo su preciosa mercancía. Recuerdo a José, al joven Pancho, a la peruana que también vendía mis libros. ¿Dónde estarán? ¿A quiénes preguntarle? No hay alma viva en los alrededores, ni un solo pasante solitario, tampoco el cafetín en frente está activo para saber de alguien qué habrá sido de sus vidas.

Pobre Universidad de mi alma. Te han reducido a escombros, a fantasmas que deambulan sin meta cubiertos de sábanas blancas y con una vela encendida en la mano, como en las películas de terror. Ya nada florece en tus jardines. No se oye el canto de los pájaros porque han emigrado a lugares donde abundan los insectos por la frescura de la hierba. Ha desaparecido el ruidoso y alegre vaivén de muchachos que en nuestras aulas venían a forjar su futuro radiante. Ellos también emigraron, como los pájaros, en desbandada.

Se fueron todos, o casi. Pero volverán cuando Santos Luzardo concluya su búsqueda por la sabana tupida y traiga agarrada del cabello con una soga al cuello a la doña Bárbara malvada y resentida. Dicen, quienes siguen los pasos del hombre civilizador, que está cerca su cometido. Cuando suceda, reconstruiremos. No será difícil. Allí está el Aula Magna que no pudieron destruir esperándonos para la bienvenida colectiva, allí la Biblioteca para recomenzar con la investigación interrumpida, más atrás las Facultades para dar la bienvenida a los futuros dirigentes de la patria. Y allí estaremos todos acompañando el coro del Orfeón completo entonando el Himno de Pastori y Calatrava: *Campesino que estás en la tierra, / marinero que estás en el mar, / miliciano que vas a la guerra / con un canto infinito de paz...* Paz para siempre, brillo de sol incandescente, hermosura sin fin, alegre algarabía. El mismo cuadro que me quedó grabado del sueño y que pronto quiero ir a ver de nuevo restaurado, enmarcado con miles de detalles adicionales.

Digámoslo de una vez y con voz clara, solo con una Universidad de libre pensamiento, acogedora en sus espacios y con un personal motivado y satisfecho podremos aspirar a un futuro brillante para esta patria obligada a retroceder, en esta triste doble década, por un vendedor de humo y sus acólitos, quienes, por su vergüenza, nunca serán olvidados. Pasarán todos a la historia como abyectos traidores, y con ellos se escribirá el libro negro de la ignominia.

CAPÍTULO XVII

“BELVEDERE” PIETRO MASTRANGELO

A menudo me vence la nostalgia. El recuerdo del pueblo natal, mis afectos que allí quedan aún, los amigos de infancia que nunca se olvidan. Y su arte, sus hombres ilustres del presente y del pasado a quienes he contribuido con mis obras a valorizar librándolos de las tinieblas. A grandes y pequeños. A Raffaele Capriglione y Pietro Mastrangelo, pero también a Italo d’Onofrio y Francesco Cocco. Claro, cuando digo arte me refiero al género que cultivo. Soy lingüista y por lo tanto mis intereses se orientan hacia el dialecto que fue de nuestros padres y que comienza a desvanecerse como el humo del cigarrillo cuando el viento de otoño lo disipa por el aire en un instante. Los personajes indicados se encargaron de transmitirlo por escrito para concederme luego a mí el privilegio de rescatarlo y preservarlo antes de que desaparezca, como ya ha sucedido con muchos idiolectos en otras dimensiones. No menosprecio, por supuesto, a aquéllos que también dejaron huellas en otras habilidades: en la pintura, en la escultura, en la artesanía... Pero de ellos se encargarán los expertos para enaltecer sus virtudes.

Este preámbulo me da pie para narrar una nueva experiencia relacionada con los hombres de mi Santa Croce querida, con el solo propósito de hacer ver que a veces es suficiente una chispa para prender en los corazones la sensibilidad siempre latente, la cual sin embargo a menudo necesita estímulos que la despierten y la empujen hacia realizaciones concretas.

Un día, comenzando el año 2018, en horas muy tempranas, como es mi costumbre, al despertarme y comenzar mi soliloquio silencioso abrazado a la almohada de la cama bien rellena de plumas de palomas – como a mí me gusta – no sé por qué me brinca ante los ojos aún cerrados el paisaje que desde el “Belvedere” de Santa Croce

se extiende hasta las aguas azules del mar si el día soleado no es velado por la casi eterna bruma, si no es la neblina, que reduce la vista a la distancia. Se me aparecen entonces las colinas con sus campos cultivados salpicados de árboles frutales que siguen haciendo su curso sin una mano generosa e interesada que los cuide, el valle manchado en casi toda su extensión de múltiples punticos amarillos y negros que son los girasoles que allí abundan, y las casitas sembradas acá y allá de pueblitos aledaños, morada ahora casi solo de fantasmas por la huida de la gente hacia mejores destinos dentro y fuera del país. Es ese paisaje reciente, el de hace apenas unos años, que ahora salta misterioso a la mente sin que ninguna relación con un sueño previo lo haya justificado.

Contrasta, sin embargo, con el otro de antaño, el de los recuerdos de la infancia, que por suerte no está borrado, y que nunca más se borrará, gracias a los cuadros del “pintor del pueblo”, de Pietro Mastrangelo, cuya memoria quedará por siempre en el recuerdo eterno de las futuras generaciones. En ellos está pintada la realidad en su máximo grado, nada es inventado. Las escenas bucólicas pasan de un fotograma a otro como en una secuencia de hermosas postales en las que sobresale una luz brillante parecida a fajos de rayos que desde el cielo se abren en abanico hasta alumbrar de manera amplia a sujetos u objetos que se quieren resaltar como los protagonistas de la obra. Que a final de cuenta son siempre los mismos: campos de trigo que se parecen a mares infinitos que solo cambian el azul de las aguas por el amarillo de las espigas; huertas donde el verde predominante de los vegetales se mezcla también con el rojo de los tomates o de los rábanos perfumados, y el anaranjado de la planta enana de la mandarina o de las calabazas cacahuets. En el centro, allí sí, infaltablemente, el hombre: el campesino empeñado en sus múltiples faenas. Encorvado una vez hacia la tierra endurecida con su azada en la mano para remover los surcos que por el sol la lluvia y la helada retardan el parto de la semilla lista para brotar como un bebé a la vida. O empuñando la hoz en la postura de cortar las espigas ya maduras

para la trilla como se hacía en el pasado. O sentado en una mesa rústica de tronco cortado para consumir su humilde pero abundante desayuno preparado por la mujer, que en lo específico es siempre e invariablemente el rostro amado de la madre de los hijos del Artista hacedor. O acompañado del mulo, o del asno, o del buey, fieles compañeros en las faenas del día. Y en el fondo un juego de colores con los cuales se representan en cada uno de sus detalles el horizonte en la lejanía que se hace caricias amorosas con el cielo, y en los alrededores bosques y riachuelos y pájaros en vuelo, o que esperan pacientes desde las ramas al insecto escondido que intuyendo el peligro se queda temeroso entre los matorrales.

Recuerdo, de niño, que “*zizì* Pietro”, como le decíamos, se colocaba con su caballete y la paleta de colores justo en ese sitio del Casale, y de allí pintaba la naturaleza como le aparecía a la vista. En el medio colocaba las escenas descritas que conocía de memoria pues con sus padres campesinos las había experimentado mil veces en el campo.

El Casale de ahora ya no es aquél desde donde el pintor llenaba su alma de poesía. El espacio en el cual se desarrollaba la vida económica del pueblo es solo un recuerdo. No se hacen las ferias animales de agosto, ni tampoco en invierno los pedazos de hielo cubiertos de paja se almacenan en huecos especiales para utilizarlos durante el verano soleado y caliente. Ya los niños no improvisan en el área espaciosa el campo para sus juegos. Ahora todo está sembrado de casas, grandes y pequeñas, y de uno que otro servicio público como el ambulatorio y la estación de autobuses. Por suerte, alguien tuvo el buen sentido de preservar una esquinita de aquel amplio terraplén para proponer allí un jardín cercado a un extremo de barandas protectoras para imitar los miradores de las grandes ciudades situadas en las colinas. Ese mismo que me apareció inopinadamente la madrugada de aquel día que ahora me lleva a estas reflexiones. Y a escribir para mis nietos una página más de la historia sosegada pero intensa de mi vida.

Aquel “Belvedere” sin nombre, me dije cuando las diapositivas terminaron de desfilar, se le debería dedicar al *zizi* Pietro de mis recuerdos pues desde allí cualquiera podría imaginarse, según su ángulo de visión, un marco dentro del cual quedó atrapada el alma de un hombre que amó los paisaje y a la gente con todas sus fuerzas, y que los retrató en sus mágicos momentos de infinita soledad, pero siempre con la esperanza en el corazón de que la luz del sol, tarde o temprano, saldría como todos los días no solo para alumbrar la tierra bendita propiciadora de vida, sino también para aliviar las penurias de aquel pueblo heredadas por múltiples generaciones resignadas a vivir su rutina entre colinas boscosas y aisladas.

Muy bien, allí la idea. Pero, ¿cómo concretarla? Se sabe que estas son decisiones que solo puede tomar el Consejo de administración local a través de un decreto que oficialice la petición. Por más que alcalde y asesores fuesen amigos y conocidos que ya en otras oportunidades habían manifestado simpatía hacia mi persona, era importante sensibilizar al mayor número de personas para que la presión tuviese un éxito seguro.

Se me ocurre entonces recurrir a las redes sociales también porque en Facebook, sobre todo, la mayoría de mis seguidores residen en Santa Croce o son originarios del pueblo. Lanzo un escueto mensaje en italiano que traducido al español reza más o menos así: *“Estimados amigos de Santa Croce di Magliano, ¿quieren ayudarme a promover la petición hacia las autoridades locales para titular el “Belvedere” a Pietro Mastrangelo? Significaría un digno reconocimiento a un artista y a un poeta dialectal que ha honrado no solo con su arte sino también con su ejemplo de vida a nuestro amada ciudadela”*.

Las respuestas, numerosas, no se dejaron esperar y la más importante tenía un peso específico pues era de Nicolangelo Licursi, Concejal de cultura en la Administración local quien se comprometía personalmente a hacer realidad la propuesta.

Mantuvo la palabra. El 19 de mayo de 2019 se inaugura el “*Belvedere Pietro Mastrangelo*” con una manifestación que reúne a muchos ciudadanos, e incluso participan personalidades que llegan de afuera. Una de las cuales sorprende a los presentes declamando inclusive un par de poemas en dialecto del homenajeado. Porque sí. Además de pintor Mastrangelo también fue poeta. De hecho, ya en el lejano 2005, junto con mi querido sobrino Pasquale Licursi, poeta él también de estilo incisivo y de buenas reflexiones sobre los trajines de la vida, habíamos publicado un volumen con sus obras que hasta aquel entonces seguían durmiendo el sueño de los justos en una serie de cuadernitos de doble raya que los escolares de antaño utilizaban para sus tareas. Interesantes líricas en dialecto que el poeta-escritor me había hecho llegar por correo en fotocopias, cuyos temas y protagonistas tenían relaciones con las vicisitudes del pueblo a partir de la segunda mitad de 1900. Temas y personajes que me eran familiares, y por lo tanto fáciles de interpretar en todas sus facetas.

Creíamos que el material que se nos había confiado constituía la totalidad de la producción literaria de Pietro Mastrangelo, pues sabíamos que a partir del siglo nuevo un mareo insistente que los médicos no lograban interpretar para la cura lo había alejado de toda actividad artística. Sin embargo, ese día de la inauguración del “Belvedere” mi amigo Paolo Mastrangelo, promotor con Gaetano Di Stefano de varias actividades relacionadas con la cultura local, se entera de que Francesco Cocco, nuestro compañero de clases en la primaria – él también con veleidades poéticas que en los últimos años había mantenido con *zizí* Pietro una estrecha relación de amistad – tal vez para preservar el rico material del Artista ya bastante discapacitado, se había llevado a su casa los 22 cuadernos manuscritos y una gran cantidad de bocetos. Lo malo fue no haber considerado un detalle fundamental: el de informar a los hijos de Mastrangelo sus buenos propósitos. En efecto, ellos pensaban que el material estaba bajo mi custodia por el trabajo que había realizado y Carolina, la hija mayor, en una oportunidad me manifestó el deseo de querer guardar para sus

hijos algunos papeles originales del padre. Me creyó que yo no los tenía...

Por suerte Ciccillo – con este nombre es conocido el personaje – no intentó excusas para entregar el fajo de manuscritos, con la garantía de que serían custodiados en la Sala de la Biblioteca Comunal dedicada al pintor-poeta como patrimonio de todo el pueblo de Santa Croce di Magliano.

Paolo y Gaetano aprovecharon para digitalizar los materiales y me enviaron una copia. Cerca de 90 piezas entre poesías en dialecto, poesías en italiano y canciones resultaron inéditas. Precioso material que me permitirá, esta vez con la colaboración de Paolo, llevar a cabo el segundo volumen de las obras literarias de Pietro Mastangelo. Será mi ulterior esfuerzo, a pesar de la distancia, de preservar para las futuras generaciones otra linda página de literatura cuyo contenido se relaciona con la historia menuda de nuestro pueblo natal que abarca cerca de 50 años, hasta terminar el siglo pasado.

En fin. Me siento orgulloso de haber podido ofrecer mi humilde aporte para que el nombre de este gran personaje que conocí, respeté con veneración, y amé como padre y hermano, quede esculpido por siempre en la placa de mármol del “Belvedere” de Santa Croce di Magliano.

CAPÍTULO XVIII

EL RELOJ DE ORO

Sucedió un día, comenzando la segunda mitad del mes de junio de 1957, pocas semanas después de que mis hermanos y yo llegáramos a Venezuela.

La Calle Real de La Vega en Caracas, donde vivíamos, era de un hermoso estilo colonial, con casitas pegadas unas a las otras, de frentes pequeños, pero con pasillos no techados larguísimos de cinco habitaciones o más en cada lado, y casi todas con áreas verdes o terreno baldío al final. Si dichas casas eran destinadas al comercio, el espacio del local variaba en longitud según las necesidades y se separaba del resto del pasillo con ladrillos ligeros empapelados garantizando así en las trastiendas depósitos gigantescos de mercancías.

Exactamente esta característica tenía el almacén de Peppino Leopoldo.

Peppino era uno más del centenar de jóvenes “*santacrocesi*” que a partir de 1950, dejándose atrás los afectos pero sobre todo las penurias de la postguerra que señoreaban en el pueblo y más allá, con espíritu de aventura y mucho coraje emprendió la fuga inevitable hacia Venezuela. Al igual que la mayoría de sus paisanos, él también llega al famoso barrio La Vega donde mi padre, absoluto pionero, los recibía en su casa en la cual, a pesar de estar instaladas las fábricas de arepas y de pasta, había todavía espacio suficiente para acogerlos a todos, demostrándoles afecto y solidaridad. Algunos de ellos que no tenían un oficio artesanal sino que en el pueblo trabajaban en el campo o de braceros, se quedaban en las fábricas pues “Castelli”, como todos lo llamaban, era generoso y les garantizaba salarios adecuados para vivir holgadamente, además de permitirles suficientes

ahorros con los cuales socorrer a las familias famélicas allá en el terruño. Los más intrépidos, aun sin oficio pero con espíritu emprendedor, no tardaban en independizarse haciendo buen uso del préstamo que Giuseppe a nadie le negaba. Peppino Leopoldo, para el orgullo de él y de su familia, fue uno de los beneficiarios que supo aprovechar del buen momento que vivía esta hermosa segunda patria generosa.

A unos cuantos metros de nuestra casa, el joven alquila un inmueble con las dimensiones descritas, pues eran todos iguales, y abre una tienda anunciándola con un inmenso letrero luminoso que decía simplemente PEPPINO, sin especificar el tipo de mercancía que allí se despachaba. Tal vez lo hizo con la intención de no limitarse con los productos que al comienzo de la actividad exhibía para la venta. De hecho, en un primer momento parecía una juguetería, pero con el tiempo aparecieron muchísimos otros objetos que iban desde libros, cuadernos y artículos escolares hasta quincallería variada nacional e internacional. Nada faltaba. “Necesito un juego de agujas” – pedía el sastre. “Aquí está el estuche – contestaba él. Escoge tú si las quieres largas, capoteras, para zurcir, con puntas de bola o de cualquier otro tipo”. Si era el barbero, el resultado no variaba. Allí conseguía a precios accesibles tijeras, navajas, cepillos, peinetas y cuantas otras cosas se le ocurrían para satisfacer los cortes de sus clientes. En fin, un almacén que en tiempos relativamente breves se convirtió en una atracción no solo para los vecinos del barrio sino inclusive para los exigentes habitantes de la elegante y alledaña urbanización El Paraíso donde residía la crema de la oligarquía caraqueña.

En vista de que al local no le faltaba espacio, a medida que aumentaba la clientela Peppino iba colocando más productos como tapetes, jarras de porcelana, joyería de fantasía y todo tipo de artículos de cuero que árabes, turcos y chinos comenzaban a importar de sus países de procedencia. Sin embargo, un día se le ocurrió lo más insólito. Incluir en el almacén la venta de bellos vestidos para damas, de cortes italianos, rompiendo así la tradición de que ese género no

podía despacharse sino en las sastrerías y boutiques que comenzaban a prosperar en los incipientes centros comerciales de la capital. El éxito de Peppino no era solo por el buen gusto de los productos que vendía, sino por su simpatía y buenos modales, sobre todo con las damas, a quienes les dedicaba tiempo y consejos en la selección del artículo. A todas, feas y bonitas, ricas y menos ricas, las recibía con palabras de halago como “cariño”, “mi amor”, “mi tesoro”, etc. besándoles las manos por reverencia como se veía en las películas que representaban escenas de damas y caballeros en los tiempos imperiales. Esta actitud, aunada al hecho de que el personaje vivía solo en un apartamento de los recién construido bloques de Los Paraparos teniendo por compañía apenas un inmenso y hermoso perro pastor alemán, no le ahorraba de parte de sus paisanos y clientes, injustamente, sospechas de marica que nunca nadie pudo comprobar.

Mi padre Giuseppe lo quería mucho, por persona educada que era y por su espíritu emprendedor que se parecía mucho al suyo, tal vez con la diferencia de que éste era más cuidadoso con el dinero, ahorrando todo lo que podía. La única pregunta legítima que todos se hacían era para qué y por quién, pues a todas luces se intuía que no tenía ninguna intención de formar familia. Pero bueno, la vida es así. ¡Cada quien con su música!

Casi todos los días, terminadas las faenas en las fábricas, Giuseppe lo visitaba en el negocio y Peppino, a sabiendas de que el paisano tenía manos flojas le ofrecía a menudo cualquier novedad, que él se llevaba a la casa a pesar de estar consciente de no necesitar, soportando además los reproches de María que ya no sabía dónde colocar tantos perolitos. Lo más increíble sucedió una tarde cuando el cielo comenzaba a oscurecerse y poco a poco iba reduciéndose el flujo de clientes que cada día aumentaba como las hormiguitas cuando son atraídas por un trocito de manjar caído en algún rincón. Yo estaba presente. Peppino lo invita a pasar a la trastienda y le muestra un reloj MULCO de oro macizo, que brillaba como cuando a un objeto cualquiera en medio de la más absoluta oscuridad se le

apunta el foco de una pequeña linterna de batería. Era de una belleza excepcional ya solo dentro de su estuche de piel de cocodrilo cuidadosamente recubierto en lo interno de una fina seda blanca que contenía la inscripción en el medio, también dorada, de la marca prestigiosa.

A mi padre le temblaban las manos cuando Peppino con la atención debida sacó aquella joya del estuche para que la tocara y pudiese verla en todo su esplendor. También comenzó a temblarle el cuerpo de la cabeza a los pies cuando se enteró del precio... ¡No, no estaba a su alcance! Pero el comerciante comenzó a jugar como el gato cuando aturde al ratón antes de matarlo. “No te preocupes por eso – le dijo – me puedes pagar en dos o tres cuotas. Total, tengo el compromiso con el concesionario de cancelarle cuando reciba el dinero completo del eventual comprador. ¡Llévatelo! Tú sabes mejor que nadie que esa es una inversión. Con el oro nunca se pierde”.

Luego de larga reflexión, pasándose de una mano a otra dos, tres y cuatro veces aquella preciosa alhaja, se la lleva. En una bolsita de regalo común y corriente para no llamar la atención durante el breve recorrido del negocio hasta la casa. Me conminó a mí, repetidamente, a no comentar nada con María, pues él se encargaría de hacerlo en un momento oportuno. No más llegar la guardó en una pequeña caja fuerte empotrada en la pared de la sala, detrás de un cuadro que representaba “La última cena”, y unos días después fue a depositarla en un box de seguridad del banco donde también custodiaba documentos importantes de las fábricas y una que otra joyita, recuerdo de familia.

Si la memoria no me engaña, un par de veces lo he visto lucir en la muñeca su hermoso reloj. En ambos casos fue durante sus asiduos viajes a Italia a partir de los años '80 cuando, garantizada su existencia por los alquileres de las dos casas que al final constituían el único ahorro logrado de sus múltiples actividades comerciales, decidió con María alternar sus estadías entre el pueblito natal y Venezuela, ya su patria verdadera y definitiva donde habría que sepultar

sus huesos. Lo llevaba puesto solo en el trecho entre los dos aeropuertos porque para nada le caracterizaba el exhibicionismo. Decía él que lo sacaba de su estuche cada cierto tiempo para que el cuñado relojero, el siempre recordado “zio” Paolo, fuera el único en meterle mano para el mantenimiento de rigor. Por seguridad pues, y por la confianza en la pericia del pariente artesano.

Un día del mes de marzo de 1991, sintiendo que el peso de la enfermedad, la diabetes que no perdona, se hacía cada vez más intenso y que las fuerzas comenzaban a abandonarlo tanto que ni siquiera el encuentro con los amigos en el café acostumbrado de Las Fuentes parecía prioritario en su rutina diaria, Giuseppe aprovechando mi visita en su casa inició una improvisada confesión como si yo fuera el sacerdote que no tenía que levantarse del confesionario hasta tanto no terminara de decirlo todo. Y narró muchas cosas, algunas por mí conocidas, otras que en cambio yo escuchaba por primera vez. Un cuento largo que finalmente, ampliado en algunos detalles por los recuerdos lúcidos de mi hermana, me inspiró la novela de su vida.

En ese cuento que el escritor, años más tarde, quiso embellecer apelando a alguna licencia para tratar de convertirlo en algo más que la crónica escueta de una vida, no se hizo mención, involuntariamente, al episodio del reloj de oro. Un episodio importante, sin embargo que, como se verá, significaba transmitir un deseo de obligatorio cumplimiento moral.

Al final de aquella conversación amigable entre padre e hijo que por primera vez había sido tan prolongada y emotiva, Giuseppe saca del bolsillo el reloj, sin el estuche de piel de cocodrilo que yo recordaba, y me dice:

“Siento que las fuerzas comienzan a mermar en este cuerpo mío que supo soportar múltiples batallas. Me queda apenas el aliento, ahora, para darle un último adiós a la vida que nunca me ha negado el derecho de vivirla intensamente. He amado el sol más que las nubes cargadas de tempestades que en los otoños del pueblo natal me

entristecían hasta producirme una total modorra. Por eso preferí el trópico donde nunca termina de brotar el último capullo. Feliz, entonces, que por siempre este cascarón mío descansa bajo una tierra negra refrescada por el rocío que la mantiene constantemente fecunda y exuberante. Antes de partir me faltaba narrarte un detalle. ¿Recuerdas cómo me temblaba el cuerpo cuando Peppino me colocó en las manos esta joya preciosa que me sacaba los ojos? Tú estabas allí. Yo era consciente de que aquel capricho no podía estar al alcance de un inmigrante que comenzaba el despegue hacia un destino mejor. Sin embargo, en ese instante, tuve una visión en el vacío de mi ensimismamiento. Vi entre neblina un rostro desconocido que me invitaba a hacer la locura no para exhibirla ni mucho menos para fanfarronear con ella, sino para que simbolizara un preciado amuleto que pasando de mano en mano entre futuras generaciones, recordara a la estirpe cómo salimos de la miseria aguda con el trabajo tesonero y el sudor que seguirá brotando de las frentes honestas. Un símbolo y más nada. Por eso, nunca me viste llevar ese reloj en la muñeca. Por eso, ahora lo pongo en tus manos para que comenzando contigo, un varón de la familia siga haciendo lo mismo hasta que se pueda. Se le dirá que por ser un símbolo, en lo posible, ni se muestre ni se venda. Se le dirá, además, que este relevo tendrá lugar cuando el que lo posea decida entregárselo al descendiente con el mismo argumento que yo acabo de darte a ti”.

Esto me dijo al tiempo que me lo entregaba. Me lo llevé a la casa y de aquel rincón del armario, conservado con celo en una cajita de metal azulada junto con otras cosas, nunca más vio la luz en casi treinta años.

Ha llegado el momento para que se lo traspase a José Miguel. Pero, ¿cómo? Pero, ¿cuándo?”. No se me ocurrió hacerlo la noche de la despedida cuando partía él solo, primero, al otro lado del mundo, donde abundan los fríos bosques y los montes de perenne hielo refugio de águilas reales, de ciervos rojos y urogallos. Tal vez porque el subconsciente pensó que en el aeropuerto podía ser víctima de una

requisa – como en efecto lo fue – por los guardias malandros que no salvan a nadie, especialmente si se trata de jóvenes que abandonan el país, para apropiarse de dinero o de cualquier prenda que se les antoje bajo amenaza de sembrarles hierbas en las maletas para cortarles las alas.

Tendré que esperar tiempos mejores. Las finanzas, por ahora, no dan para un viaje tan largo. Y si la mala suerte, que no es solo mía sino de la Nación entera secuestrada por mafiosos criminales, persistirá en querernos negar el reencuentro, pues que valga este escrito como un testimonio para que no haya dudas sobre el destino del reloj de oro, y qué uso habrá que dársele hasta que los avatares del paso del tiempo borren el apellido.

CAPÍTULO XIX

COMO LOS PÁJAROS, ¡NO!

Recuerdo que en una ocasión discutiendo con alguien acerca de los valores de la familia éste, aun admitiendo su importancia como elementos del tejido social, insistía en que la responsabilidad de un padre hacia sus hijos termina en el momento en que ellos sean capaces por sí solos de proveer a su sustento. En fin – dijo – las relaciones padres-hijos son como la enseñanza de los pájaros: cuando los polluelos están listos para emprender el vuelo cada quien corre con la responsabilidad de capturar al insecto con el que alimentarse. Además – continuó con la metáfora comparativa – solo cuando demuestren ser muy expertos en ese menester aprenderán también el arte de enamorar a sus parejas con un canto lindo, al tiempo que en forma de abanico irán ensanchando sus plumas de múltiples colores en señal de hacerles entender a sus pretendidas que ya se pueden construir los nidos más bonitos donde ellas se quedarán pacientes, el tiempo que haga falta, para encubar los huevitos fruto del amor.

En un primer momento, lo confieso, me dejó pensativo pues aquella filosofía barata de la vida parecía tener algo de lógica. Sin embargo, allí mismo, vuelvo a ver en el espejo del tiempo imágenes imborrables del pasado cuando mis padres, los domingos, buscaban con orgullo a nuestros hijitos para compartir con ellos en los parques infantiles momentos de esparcimiento, viciándolos a no más poder como es normal que hagan los abuelos con sus nietos. Así las cosas, ¿cómo comparar entonces a los pájaros que abandonan a sus crías apenas descubren la magia del vuelo, con los hombres que en cambio, hasta la muerte, quieren sentir el calor de la sangre que de venas en venas se transmite a través de infinitas generaciones? Definitivamente, pues, el hombre no puede parecerse a los pájaros. En mi caso además, y creo que en muchos otros, sería una contradicción con lo

vivido a través de mis ancestros, y con los ejemplos que yo mismo he impuesto para que la descendencia los tomara cuales modelos de una tradición, no solo de familia sino de una cultura milenaria que no puede detenerse a pesar de los tiempos que para mi gusto evolucionan solo hacia la mediocridad ya que el falso bienestar no hace ni más sabio ni más feliz al hombre. ¿Que se curan enfermedades otrora sin remedio? ¿Que acortamos las distancias y nos informamos de cualquier cosa en tiempos reales? ¿Que ya volamos por el espacio en busca de otros mundos? Sí. Pero, ¿de qué vale? El lindo planeta heredado ya es un basurero y pronto se volverá desierto como la Luna, como Marte, y en su desastre, al igual que un huracán arrollador, se llevará por delante las obras maravillosas que durante muchos siglos el hombre ha realizado solo con su ingenio.

Dejando de lado, sin embargo, las elucubraciones teóricas que no me corresponden, y regresando al mundo de los nostálgicos, que es el que me pertenece por ser más cónsono con mi índole de narrador de experiencias vividas, ¿cómo poder olvidar aquel domingo cuando, superado el duelo de mi padre fallecido pocos días antes, acomodados alrededor de la mesa para el consueto almuerzo familiar, yo tomo su puesto de patriarca que aún ocupó? Ni una palabra para justificarlo. Solo lágrimas fugaces que se aparecieron en los ojos rojizos de grandes y pequeños que habían entendido el significado de aquel rito, conscientes de que el más anciano lo continuaría al tocarle su turno.

Se me ocurre – como ejemplo de que el hombre no es, no puede ser, como el pájaro que abandona a sus hijos o a sus nietos ni por un instante sino que sigue viviendo en función de ellos para darles amor cada vez mayor – se me ocurre, decía, recordar una vez más a mi abuelita Anna en mis años mozos cuando con ella yo vivía para terminar mis estudios en Italia. En las vacaciones de verano o en las del frío invierno de las fiestas navideñas, ni una sola vez, a cualquier hora de la madrugada, me fue posible sorprenderla ni siquiera adormecida a pesar del duro trabajo al que era sometida el día entero. Siempre vigilante de que el nieto llegara a casa sin problemas. Siempre atenta

a cualquier movimiento para satisfacerle los caprichos que el abusador no le ahorraba. ¿Acaso ese ejemplo de afecto incondicional no queda grabado en algún rincón de la conciencia? ¡Por supuesto que sí! Y si queda grabado, ¿no es normal que cuando le llegue el turno a uno, de padre o abuelo, piense en hacer lo mismo para resarcir, aunque sea por el remordimiento, su ración de atenciones recibidas? Yo lo hice, en efecto. Muchas noches he pasado esperando con los codos pegados en la baranda del balcón que los hijos adolescentes se aparecieran en la entrada de la casa “sanos y salvos” luego de transcurrir las legítimas veladas con sus amigos. Solo que al contrario de la abuela, yo me regresaba a la cama fingiendo un aterrador ronquido de sueño profundo que sin embargo sabían, los muchachos, que no era real del todo...

No ha terminado con ellos, ya adultos y a su vez madres y padre responsables, la angustia de saber si a primera hora de la madrugada todo está normal en sus casas: si los nietos todavía duermen tranquilos o si ya están activados para comenzar el día en sus faenas de estudiantes. Porque ahora el tormento es doble: no solo por el normal acecho al que cualquiera puede estar sometido en estas sociedades permisivas, de acá y del mundo, sino por la inseguridad en nuestras calles, que dejaron de ser bienes de los seres decentes. Ya no lo son. En esta amada Venezuela en particular, destruida en lo físico y en lo moral por una secta de déspotas con o sin botas de campaña, señorea ahora todavía la delincuencia en sus múltiples facetas: la de la calle que secuestra y asalta dirigida desde las cárceles por temidos pranes que actúan con rostros descubiertos pues saben que la impunidad los ampara. Y la otra más sofisticada uniformada de verde oliva con fusiles que apuntan amenazantes, distribuida en formas de alcabalas dizque para proteger la paz del ciudadano. Que no es así. Todos saben que no es así. Se aprovechan de cualquier descuido para justificar infracciones que luego se chantajean por dinero o por cualquier otro bien que el conductor lleve en su vehículo. ¡Que nadie se atreva a no pactar con el “guardián del orden público”! Las consecuencias

podrían ser las de ver la cabeza de un esbirro, enfilada en su casco de metal, que husmea dentro de la cabina y que de repente, como el mago del circo que hace aparecer palomas de un pañuelo, muestre en la mano, como un trofeo irrefutable, alguna bolsita de hierba prohibida que se convierte en la “prueba” que inculpa al incauto conductor, casi siempre un jovenzuelo desprevenido que al final pagará doble su atrevimiento de haber querido escaparse del chantaje injusto.

Varias veces les he repetido a mis hijos que estén unidos en las buenas y en las malas. Todos por uno, uno por todos. Que enseñen a los suyos a quererse entre primos, a ser amigos. A defenderse juntos de los acechos que nunca faltarán a lo largo del sendero de la vida. Las pequeñas diferencias, si afloran, no podrán dirimirse con el silencio, esperando que el otro intuya el motivo del malestar que se carga en el alma. Hablar, comunicarse. Allí está la clave. Que nunca ninguno de ellos llegue a repetir la experiencia que me tocó vivir a mí con un hermano a quien el destino quiso llevarse al cielo prematuramente. Una incomprensión por elucubraciones tuyas – porque en realidad solo de eso se trataba – después de la desaparición física de nuestros padres, nos mantuvo alejados un par de años, sin saber nada el uno del otro. Estaba seguro, sin embargo, que como en sus venas fluía la misma sangre que regaba las mías se esperaba que yo tomara la iniciativa del reencuentro que él, aun ansiándolo, no se sentía capaz de emprender el primer paso. Finalmente yo lo doy, y por suerte de ambos justo a tiempo. Un domingo de mayo próximo al ocaso de aquel funesto año 2004, me presento en su casa sin previo aviso. Nos abrazamos. Lloramos con las cabezas apoyadas uno en el hombro del otro. Callamos para no despertar con inútiles alusiones a los fantasmas causantes de la discordia. Compartimos en su jardín florecido y muy bien cuidado la mejor tarde de nuestra vida. Pero, ¡ay malhaya, qué terrible es el destino! Justo cuando comenzamos a hacer proyectos para recuperar el tiempo perdido, hete la noticia nefasta, la muerte fulminante por un infarto que nadie se esperaba. Du-

rante el recorrido en el auto con mi yerno médico, quien me acompañaba para levantar el acta de defunción, un solo pensamiento recurrente comenzó a taladrarme el cerebro como un insistente martillo neumático que desmenuza la roca: qué trauma si me hubiese tocado verlo después de tanto tiempo tendido inerte en el ataúd sin la alegría de aquel abrazo que significaba el silencioso perdón recíproco por tan torpe comportamiento de ambos. Sí, de ambos. Porque el mismo escenario pudo haber sido con el otro protagonista, y el remordimiento habría permanecido igual en el corazón del sobreviviente hasta tanto el último suspiro acabase con sufrimientos, con dolores, con las cosas hermosas vividas y con los recuerdos: la muerte que lo borra todo, que todo se lleva en su mochila.

El lector, si ha tenido el atrevimiento de ojear la primera parte de estos cuentos, habrá notado que aquí siguen apareciendo los recuerdos que de alguna manera han significado pasos significativos del recorrido de mi existencia. Sin embargo, por tratarse del ahora, casi del final, no faltarán algunas reflexiones de lo que heredé de mis ancestros y que quisiera continuaran, hasta donde sea posible, con la descendencia. Un pequeño testamento, pues, pero no de bienes materiales – que aunque poquitos ya distribuí cuando fue menester hacerlo para ayudar a que cada uno de mis hijos despegara el vuelo hacia sus realizaciones que por mi suerte, y la de ellos, siempre fueron legítimas – sino de deseos que al igual que los gruesos ceros blancos y lisos como troncos de álamos que alumbran día y noche los altares de las iglesias, uno quisiera que nunca se apagaran.

Ello me motivó a dedicar este capítulo a la familia, a esa cosa hermosa que cultivé como flores hermosas de un jardín cuidado con esmero para que sus aromas, y sus pétalos de colores, queden esparcidos por siempre por el aire y en la tierra, para que narices y ojos de los pasantes ocasionales se deleiten y puedan aplacar, por instantes, las angustias y las iras que como mortales al fin, todos cargamos permanentemente en nuestros cerebros muy a menudo nublados de malos pensamientos.

Por eso, en respuesta a aquel conocido, que a lo mejor seguirá por siempre convencido de que los hombres debemos ser como los pájaros y que por lo tanto no se vale tener escrúpulos en abandonar a sus proles cuando sean capaces de tomar el vuelo, yo contesto con pasión que en mi casa ¡no! No quiero, me rehúso, me niego en calidad de padre, de abuelo, a que mi familia sea como los pájaros a pesar de que me alegran el alma si los veo cantar libres al aire abierto. Quiero una familia unida, compacta, generosa y que el patriarca, o la matriarca – según el caso – sigan transmitiendo por los siglos de los siglos los mismos valores que yo he aprendido y que, espero, les haya sabido transmitir a ellos con mi ejemplo que no ha tenido otro norte, ni otro interés, sino el del respeto y del amor por mis semejantes.

CAPÍTULO XX

SE MURIÓ CORRADO

Una terrible pesadilla me hacía revolcar en la cama aquella noche de casi inicio de la primavera del nefasto año 2020. Imágenes dantescas se alternaban una tras otra sin que en el mismo sueño yo lograra entender aquella trama enredada de brazos tendidos hacia el cielo que trataban de atrapar algo en el vacío. Eran rostros esqueléticos con bocas abiertas y ojos llorosos que revelaban una tristeza insólita. O infinitos aullidos de perros invisibles que coreaban con el chirrido de las ramas trajeadas de hojas frescas que se mecían con fuerza como cuando se anuncia una tormenta de viento y de lluvia torrencial. Y luego una luna llena inmensa pero opaca, sin el amarillo estridente de lo común, en cuya superficie se dibujaban imágenes de seres de otros mundos con cabezas exageradamente grandes pero de cuerpos minúsculos sin ojos, ni bocas, ni narices. Solo dos orejas puntiagudas como radares que parecían guiar movimientos sin sentido, de un lado para otro, como cuando se busca con afán algo entre la arena de un desierto. Que al fin parecen conseguir, pues todos ellos de repente se reúnen en círculo alrededor de un objeto color negro que a medida que emergía del polvo sin aparente ayuda de nadie que lo empujara desde abajo, iba tomando forma de un piano de cola como aquél infaltable en el palco de una gran orquesta, reservado a un solista virtuoso. Y como por arte de magia, desde el alma de aquel instrumento, comienza a salir una melodía de tanta belleza que se expande por la inmensidad del paisaje sobreponiéndose a los ruidos de la tormenta incipiente de agua y viento. Más bien, ante que ser afeada por las ráfagas intermitentes del ventarrón, aquella música predominante parecía armonizarse con el fuerte murmullo de las ramas y con los gruñidos persistentes de los perros.

Al despertarme, dos cosas me llaman la atención. Una, que por vez primera logro recordar un sueño en sus detalles. Y la otra, que el piano me era conocido, por la marca, por la forma y por el tamaño. Era el mismísimo que en el inmenso salón de Monte Sacro destacaba en la tarima como la estrella más reluciente del firmamento en una noche serena caraqueña. Era el consentido entre todos los instrumentos, y entre todas las cosas que adornaban aquel espacio donde solo se respiraba cultura. Era el tesoro máspreciado por una simple razón: porque estaba vedado a cualquiera apoyar sus dedos en aquel teclado blanco y negro siempre impecable, pues era de exclusivo uso de su dueño, del irrepetible Maestro Corrado Galzio.

¿Presagio de algo?

Yo que en mi vida siempre he aborrecido de los prejuicios, y mucho más si son consecuencias de la mitología popular creados por inconfesables intereses laicos o religiosos con el fin de enajenar las mentes más débiles, en esta ocasión me asalta un sentido de angustia que no me deja en paz, que se manifiesta en el estómago en forma de torbellino y que se expande hasta desvanecer para luego comenzar de nuevo. Era como cuando sentado en las riberas de un río te diviertes a lanzar piedritas al agua y desde el punto de impacto se van formando círculos concéntricos que a medida que se alejan, cada vez más grandes, desaparecen de la vista. Y que luego automáticamente vuelves a lanzarlas, sin un motivo real, sino simplemente porque aquel espectáculo inocuo te sirve para alimentar tu ensimismamiento.

Yo había hablado con Corrado la última vez un día domingo 3 de noviembre del año anterior para felicitarlo por su cumpleaños de un siglo, que no es cosa consuea en este mundo. Estaba en Roma donde, cuando regresaba a Italia, compartía un apartamento de su propiedad con Senta, la compañera fiel de muchísimos años. Sus hijos no habían podido asimilar a pesar del tiempo transcurrido que el padre separado de la madre por incomprensiones que nunca a nadie

revelara, hiciese vida conjunta con esta dama brillante de origen alemán, amante de la música, que lo acudió con gran amor por muchísimos años. Por eso, en los meses de agosto, él regresaba solo a su amada Sicilia para hacerse cargo del famoso festival de Noto del que fue fundador y director artístico hasta los últimos instantes de su vida. Y en donde también seguía viviendo la esposa legítima, tan longeva como él. Sentha se quedaba en Roma o aprovechaba para viajar por Europa para reencontrarse con parientes y amigos.

Aquel día me di cuenta de que algo comenzaba a fallar en la memoria del Maestro. Me hablaba como suele hacerse con un desconocido cuando no hay argumentos de qué tratar, con respuestas entrecortadas de apenas monosílabos. Cuestión rara conmigo, pues también en la distancia hacíamos conversaciones de horas, contándonos desde las cosas más triviales hasta noticias de uno y de otro que rayaban las intimidades. Jovial siempre, invariablemente generoso y caballeroso con mi familia, y con Elba en particular, a quien quería con el afecto de un padre, en esa ocasión de su cumpleaños, ni una palabra para ella. Ni una referencia, ni un saludo fugaz para otros amigos de la Universidad que con nosotros compartían ratos hermosos con él.

Algo anda mal, me dije con tristeza.

Así pasan los días, los meses, sin noticias de él, solo con la certeza y la alegría en el corazón de saberlo vivo pues de otra manera los medios y las redes habrían propagado la novedad funesta como un eco que rebota de boca en boca por el mundo entero. Porque él era un artista del mundo. De Moscú a Pekín, de Buenos Aires a Budapest, de Londres a Melville, de Caracas a Viena, en todas partes su *Cuarteto* había cautivado a los amantes de la buena música de cámara. Por supuesto, en lo personal, aun consciente de que hombres como él ya tenían conquistada la eternidad en el presente, mi afecto por el personaje no me obcecaba hasta el punto de hacerme perder la noción del tiempo de la vida, la cual indica que es imposible evadir

el futuro finito para el cuerpo. De manera que, dado incluso el extremo de su segmento existencial, en cualquier momento habría que esperar lo inevitable, la caída en el vacío desde el bátraco que por suerte para los electos es como un impulso para un vuelo más veloz hacia el infinito desconocido.

Sucedió el 20 de abril, a pocos meses de haberse iniciado, para él, una segunda centuria.

La noticia, como dije, aun dejándome colmado de dolor, no me estremeció ni tampoco me sacó lágrimas del corazón porque nadie puede oponerse a los designios de la vida y de la muerte con el agregado, en su caso, de la edad avanzada. Estaba consciente de que se había elevado al cielo, y que desde allí seguiría deleitándose acompañando con su piano los coros celestiales. Motivo más que suficiente para la resignación. Claro, era el egoísmo el que se resistía en admitirlo. Además de las tertulias que me dejaban fascinado por las infinitas anécdotas sobre su vida fantástica, habría tenido que renunciar de allí en adelante a los conciertos para mí sólo cuando en puntillas de pies, desapercibido, me colaba entre las sillas desordenadas de la amplia sala de Monte Sacro para robarme las delicias de sus ejercicios mañaneros.

Me limitaré ahora, Amigo, a escuchar las grabaciones que me regalaste en concierto con tu *Cuarteto* y en dúo con Ughi o con Accardo o con Ganz. Y cada vez que Bach o Chopin o Katchaturian llenen de armonía mis oídos predispuestos a la belleza me acordaré de ti, y de lo mucho que he disfrutado de tu compañía.

Vuela alto, y hasta siempre pues. Hasta que el destino nos haga reencontrar.

CAPÍTULO XXI

MALDITA PANDEMIA

Cuando comencé a estudiar la vida y las obras de Raffaele Capri-gliione – el que me alimentó la nostalgia por mi lengua madre, la que nunca se olvida a pesar de que los avatares de la vida me obligaron a utilizar en lo cotidiano otra allende el mar, hermosa y dulce como las melodías de ruisñores en un concierto – la conmoción que me estremeció fue un cuento de la hija del Poeta relacionado con el comienzo de su decadencia física cuando iba transitando por la mitad del camino de la gloria. Una señora huesuda de capucha negra – me contaba Anna – le arranca de los brazos a Lucia, la esposa amada, y emprende con ella un vuelo imperceptible, envuelto en la neblina, hasta un más allá lleno de misterios. Él, desarmado, nada puede para librarla de aquellos artos delgados pero recios como la tenaza. La señora huesuda no solo la rapta a ella, sino que reaparece una y tantas veces sembrando de muertos el pueblo. La desesperación, entonces, lo estremece, lo ofusca hasta adormecerle el cuerpo y el alma. La *españolola* le había vencido la batalla al médico de Santa Croce pero de igual manera, si eso hubiese podido ser un consuelo, se la había ganado a muchos otros, en Italia y fuera, a pesar de contar ellos con mejores corazas de defensa. Era el 1918. Tres años más tarde su vida también se truncará por el dolor que nunca llegó a mermarse en su corazón entristecido. En un día soleado – terminó diciendo Anna – sentado en el balcón de su casa contemplando las campiñas que en el horizonte formaban un tapiz de flores rojas, verdes, blancas y amarillas agacha la cabeza sobre el pecho y muere, sin un singulto, sin un quejido, como cuando una hoja seca se desprende de la rama y cae al suelo perdiéndose en silencio hasta donde la lleve el viento. Estaba cumpliendo apenas 47 años de edad.

Imposible imaginarse que a un siglo de distancia yo iba a ser testigo de un fenómeno parecido. Cambió de nombre el monstruo. *Coronavirus*, le dijeron. Por la figura de diadema, tal vez, que mostraba en el microscopio. Por eso en mi fantasía era a todas luces el símbolo de una alteza real encabronada contra súbditos inocentes que no entendían el porqué de tanto ensañamiento, de tanta furia, igual de devastadora, o más aún, de aquella del antaño. De hecho, si no hubiese sido por los avances de la medicina que en cien años han sido avasalladores, hoy el espectáculo sería macabro, peor que el de la peste eternizada en los lienzos espantosos de artistas del pasado.

Todo comienza en China, en esa tierra misteriosa donde suceden cosas extravagantes. Se dijo en este caso, que el virus había sido introducido por murciélagos que esa gente extraña adquiere en los mercados públicos como si fueran, junto con otros animales exóticos o domésticos, e insectos de las más variadas gamas, finos manjares. ¡Vaya gustos! – dirían quienes como yo prefieren los platillos sin sorpresas de la dieta mediterránea. Tal vez por esto jamás me ha pasado por la mente visitar esos lares a pesar de estar consciente de su milenaria cultura que en algunas cosas le ha dado al mundo lecciones de fiereza. Las majestuosas murallas son tan solo un ejemplo.

Al principio la gente común, viendo en los televisores aquellas imágenes atroces por la calles de Wuhan, parecía convencida de que los muertos iban a ser de ellos solo, y de más nadie. Se conmovían sí, frente a las escenas crueles de personas que como moscas quedaban tendidas en cualquier esquina de calle, de la misma manera que sucede cuando en un día soleado se rocía insecticida en abundancia en los rincones donde ellas proliferan. Pero hasta allí. Olvidado el asunto, o sustituido por otros de las crónicas diarias siempre muy ricas de acontecimientos fatales, aquellas secuencias visuales a la distancia comenzaron a esfumarse de sus preocupaciones. En pocos días, sin embargo, la realidad demostraría cuán equivocada estaba.

Los países de tránsito masivo, como los europeos, tuvieron que pagar de hecho los primeros platos rotos. No tenían idea de cómo

enfrentar al enemigo implacable que no respetaba a nadie, ni a ricos ni a pobres. Que golpeaba a todos por igual cuando pillaba a sus víctimas desprevenidas en la calle o en la misma casa. Privilegiando, esto sí, a los ancianos más indefensos.

Se me ocurre decir mientras esto escribo, utilizando una metáfora con alguna pretensión literaria, que el Coronavirus, al igual que el macho obcecado, el jeque árabe que en el harem preña a cuantas mujeres quiere porque lo ampara la ley, también parece disfrutar sin límites – ni control, ni pena que pagar – de sus eyaculaciones. Con la diferencia de que por cada orgasmo en vez de un arábigo siembra tres monstruos que se reproducen en otros tres cada uno, y estos a su vez de la misma manera en una cadena sin fin. O mejor, hasta que se logre parar el ciclo. Hasta que se llegue a esterilizar con hierro incandescente las testosteronas de sus cojones insaciables.

Comienza pues una lucha a muerte entre científicos en los laboratorios del mundo, con médicos y enfermeros alistados en las trincheras. Estos serán los verdaderos soldados heroicos que pagarán con la vida la fidelidad al juramento hipocrático. Caerán muchos, de hecho, expirando sin protestas sobre los mismos cuerpos ya inermes de sus pacientes.

La gente observa en los medios y llora. Pensando en su suerte, pero también por la impotencia de no poder hacer nada para expresar la solidaridad sincera. Hasta que un día, en un barrio poblado de Bér-gamo – allá en Italia – aprovechando el silencio del miedo paralizador, a un músico improvisado desde el balcón de la casa se le ocurre entonar con su saxofón desafinado el himno de Mameli. En el santiamén del tiempo, vale decir en pocas décimas de segundo, aquel canto glorioso saca de sus letargos a todo el mundo, y los une a un coro de voces disparatadas que parecía el de una orquesta prestigiosa dirigida por un Maestro en boga.

Se repitieron estas manifestaciones en muchas partes, también con músicos de verdad y en otros países, convirtiéndose en el homenaje espontáneo a las víctimas del Corona, y a la vez en un grito de esperanza para resistir, para no sucumbir.

Mientras tanto, seguía la batalla, en vivo y en directo, presenciada por el mundo entero. En aquellas naciones, más allá de China, donde igual se había desatado irresistible la pandemia no cesan los intentos por frenar la muerte. Todos las noches un parte de guerra. Los gobiernos anuncian con tristeza el número de contagios, la cantidad de fallecidos pero de repente un día, ¡ay alegría! también comienzan a contabilizarse los primeros guerreros a quienes se les iban saturando las llagas para volver a la vida. Cada día eran más. Y tenía que ser cierto, porque desaparecieron de los noticieros las filas interminables de camiones que cargaban cadáveres hasta los cementerios. Ellos solos. Sin el séquito de deudos que pudiesen descargar en llanto el desconsuelo. Sólo un sacerdote que en las puertas de los hospitales rociaba de agua bendita cada féretro que salía envuelto en una bandera.

Nosotros en Venezuela parecíamos simples espectadores de tantas desgracias. Era el mes de marzo de 2020. Así, sin explicaciones lógicas sino por simples intuiciones irracionales que se vuelven convicción colectiva, algo nos hacía suponer que estábamos predeterminados a no padecer el mal desatado con furia contra chinos y europeos porque nosotros ya habíamos sido víctimas, y seguíamos siéndolo, de muchas calamidades durante los veinte años o más de indolencia chavista. Sin embargo, duró poco el optimismo. De repente, cambian los escenarios de muerte. Van disminuyendo más allá del océano y se trasladan a Perú, Ecuador, Brasil, Colombia, pero sobre todo a Estados Unidos. Muy cerca, pues, de nuestras casas. Por eso se dispara la alarma.

El régimen se alborota porque sabe que sus pocas estructuras sanitarias destartaladas de nada servirían para enfrentar un eventual brote de la epidemia. Se adelanta, así, a los acontecimientos y decreta

un *lockdown* inmediato sin aviso previo ni estrategias para paliar las consecuencias de los comercios cerrados y de los miles de despidos inevitables. Por algunos días funciona. Los focos de contagios quedan contenidos por la escasa o nula actividad en los aeropuertos, como también en las fronteras las cuales desde hacía tiempo permanecían cerradas por disputas políticas con los países vecinos. Sin embargo, a una ola impresionante de prófugos, desamparados en los lugares de acogida por estar indocumentados, no le queda más alternativa que el retorno atreviéndose a hacerlo por los caminos verdes sin control, sorteando los acechos. Traen el virus encubado en sus cuerpos, obviamente, y así desde el Zulia, Apure, Táchira y Bolívar comienza a expandirse como una mancha de aceite que fluye inagotable por todo el territorio.

Por suerte, para la vista, se nos ahorran las escenas de la tragedia. Medios de comunicación independientes tenían vedado la difusión de las noticias, y mucho más de los videos, so pena de cárceles para infractores. La información se reducía a un escueto comunicado, en las noches avanzadas, de algún jerarca del gobierno dando cuenta del número de contagios y fallecidos. Que nadie tomaba en serio. Que nadie se creía. Pero bueno, para qué insistir siempre en lo mismo. Las dictaduras son así, son asquerosas, son mentirosas, son hijas de putas que juegan con la gente como los gatos con los ratones antes de arrancarles el pescuezo.

Con el pasar de los días se sentía cada vez más cerca al maligno por los amigos o conocidos cercanos que se marchaban sin ser parte de las estadísticas, pues los familiares preferían mantenerlos escondidos en sus casas o reclusos en las clínicas privadas a pesar de los altos costos que ello significaba.

Aumenta así la angustia, en el caso mío. Por las hijas y los yernos cuyas profesiones los obligaban a moverse en zonas de contagios, y por la muerte repentina del cuñado Humberto de quien nunca nos pudimos enterar a ciencias ciertas si fue el infarto el causante del desenlace o si lo venció el Corona. Lo cierto es que expiró

en Amay a día y medio de ingresar, y cuentan los médicos tratantes, y las enfermeras a su lado en los últimos instantes, que se apagó sereno como el pajarito que termina de piar escondido entre las hojas del araguaney en flores, y de repente cae al suelo tapizado de pétalos con las alitas recogidas al cuerpo. La tristeza, luego, se acentúa porque ningún familiar pudo verlo. Sin funerales, colocado en una lona de aquellas con cierre desde los pies hasta la cabeza, como en la guerra cuando se recogen los abatidos en el campo de batalla, es llevado al crematorio por desconocidos para convertirse en menos de una hora en una cajita con cenizas que nunca nadie sabrá si realmente eran las suyas. Nadie.

Mientras tanto, Elba y yo seguíamos encerrados en la casa. Era una orden perentoria de los hijos y no se podía discutir. El ciclo de la vida, se sabe, es una elipse que reconduce al principio cuando está próximo a juntarse con la curva del recorrido final, que es el vuelo eterno a quién sabe cuáles dimensiones. En ese punto, el padre anciano se vuelve el niño, y el que era niño se convierte en padre. Y por la ley de la vida, el niño de turno siempre debe obedecerle al padre.

Este encarcelamiento necesario, sin embargo, a mí no me ha pesado. Me ha dado tiempo suficiente sin pretexto, sin distracciones, para seguir escribiendo las últimas cosas que aún me faltan.

No me asusta la muerte, lo he dicho muchas veces. Claro, tampoco la invoco. La espero silencioso y preparado para cuando quiera visitarme. No puede asustarse quien tiene la conciencia limpia como el aire de la selva donde se lanza al vacío el salto Ángel. No puede temerla quien ha transcurrido su vida sin odios, sin resentimientos, sin la obsesión por la riqueza, con el amor por el prójimo en el alma, con la pureza del pensamiento enfocado solo hacia las cosas lícitas.

Apenas un deseo me tortura la mente, y mucho quisiera que se hiciese realidad. Mi último viaje entre primavera y verano del año nuevo para saludar a parientes y amigos en mi Santa Croce querida, y luego volar hasta Escocia, un mes más, para volver a abrazar a mi

hijo, a mi nuera y a mis nietitos del alma que son una costilla rejuvenecida de mi vieja carcasa.

¡Ojalá su majestad Coronavirus me conceda la gracia!

CAPÍTULO XXII

50 AÑOS... SE DICE FÁCIL

Diciembre de 2020, año que quedará grabado en la memoria, como queda grabado un acontecimiento especial en la vida de cualquier ser. Es el recuento de un largo viaje realizado en el tiempo que si se pudiera representar en una imagen, habría que compararlo a una cuerda más o menos gruesa que se tensa y se encoge sin la posibilidad de vaticinar si durante el recorrido por el sendero generalmente sembrado de piedras y espinas logre soportar hasta el final, para no sucumbir, el peso y la concentración de la pareja de equilibristas. Para decirlo de una vez a la manera de García Márquez en sus cuentos, y así ahorrarle al lector la molestia de llegar hasta el final si no le agrada el tema o la trama, adelanto que dicha pareja logró alcanzar felizmente el cabo extremo de la extensa cuerda, hasta posar los pies en un terreno seguro que, al contrario del que hubo que recorrer, resultó tapizado de fina grama y de hermosas flores perfumadas.

Hoy, de hecho, se cumplen los 50 años desde aquel lejano 14 de diciembre de 1970 cuando sorteando la nieve abundante que caía sin cesar por la sinuosa carretera que de Santa Croce llevaba a la capilla de “*Santa Maria della Strada*” en las inmediaciones de Matrice – pueblito diezmado en los años ’50 y ’60 por las migraciones necesarias de su población laboriosa sin futuro encarcelada en un pequeño valle entre colinas verdes y hermosas, pero avaras de frutos para su desarrollo – Elba y yo fuimos a coronar el sueño de nuestro amor.

Nunca se sabe, y ni siquiera es posible de imaginar, hacia dónde decide conducirte el destino para hacer realidad tus deseos. Tal vez en mi caso podía ser fácil presagiar una huida voluntaria del pueblo natal – o de Italia si no se quieren limitar los espacios – porque más allá del océano mis seres queridos ya habían alcanzado una estable posición económica y en la mesa sólo quedaba una silla vacía, con espacio suficiente para otra adicional. Pero para Elba no era lo

mismo. Ella en cambio dejaba una silla vacía en su casa del pueblo. En fin, fue su decisión aventurarse por los meandros desconocidos de un nuevo mundo donde, viéndolo a la distancia, por suerte consiguió realizar muchas de sus aspiraciones que tal vez se hubiesen visto esfumadas en aquel mundillo donde ya estaba comenzando a mover sus primeros pasos laborales.

Venezuela en los años '70 era un país próspero que recibía con los brazos abiertos a quienes llegaban para integrarse a sus ansias de desarrollo. Por eso, bastaron pocas semanas para que ambos, ávidos de independizarnos y de crear nuestro nido, entráramos en el mercado del trabajo que en verdad no era nada competitivo. Había espacio para todos y límites hasta donde cada quien decidía trazar sus horizontes. Los nuestros eran ambiciosos. No por el dinero que enriquece de cosas materiales sino por buscar triunfos en el campo de nuestras profesiones. Así que no nos dejamos vencer por los espejismos del facilismo, conscientes de que solo paso a paso se podía llegar lejos. Más lejos de quienes sin medir las fuerzas corren veloces los primeros metros pero que luego el cansancio en las piernas los deja inexorablemente exhaustos por la mitad del recorrido.

Al terminar el período navideño, gracias a los contactos de mi padre fui contratado en el departamento internacional de un banco. En aquella época las negociaciones entre importadores y exportadores por intermediación bancaria se hacían utilizando máquinas transmisoras de mensajes y por lo tanto el manejo oral y escrito de los idiomas era fundamental. Mucho más el italiano, pues sobre todo de la Península llegaban en abundancia los principales productos alimenticios, por cierto requeridos y hechos conocer por aquella masiva inmigración italiana que se iba consolidando en la tierra de Bolívar. En los pocos meses que duró la experiencia, tuve la oportunidad de conocer al vicepresidente del banco, un tal señor Duarte, amante de las letras, quien a menudo, bajo cualquier pretexto, me invitaba a su oficina reteniéndome por horas enteras – en detrimento del trabajo que se iba acumulando – para disfrutar conmigo las curiosidades de

las lenguas y en particular divirtiéndose como un niño oyéndome aplicar las normas de la gramática histórica en el devenir de los idiomas neolatinos que yo traía fresquecitas gracias a las enseñanzas de Margherita Morreale, discípula predilecta de Ramón Menéndez Pidal y mi profesora de filología hispánica en la universidad de Bari. Duarte entendió rápidamente que aquella pasantía por el banco no podía significar, en mi caso, sino una fugaz vivencia sin consecuencias. Por eso ninguna sorpresa llegué a leer en su rostro cuando le anuncié mi decisión de retirarme para ir a experimentar la pasión de la enseñanza en una escuela italiana. Quedó aún más convencido al confesarle que incluso aquella experiencia en el Instituto Luigi Einaudi del grupo escolar Américo Vespuccio sería pasajera, pues mi verdadera aspiración era la de presentar concurso en la Universidad Central de Venezuela, cerrada por el gobierno de turno en ese momento, para hacer allí carrera como docente e investigador.

De la breve pasantía por el banco, me salta ahora a la mente un episodio que no puedo dejar oculto en la memoria. Entre los jefes del departamento internacional a quienes había que rendir cuentas figuraba un tal Ciano – ay de mí, no recuerdo el nombre – un hombrón de espaldas anchas y atractivo, con la cabeza rapada a cero y un rostro redondo que parecía el retrato vivo de un personaje histórico, tristemente famoso. No estaba equivocado. Durante un partido de balompié contra otro banco en el que ambos participábamos representando a nuestra institución, en el vestuario observo que en el muslo de su brazo derecho destacaba el tatuaje de una llama tricolor que representaba el símbolo del partido *Movimento Sociale Italiano* (MSI), de inspiración fascista. Notando mi estupor, y que mis ojos se habían quedado clavados en aquel detalle, me sonrío y me dice sin que se lo hubiese preguntado: “Sí, lazos afectivos me atan a ese símbolo. Poca gente lo sabe porque no creo conveniente difundirlo, pero a ti no tengo porque escondértelo: yo soy el nieto de Benito Mussolini”. Hasta allí la referencia a la familia. Durante el poco tiempo que seguimos juntos en el sitio de trabajo del recordado Banco República

de Caracas, nunca más se habló del caso ni tampoco se insinuaron referencias a aquel período reciente de la historia patria que unos alababan con nostalgia, mientras que otros, entre quienes me incluyo, lo consideraban el más nefasto vivido por los italianos.

Al consolidar mi estadía laboral en el Américo Vespucio primero, y en la universidad más tarde, Elba siguió mis pasos en ambas instituciones. Parecía que yo fuera para ella como una máquina quitanieves que abría camino para el avance de sus propias aspiraciones, que en fin de cuentas eran semejantes a las mías. Sin muletas, por su puesto, porque no las necesitaba. Su gran espíritu de adaptación y la preparación que traía eran méritos más que suficientes para garantizarse la confianza de las autoridades, la simpatía de los colegas y la aceptación de los alumnos que al principio hasta le perdonaban una que otra normal interferencia en el uso del español, que con el tiempo fue dominando a la perfección, en la práctica y en la teoría. Nunca trabajamos juntos en un mismo Departamento. Yo preferí la Escuela de Idiomas Modernos mientras que ella se consolidó en la Escuela de Educación de la misma Facultad. Tampoco nunca escribimos un libro a dos manos aun teniendo la posibilidad de hacerlo. Ella era, y sigue siéndolo, excesivamente perfeccionista, hasta la desesperación, y chocaba con mi índole más aventurera, más atrevida. Por esta razón, tal vez, mi producción científica superó en cantidad la suya, pero seguramente no en calidad. Tuvo la suerte, además, de compartir intereses científicos con una colega de características semejantes – la recordada Rebeca Beke que el cielo quiso llevársela cuando no era la hora todavía – inseparables en el trabajo académico como en las menudencias de la vida. Formaron ambas un tándem de tanto reconocimiento nacional e internacional que era imposible nombrar a una sin hacer referencia, automáticamente, a la otra.

Mientras tanto la familia iba consolidándose y aumentaban las tareas, dentro y fuera de la casa. Tácitamente Elba iba sacrificando buena parte de su carrera, para dejarme a mí más espacio, permitiéndome viajar, escribir mis libros mientras ella compartía sus estudios

con las responsabilidades propias de una ama de casa. No recuerdo un solo día de nuestra unión que yo comiera una vianda preparada por la doméstica de turno que ayudaba en el hogar. Dos cosas favorecerían este privilegio: el ser ella una excelente cocinera y su misma decisión de hacerlo, desconfiando de cualquiera que pusiera las manos en su ordenada cocina.

Bueno. No todo fue color de rosas, por supuesto. No faltaron las incomprensiones propias de un matrimonio, los litigios pasajeros, las angustias por los hijos que comenzaban a poner alas, las tensiones en momentos decisivos cuando más bien hubiésemos necesitado serenidad total para superar los obstáculos naturales que la vida iba sembrándonos por el camino como pruebas de resistencia. A veces, simples detalles, de fáciles soluciones, se convertían en gruesas piedras de tranca por la incapacidad de ambos para aclarar, mirándonos a los ojos, qué no se soportaba del otro, o cómo se quería que fuese su comportamiento en determinadas situaciones. No hay que olvidar que ambos traíamos nuestros cerebros contaminados de prejuicios, típicos de la cultura ancestral en la cual nunca había que exteriorizar los afectos y mucho menos confrontarse mediante el diálogo sobre asuntos considerados tabú. Taras que ni siquiera logramos superar del todo con los hijos, pero que por suerte pudimos hacerlo con los nietos llenándolos de besos y de caricias, con tanta frecuencia como para ir recuperando el tiempo histórico incubado en la conciencia.

Más allá de estas minucias nuestra vida en pareja transcurrió como un libro abierto apoyado en un atril de hierro, páginas escritas sin enmiendas ni notas explicativas. Uno para el otro. No sé ella, pero yo apenas con alguna tentación, como el Cristo con la Magdalena, cuando joven aún sentía hervir la sangre por un nonada y mucho más frente a provocaciones de ésta o aquélla en las aulas, a pesar de estar consciente de que eran interesadas, o que se trataba de enamoramientos más hacia el profesor que explicaba bonito que hacia la persona.

Pero hasta allí. En líneas generales puedo afirmar, a manera de confesión para mi descendencia, que supe respetar el sacramento del matrimonio, y que fui esposo y compañero esencialmente fiel.

De este largo viaje que ha sido el más hermoso de mi vida, nada tengo que reprocharme ni tampoco que corregir mucho, si volviera a proponerse. ¿No entendiste, lector, el mensaje? Quise decir que en los años mozos, cuando devoraba con afán la literatura exótica, algunos parapsicólogos me convencieron de que pudiera haber nueva vida después de la muerte solo si el alma se pone en cola en la espiral incolora que en su imparable vértigo premia con la eternidad. Si fuera cierto – quise decir – yo no me pondría en cola si la otra visión de sola contemplación celestial corresponde al cuento que predicaban los curas en las iglesias. Sin embargo, si el retorno a la vida fuese una automática realidad que le corresponde a todo ser humano, a toda energía que flota por el espacio, yo me volvería a casar, de conseguirla, con la misma mujer que me ha hecho feliz en estos 50 años.

Sí, 50 años... Se dice fácil. ¡Pero qué largo contarlos minuto por minuto, u hora por hora, o día por día frente a un reloj de pared que con su péndulo de cobre marca el tiempo sin parar! Tic tac, tic tac, tic tac...

Una sola tristeza en el alma de la familia. Estoy seguro de que hijos y nietos hubiesen querido festejar con bombos y platillos esta fecha tan especial. Pero no se pudo. La señora con la hoz seguía en acecho, y no era prudente desafiarla. ¡Maldita pandemia!

CAPÍTULO XXIII

AÑO NUEVO PROMETEDOR

Otro año que pasa. Y así la vida se consume como el pedazo de papel en llamas que se sostiene entre las yemas de los dedos, y se vuelve ceniza poco a poco. – ¿Qué es la vida? – se preguntaba el Poeta. – Es un sueño. Y los sueños, sueños son – se contestaba a sí mismo. Efímeros, sin duda, son los sueños, pero hasta que duren la meta no puede ser que el horizonte. Seguir con mente activa, pienso, en mi caso, para continuar con la obra – no solo ésta – hasta donde el destino quiera. Por eso ando como el joven chófer de carga refrigerada que pisa el acelerador porque la entrega de su encomienda tiene vencimiento. Claro, con una diferencia: su viaje, si resulta fallido, tendrá un regreso seguro a casa, mientras que para el mío no hay vuelta atrás.

No han cambiado las cosas en la “tierra de gracia”. Varias veces por el fuerte deseo de ver libre a esta patria amada, me he adelantado a eventos que en mi alma aparecían como estocadas vecinas para el final del régimen. La realidad, luego, demostraba que eran falsas las expectativas. Por tanto, lector futuro de estas notas, seas tú hoja verde del ramo que brota de mis raíces, o cualquier otro que se asoma solo por la curiosidad de saber sobre mis andanzas, de aquí en adelante no haré mención al bárbaro, ni a su acólita pandilla, hasta que la realidad del hecho cumplido me brinque al ojo, si existo en esta vida, y me indique a todas luces que liquidada está la pesadilla. En vista de ello, seguiré hablando de las cosas malas de mi entorno, de las que me atañen a mí solo, pero también de las buenas que vayan aconteciendo porque de la siembra insistente algo brota aun entre malezas.

Una buena cosecha ha hecho su aparición en este mes de enero del año nuevo, inesperadamente. Sí, inesperadamente. Porque jamás era de imaginarme que mis paisanos en la Santa Croce natal me re-

servaran tantas atenciones. Claro, me habían demostrado que con homenajes y otras cosas yo vivía latente en sus corazones, tal vez para resarcir al grande entre los grandes, a Capriglione, el olvido en el que lo habían relegado sus padres por casi un siglo. Yo ahora soy su legado, creo, y en mí se reversan muchas miradas que él no tuvo. Por eso, cada día son más las sorpresas gratas.

El hecho es que en este mes de enero otro libro, dedicado al dialecto de mi lengua madre, vio la luz. Lo había preparado tiempo atrás junto con Paolo Mastrangelo, mi amigo de siempre, pero entre nosotros era tácito que esa obra no pasaba de ser otra reliquia para los estudiosos de la dialectología, por lo cual la única preocupación tenía que ser imprimir una copia y mandarla a encuadernar para su custodia en la biblioteca del pueblo donde se supone que cualquier interesado en el futuro pudiese conseguirla sin afán. Para nadie más, pues, sino para un estudioso estaba destinado ese trabajo. ¿A quién más podía interesarle, de hecho, una *Grammatica comparata italiano-santacrocese?*...

Dios, cuán equivocados estábamos, él y yo juntos. Por un lado porque la obra vio la luz, y por el otro porque suscitó interés. En efecto, cuando el buen Giovanni Nerone, titular de la Librería Pl@net, quien promovió la edición y luego anunció su salida en un social, la reacción fue inmediata y contundente a través de centenares de comentarios que mostraban la alegría por la nueva publicación, y el interés de querer conservar en sus casas esta otra obra que seguía rescatando para la historia siglos de presencia de nuestros ancestros en el territorio.

Una sola decepción para mí. Este libro, al igual que el anterior publicado meses atrás, en el que siempre con Paolo recogimos y estudiamos el resto de las líricas inéditas dialectales y en italiano además de algunas canciones aparecidas en veintiún cuadernos manuscritos de Pietro Mastrangelo, a estas alturas no los he podido rozar con estas manos. Porque, para quienes no lo saben, un autor, cuando un libro ve la luz, lo acaricia como hace una madre con la cabecita

tierna de su bebé recién nacido. Y tampoco he podido gustar el olor del papel impreso que también sabe a dulce como el caramelo azucarado en la boca de un niño. Es difícil que el destartado correo de mi país en quiebra entregue puntual, cuando no se pierden, paquetes enviados desde el mundo, por eso le rogué al editor que dejara en casa de mi cuñada Enza en Santa Croce las copias reservadas para mí. Algún día, si la suerte quiere, las recogeré para traerlas en persona a mi casa caraqueña.

La novedad, sin embargo, no fue esa solamente. Se me dijo que también mi última fatiga, un libro de cuentos sobre personajes y episodios de mi infancia y adolescencia, contados en forma de fábulas cortas como hacía mi abuela conmigo sentados ambos frente a la chimenea en las tediosas tardes del invierno en el pueblo, pronto saldría al público. Un libro distinto de los demás. Quise ensayar por primera vez yo también la creación en dialecto para experimentar en carne propia en cuáles dificultades se habían topado nuestros escritores por el uso de una lengua limitada en su léxico. Debo decir, cumplida la hazaña, que me sentí a mi gusto, al igual que se sintieron ellos, seguramente. Me convencí de que las cosas que salen del alma pueden decirse con palabras sencillas, de que cuando recuerdas con nostalgia, como en mi caso, los cuentos del pasado, te vuelves poeta sin saberlo.

Además, mientras escribía aquello, sentía en mi corazón un profundo gozo pensando que, tal vez, los personajes o episodios de mis recuerdos pudiesen llegar a desfilan bajo los ojos de los niños del pueblo para quienes aquel mundo era del todo distante de sus vivencias. Supuse que con la ayuda de los padres, no los tomaran como meras fantasías de un escritor, sino que entendieran que de allí, de aquellas raíces, aunque les pareciera inimaginable, provienen ellos. Que el bienestar de ahora ha tenido su historia. Un recorrido de dolor, de miseria, de sufrimiento, de pequeños momentos de esparcimiento sin pretensiones, de luchas, de coraje, de honestidad. Pero con la mirada firme hacia la esperanza que finalmente triunfó. Para que nunca

más se les olvide a esos niños que el conocimiento del pasado humilde pero glorioso de sus abuelos es parecido a los copos de nieve que se fueron acumulando en la escarpada de la colina y que luego con el viento se volvieron avalancha. No para arrastrar en la destrucción lo que conseguían a su paso, sino para multiplicar la abundancia de la que se disfruta ahora, y que a ellos les faltó. En fin, para que conozcan, esos niños, su pasado. Única manera para apreciar más su presente. Y para saber con certeza con cuánto sudor debe seguir forjándose el futuro.

Me imaginé, además, que de repente esa obra, pudiese parar en las escuelas para que maestros locales la propusieran como lectura obligatoria y con ello lograr un doble propósito: el que arriba indiqué, y otro de la mismísima importancia. Esto es, retardar algo en el tiempo la desaparición inevitable de esta lengua que aún nosotros balbuceamos, y que ha transmitido por la vía oral – hasta que algunos soñadores la escribieran en parte – la historia de muchas generaciones de *santacrocesi*.

Este mes de enero de 2021, por otro lado, me ha hecho brincar de felicidad también por otro motivo. Mientras saboreaba todavía la miel de lo citado, y el ego se me hinchaba en el pecho sin que dejara fugar emoción alguna hacia el rostro que casi siempre se protege con máscaras hipócritas – porque es delito hasta con seres queridos comentar la alegría momentánea de una meta lograda y fuertemente aspirada por temor a que se tome como acto de vanidad que puede lesionar frustraciones ajenas – mientras eso sucedía, repito, el celular me anuncia la llegada en el correo de un mensaje de Norberto Lombardi, operador social, escritor, ensayista, pero sobre todo director de importantes colanas sobre emigración de una editora *molisana* (Cosmo Iannone de Isernia) de la cual yo mismo me beneficié habiendo publicado con su sello dos obras de mi cantera: *In nome del padre* y *La presenza dei molisani in Venezuela*.

A pesar de una amistad de largos años, la correspondencia con Norberto no es frecuente. Cuando sucede es por algo trascendente, y

por eso me apresuro en averiguarlo. ¡Oh, magnífica sorpresa! Me escribe en italiano el texto siguiente que vierto fielmente al español: *...Estoy preparando un libro sobre los intelectuales “molisani” (y de origen “molisano”) de la diáspora, partiendo de algunas largas entrevistas que les hice tiempo atrás a Giose [Rimanelli], Frank Monaco, Tony Vaccaro, [Torcuato] Di Tella y otros. Estoy agregando más nombres de intelectuales reconocidos como Sante Matteo, Luigi Bonaffini, y de jóvenes de diferentes generaciones y especializaciones, no solo literaria. Pienso que tú no deberías faltar con una amplia entrevista que cuente no solo tus recorridos de vida, sino también los éxitos de tu trabajo académico y cultural, y el testimonio de la tragedia histórica que está viviendo Venezuela...*

Obvio que le contesto de inmediato aceptando su propuesta y en menos de quince días recibo un cuestionario con preguntas sobre mis vivencias. No fue difícil redactar el texto pues todo está escrito en la primera parte de los *Cuentos de mi vida*, si se trata del pasado, o en esta segunda parte si son cosas del presente, pues voy avanzando casi fuera un diario, a medida que algo importante acontece, en lo bueno y en lo malo, para la narración de mi pequeña historia más reciente.

Esperaré a que la obra salga al público para comentar quiénes son los compañeros de viaje, además de los citados por él en el correo a quienes he tenido la suerte de conocer en persona, o por haber compartido experiencias, como en el caso de Torcuato Salvador Di Tella, ingeniero argentino oriundo de Capracotta (pueblito de pocas almas en la provincia de Campobasso), fallecido en Buenos Aires en el año 2016.

No termina acá el asombro. Pasan solo pocos días cuando me entero de que había sido objeto de reconocimiento por *World Literary Forum for Peace and Human Rights* (capítulo Venezuela) como *International Ambassador of Peace* (Embajador Internacional de la

Paz). No sé a ciencia cierta de qué se trata esta organización ni quiénes promovieron mi nombre. No sé. De todas maneras lo cito solo como un acontecimiento, igual de agradable, que me concierne.

En fin, fue sin duda un inicio de año prometedor para mí. Y ojalá lo sea para el país. Ya sería tiempo de comenzar a salir no solo de este horror político que nos ha mantenido asfixiados por tanto tiempo, sino también de la brutal pandemia que no ha parado, llevándose al cielo incluso seres queridos entre parientes y amigos.

EPÍLOGO

Es una mañana de cielo azul soleado de un día cualquiera de este nuevo siglo, cercano al comienzo de la tercera década. A duras penas llegan a mis oídos, desde un ventanal cerrado, los trinos de varios pajarillos que revolotean entre las ramas de un árbol allí al frente de grandes dimensiones que comienza a recuperar las hojas verdes en reemplazo de aquellas que el viento del otoño había arrancado. La bombona de oxígeno y los cables que penden desde varios envases de plástico para llevarme suero y otras cosas a un cuerpo a punto de no ser ya el mío, me impiden levantar la cabeza para una última mirada hacia el astro dorado. Solo el oído, pues, logra captar, cada vez con más dificultades, el canto de los pájaros, ruidos, o los gritos de niños que en festiva algarabía se dirigen a sus colegios. Cantos, trinos, ruidos. Todos provienen de afuera. Porque a mi alrededor el silencio es total. Las miradas de todos los presentes no se separan de mi rostro pálido que desde hace un buen rato permanece con los ojos cerrados y los labios blanquecinos levemente abiertos. Quieren, tal vez, experimentar si en verdad el alma expira, y luego contar cada quien a su manera a dónde se dirige, qué semblante tiene. No sé si lo lograron. Porque es mía y yo solo viajo en ella, yo solo la veo cómo flota en el aire paseándose por aquí y por allá antes de soltarse por completo del cascarrón en donde había permanecido por más de ochenta años regocijándose por alguna alegría momentánea, o llorando de dolor todas las veces, tantas, que al corazón llegaba la estocada causada por alguna razón por mí provocada, pero también por otras que se generaban por maldades ajenas.

Huye, finalmente, a otra dimensión, hasta llegar, en un instante, a un lugar hermoso que no logro comprender, donde un grupo numeroso de otras almas la esperaban como cuando después de mucho tiempo un hijo pródigo retorna a su hogar. Además de padre y madre también están presentes otras caras sonrientes pero que ella no

sabe quiénes son porque está segura de no haberlas visto jamás. Las conocidas allí desfilan, todas. Además de mis abuelos, mis padres y mi hermano, a medida que las nubecillas van tomando formas de rostros, y de cuerpos – todos de una belleza tan intensa, y a la vez tan extraña, sin comparación en la tierra porque no existe algo semejante – se aparece *mamma* Colonna, mi bisabuela, la que se me quedó impresa en la memoria de niño por su costumbre de orinar de pie protegida por su consuetudinal falda larga negra, con una puntería tal que ni una sola gota se saliera del orinal que mantenía debajo de su cama para vaciarlo luego, al comenzar la noche, lanzándolo desde la ventana de la casa; también el tío Mimí; y el tío Paolo; y la tía Sabina; y la tía Lina, y unos cuantos más, parientes cercanos y lejanos, muertos durante mi existencia. Todos me sonrían y me tienden los brazos, y yo les devuelvo las muestras de amor que me dispensan sin que mis manos, que son solo forma, logren tocar sus rostros, ni sus brazos, todos lisos como una manzana de porcelana puesta de adorno en el plato con otra fruta sobre una mesa de vidrio biselado. Después de un rato que no puedo cuantificar porque el tiempo de allá es imposible de medir, me dejan de nuevo solo para que pueda asistir a las escenas reales que se suceden a mi expiración y para dar el último vistazo a ese mundo en donde no me explico por qué se llora cuando alguien emprende el viaje del más allá. O mejor, ahora sí lo entiendo. Por la naturaleza sabia. Si en la tierra fuese develado el misterio de la muerte que es lo más parecido a una eterna primavera de flores perfumadas; y a una música incesante sin orquestas que la ejecuta; y a tropes de almas piadosas que no conocen maldades, ni envidias, ni odios; y a colores eternos en su vasta gama porque no existe la noche que los oscurece, entonces no tendría motivo de ser la tierra pues nadie quisiera vivir en ella. Sin embargo, está allí porque, probablemente, el que la creó, quiere medir la capacidad del hombre de dominar su instinto malvado originario y, si no es capaz, prohibirle que disfrute la belleza de la eternidad. Yo pasé la prueba, por lo visto. Y en mi corazón etéreo se agranda la felicidad por experimentar que

mi familia más cercana también pudo merecerse el disfrute del fajo de luz que no se apaga nunca.

Vuelvo, pues, al cuartito blanco en el que supino yace mi cuerpo inerte. Solo quedan allí, compungidos, pero sin lágrimas en los ojos, mi esposa y mis tres hijos con sus familias. Uno de ellos me cubre el rostro con la misma sábana de la cama, y me dejan solo hasta que el servicio funerario vaya a recoger la masa inerte de carne pegada al esqueleto, para maquillarla y tapar con pedazos de algodón cualquier huequito visible. Porque eso también es importante. Los parientes y amigos que pasen a verte en tu ataúd de caoba, no pueden marcharse con la sorpresa de algún gusano que quiera salirse de las narices, o del hilo de baba verdosa que pretenda escabullirse de la boca, donde la lengua ya se puso definitivamente reseca como la suela de un zapato.

De repente se abre la puerta, despacio. En puntillas de pies se acerca Manuel Andrés, el nieto del alma, tan amado como los otros, pero el más solidario de todos, curioso de ver cómo había quedado el *nonno*. Levanta la sábana con discreción y en un segundo se marcha informando que todo está bien. Sí. Todo está bien. Aún intacto el cuerpo. Como el de un muñeco. Inmóvil, pero el rostro liso como una pieza de mármol pulido por un artista experto.

Afuera el parloteo se hace cada vez más animado. Hay que ir a sacar los papeles para el entierro; buscar en la casa el traje oscuro nuevo y la corbata roja de rayas para vestirlo; llamar al periódico para el obituario – “a propósito, ¿quién escribe el texto? Una cosa sencilla, saben que a él no le gustaba la retórica, esos escritos que aparecen en las tarjetas de cumpleaños o de bodas ya preparados en las tiendas de los floristas. Tiene que ser algo así, de este estilo: *Se les participa a amigos y conocidos que hoy ha fallecido serenamente el profesor Michele Castelli. Sus restos serán velados en la capilla tal de la funeraria cual hasta mañana a la hora convenida. Paz a sus restos.* Ah, cuidado, ahora que me recuerdo, creo que no hace falta llamar al

periódico. Él tiene seguro funerario en la universidad y el obituario está incluido. Es suficiente, pues, enviar el texto” –.

Y así otras cosas, costosas algunas y fastidiosas otras, que a menudo ponen en dificultad a los deudos que no tienen tiempo que perder por problemas imprevistos en sus trabajos. Tanto que en sus pensamientos – y que Dios los perdone – les viene de mandar al ca-rajo al muerto por inoportuno, y a los sepultureros por ser tan exigentes.

Una nueva duda surge en el camino: si se sepulta en la bóveda con la madre, donde queda vacío un puesto, o si se exige al seguro otro lóculo para que quede junto con la esposa cuando le toque a ella. Vaya estupidez humana – pienso yo en mi nuevo semblante de nubecilla invisible a los presentes –, los esqueletos no hablan, ni sienten, ni pelean. ¿Qué vale estar juntos? Además yo quiero ser cremado y es menester que se lo haga saber a alguien antes de que se cometa una torpeza. Conduzco así, hablándole en el pensamiento, a Marilú, hasta donde estaba colgado mi pantalón para que del bolsillo extrajera una hoja que a ella le parece un testamento. Claro que no lo es. Un testamento verdadero, que los herederos esperan con ansia como la muerte anticipada del que lo emite, habla de bienes y de dineros que yo no tengo, ni nunca tuve. Bueno, algo sí les dejé, como ejemplo de vida, y díganme si es poca cosa: la honestidad, la ética, el sentido del deber, el amor al prójimo, el respeto al otro, la humildad y el disfrute sano de lo lícito.

Pocas líneas llenan la hoja escrita, y entre todas resalta en caracteres cubitales lo siguiente: “QUISIERA, DE SER POSIBLE, QUE ARDA EN UN HORNO MI CUERPO PARA NO DARLE EL GUSTO A LOS GUSANOS QUE ESPERAN EL MANJAR CON SUS FAUCES ABIERTAS Y ASQUEROSAS. LA CENIZA, LUEGO, DÉJENLA EN EL MISMO COFRE SENCILLO DE MADERA QUE LES ENTREGAN, Y ENTIÉRRENLO EN UN RINCÓN DONDE REPOSAN LOS RESTOS DE MI MADRE. PERO, POR FAVOR, ANTES EXTRAIGAN UNA PIZQUITA, JUSTO

CUANTO PUEDA CONTENER UN DEDAL EN MINIATURA, Y VACÍENLA EN UN COLGANTE EN FORMA DE PELOTITA QUE CUSTODIARÁN CON CELO HASTA TANTO ALGUIEN VIAJE A SANTA CROCE PARA DEJARLA VOLAR LLEVADA POR EL VIENTO HASTA DONDE EL DESTINO DECIDA QUE SE SIEMBRE. Esto les pido, y más nada”.

No me pareció amable el rostro de ella al terminar la lectura, pero bueno – se dijo – eso se verá después. Tampoco es algo tremendamente imposible guardar unos pocos granitos de ceniza y mucho menos esparcirlos un día, sin fecha fija, por cualquier calle del pueblo que lo vio nacer.

Heme aquí, después de algunas horas, tendido en el ataúd de caoba reluciente, con las manos entrecruzadas sobre el pecho, y un rostro que no parece de un muerto, sino de un muñeco de cera como aquellos que suelen exponerse en los museos. ¿Por qué lo digo? Pues porque me pintaron los labios como a una mariquita, de un rojo casi escandaloso; me echaron polvos que usan las mujeres en los cachetes y la barba me la peinaron de tal manera que además de no sobresalir ni un solo pelo, también la volvieron hermosamente grisácea como nunca la había tenido. Solo faltó que me pegaran una peluca en la cabeza para aparentar diez años menos de la edad verdadera... Y luego flores en todos los rincones, en todas partes, adentro y fuera de la capilla ardiente. ¡Dios mío, qué desperdicio! Mejor hubiese sido ayudar con tanta plata a niños con problemas, o a personas necesitadas que no tienen qué comer. Pero bueno, así es la vida en este mundo extraño: la forma, siempre, prevalece sobre el contenido.

Comienza, finalmente, el desfile de personas frente al féretro, cada uno con gestos a su manera: quien haciéndose la señal de la cruz como si yo fuera un santo; quien murmurando palabras incomprensibles entre los labios; quien moviendo hipócritamente la cabeza como queriendo decir “qué broma, te fuiste, tú que eras el mejor del mundo”; y así por el estilo entre otras muecas y sonoras carcajadas por un chiste de alguien, o por cuentos picantes de cosas del pasado

que un amigote en un grupito del reencuentro le recuerda al otro. Me alegra, sin embargo – y permítanme que lo diga con una pizca de vanidad a pesar de que, como ser ya del otro mundo, no debería tener semejantes pensamientos – ver a tanta gente que viene y va para expresar palabras de duelo, aunque sean de conveniencia.

Es la hora del traslado al cementerio. Yo voy adelante, por supuesto, por ser el homenajeado, llevado por un chofer de librea, con una gorra parecida a la de un capitán. “Cuánto honor” – me digo – mientras observo aquella caravana de quince carros o más que procede sin parar a pesar del tráfico, porque dos motorizados abren camino como cuando lo hacen con un personaje importante. Claro, con una diferencia ahora. Al personaje ese le caen muchas, tantas mentadas de madre por abusador, mientras que al difunto nadie le chilla, más bien uno que otro le hace reverencia agachando la cabeza en señal de respeto. Por todo esto, una vez más, me vendría de gritar al viento para que todos lo escuchen que, como decía el poeta, la muerte no es el peor de los males. No lo es. Miren cuántos privilegios que en vida jamás podría uno imaginarse...

Ya cerca del horno crematorio. La primera cosa que se me ocurre es pensar que con todo se especula, y que los ladrones están al acecho peor que los buitres en un relleno sanitario. De hecho, me sacan de la urna y a un malvado se le ocurre desnudarme guardando mi traje nuevo, los zapatos recién estrenados y el resto que me cubre, en un saquito, que no devuelven a los deudos sino que se convierte en su propiedad privada. Lo mismo hacen con el ataúd de caoba que seguro irán a entregar a la funeraria a cambio de un soborno pingüe. Si eso es así, siempre, ¿para qué tanto gasto inútil de dinero? ¿Por qué no llevar los cadáveres en las bolsas de plástico con cierre que se utilizan en los desastres, y echarlos así mismo al fuego? Claro, son reflexiones, estas, de un muerto, de un alma que ve las cosas por encima de las convenciones. Otro gallo canta cuando en la vida se es víctimas del “qué dirán” si no se cumplen los ritos según la posición social del fallecido.

El fuego. Crepita sin parar. Hasta a una nubecilla como yo soy, ajena ya a dolores, y a sensaciones, le cuesta observar aquel horror de cómo huesos y carne se vuelven ceniza negra en menos de una hora. Último acto, pues. Aquel que en vida fue Michele Castelli, a partir de ahora, solo es seguro que quedará en la memoria de sus hijos y nietos. Más allá nadie sabe. Solo el milagro de que algún día, así como yo lo hice con Raffaele Capriglione sacando de las sombras sus poemas bellos, a alguien se le ocurra decir que lo que he escrito también valió la pena. Entonces, a lo mejor, mi nombre también quede grabado, al igual que muchos otros que por los siglos se siguen mencionando, en el mármol indestructible de la historia.

Los acompañantes se dan un último abrazo con los deudos que todavía muestran rostros compungidos, y hasta allí la fiesta. Al día siguiente cada quien en su faena y con el tiempo, de vez en cuando, alguna mención al muerto.

Me regreso yo también al otro mundo después de haber pasado por un túnel, oscuro y estrecho, en perfecta fila con otras almas que me anteceden. Cuando por fin reaparece la luz, y los perfumes de las flores, y la música de orquestas invisibles, entonces me encamino hacia un río de aguas cristalinas en cuya ribera un viejo hermoso de larga cabellera y barba blanca, le pregunta a cada alma el destino que prefiere: si esperar el turno y volverse a gestar en un vientre nuevo para reiniciar el ciclo de la vida, o quedarse a contemplar la belleza eterna en aquel lugar de encanto sin pecados.

Yo no dudo un instante. Le digo: “ME QUEDO”. Y rompo puentes, para siempre, con un pasado que, en honor a la verdad, ni tan nefasto fue.

INDICE

Premisa	pag.	1
Cap. I De vuelta	“	3
Cap. II El Américo Vespucio	“	8
Cap. III Corrado Galzio	“	15
Cap. IV ¿Un milagro?	“	20
Cap. V Completa la cosecha	“	26
Cap. VI Mis viajes	“	32
Cap. VII En el mar... la vida es más sabrosa	“	41
Cap. VIII ¡Maldita “revolución”!	“	46
Cap. IX Pasatiempo preferido	“	53
Cap. X La historia se repite	“	59
Cap. XI Nada más y nada menos que... embajador	“	63
Cap. XII Adiós Nicola, poeta y amigo	“	71
Cap. XIII Donaciones a la Biblioteca de mi pueblo natal	“	77
Cap. XIV Gennarino	“	82
Cap. XV El régimen comienza a tambalearse	“	88
Cap. XVI Hoy fui a la Universidad	“	94
Cap. XVII “Belvedere” Pietro Mastrangelo	“	100
Cap. XVIII El reloj de oro	“	106
Cap. XIX Como los pájaros, ¡no!	“	113
Cap. XX Se murió Corrado	“	119
Cap. XXI Maldita pandemia	“	123

Cap. XXII 50 años... Se dice fácil.	“	130
Cap. XXIII Año nuevo prometedor	“	136
Epílogo	“	142